HISTORIAS

TORREÑAS

Antonio Hernández Lozano

HISTORIAS TORREÑAS

Antonio Hernández Lozano

1ª edición, octubre 2009

Copyright de los textos: su autor.

Copyright de la edición: Onda Cotillas Radio 2000, S.L.

Copyright de la cubierta: Salvador Martínez Navarro, 2009

Colección *Ecos de la radio*, nº 1

Coordinación y edición: José Antonio Sánchez Hernández y Salvador Martínez Navarro.

ÍNDICE

Presentación

Prólogo

El bar de la Cooperativa: Pedro y Mariana.

Los cines torreños: Perico Carrillo.

Transportes urbanos: Pepe Puche.

Historia de teléfonos: Paquita de la Febrera.

Operador de cine: Paco el Neo.

La carnicería de La Cruz: Rafaelín de la carne.

La Biblioteca Municipal: Rosita de la biblioteca.

El casino de Las Torres: Onofre el Púa.

La primera zapatería del pueblo: Pepe Alegría.

La única y popular heladería: Teresa del Chispa.

Agradecimientos.

PRESENTACIÓN

¡Ojalá! Es una interjección con que se denota un vivo deseo de que suceda una cosa. Eso dice el diccionario de la Real Academia Española. Pues aquí van mis deseos/presentación de estas "Historias Torreñas" y de la nueva colección "Ecos de la radio".

¡Ojalá! que todos los que nos lean vean con tan buenos ojos como yo esta nueva colección.

¡Ojalá! a todos les guste sobremanera este inicio tan entrañable, tan nuestro, de la colección.

¡Ojalá! que a los que conocen las historias les hayan llovido los recuerdos de la felicidad de otros tiempos.

¡Ojalá! todos aprendamos a no olvidar de donde procedemos, y tengamos también presente que el resto de nuestra vida la pasaremos en el futuro.

Enhorabuena a los protagonistas de las historias y a sus familias.

Enhorabuena al autor Antonio Hernández Lozano.

Enhorabuena a los coordinadores y editores José Antonio y Salvador.

Gracias a Las Torres de Cotillas, a los vecinos que fueron, a los vecinos que son y a los que vendrán, sobre la base de lo que hemos conseguido y seguiremos disfrutando: un pueblo estupendo.

¡Ojalá! hayamos conseguido entre todos contribuir un poco a aumentar vuestra felicidad y a que sigáis creyendo en lo realmente importante: las personas, que son las que mueven el mundo.

Las Torres de Cotillas, 22 de Octubre de 2009.

Domingo Coronado Romero
Alcalde de Las Torres de Cotillas y
Presidente de Onda 92 Radio

En radio siempre se han contado historias que ha acabado llevándose el viento. En la mayoría de ocasiones ni han quedado registradas en un archivo sonoro. Desde que la emisora municipal de radio comenzó su andadura allá por 1992, han sido numerosos los testimonios que a través de sus micrófonos han sido lanzados al aire. Aunque algunos permanecen en la fonoteca de la emisora, otros no se conservan y han desaparecido junto a algunos de sus protagonistas.

No queremos que el viento siempre acabe llevándoselo todo consigo. Que el paso del tiempo haga olvidar a personas y acontecimientos relevantes de nuestro pasado. Por eso, hemos pretendido que todas estas historias que se han contado a través de la radio queden registradas en papel y que el viento sólo consiga mover sus páginas, pero no llevarse las palabras, los sentimientos, … la historia.

Bajo la colección "Ecos de la radio" se recogen una serie de testimonios que podrían ser el reflejo de la sociedad torreña de una determinada época y que ya fueron abordados en nuestro programa "Una vida, una profesión".

El estilo narrativo es sencillo, casi coloquial, con la finalidad de que las historias fluyan con naturalidad y que el lector se familiarice rápidamente con los personajes, las situaciones y la forma de expresarse de la sociedad de aquella época.

El primer volumen, "Historias Torreñas", recoge las aventuras y desventuras de diez personas –y sus familias- que nos acercan a la vida social y cultural de Las Torres de Cotillas a lo largo del pasado siglo. Esperamos que disfruten con ellas tanto como nosotros y que los actuales vientos de cambio no consigan arrebatárselas a nuestra memoria.

José Antonio Sánchez Hernández
Director de Onda 92 Radio

Salvador Martínez Navarro
Gerente de Onda 92 Radio

PRÓLOGO

Un buen amigo me rogó encarecidamente, hace unos días, que escribiera el prólogo del libro “Historias Torreñas” que, en breve se iba a editar, cuyo autor es Antonio Hernández Lozano.

Lo primero que hice fue pedirle el original, armarme de paciencia, sentarme tranquilamente y leerlo.

Os puedo asegurar que jamás prólogo alguno de cuantos he escrito, y son muchos, ha sido hecho con tanto gusto, agrado y afecto. Y es que el libro trata de lo que yo más quiero, que es mi pueblo, y de los torreños, mis paisanos, amigos entrañables, trabajadores y honrados donde los haya, buscadores de vida en unos tiempos en los que, por mucho que buscaras, no encontrabas, puerta a la que llamaras, cerrada estaba a cal y canto, y camino que emprendieras, al final nunca a ninguna parte te llevaba. Ya lo sabías. O te tocaba la azada, como a casi todos, o, con un poco de suerte y de influencia, lograbas entrar en la RENFE. La Guardia Civil era otra salida, previo examen. Y pare Vd. De contar. A lo único que podías aspirar era a cerrar botes en una fábrica de conservas. No hablamos de los albañiles, pues, ordinariamente, a ellos no les faltaba el trabajo. Lo mismo cabe decir de los barberos.

Estudiar, lo que se dice estudiar, nada de nada. Solo podían hacerlo tres o cuatro muchachos de familias pudientes. No existían las becas. La pobreza extrema era la dueña y señora de las casas. Los padres bastante tenían con procurar el sustento, pues en general, eran familias numerosas, con muchos hijos.

Al hilo de cada una de estas historias, va surgiendo lo que era nuestro pueblo, el pueblecillo aquel de calles polvorientas y llenas de papeles, la plaza con sus charcos y mondas de naranjas, las noches oscuras, alumbradas tan solo por cuatro bombillas sucias, la carretera de baches donde la gente, al subirse al autobús, aprendía a bailar sin música, a palo seco, la carretera, siempre solitaria, donde los niños jugaban tranquilamente a las bolas pues nunca pasaba vehículo alguno, salvo el coche de línea, siempre pintado de rojo, y un par de camiones.

Al leer este libro, uno se da cuenta de que existían costumbres que ya han desaparecido, como también oficios y profesiones, instrumentos de trabajo, salas de diversión… ¡todo ha desaparecido con la llegada del progreso. ¡Bienvenido seas, progreso, por todo lo que nos trajiste, pero no te perdonamos algunas cosas que nos quitaste!

¿Qué ha sido de tu aljibe y de aceña?
¿Dónde están tu barraca y la tartana?
¿Qué has hecho de la blusa y la esparteña,
del traje aquel de reluciente pana?

¡Se fueron tantas cosas! El cedazo,
el lebrillo, la artesa, las abarcas,
se nos fueron la sera y el capazo,
se nos fueron los cofres y las arcas.

¿Te acuerdas del refajo y la montera,
del reloj de bolsillo, de la faca?
¿Recuerdas el candil, la faltriquera,
la yesca, el eslabón y la petaca?

¿Adiós a la guitarra y las postizas,
al mantón de Manila, a la peineta!
¡Adiós al chal, adiós a las pellizas
y a las Pascuas con humo y castañeta!...

Pensamos que las diez historias que contiene este libro están bien traídas, tanto por sus personajes como por la lucha que mantuvieron para abrirse paso en la vida. Son además personas conocidas por todo el pueblo. Pero creemos que también deberían figurar todos y cada uno de los torreños de entonces pues todos ellos fueron protagonistas de una lucha sin tregua ni cuartel con la tierra, con el agua, con el calor, con el frío, con el legón y la azada en el más absoluto anonimato y en el silencio más lacerante.

Como no es posible escribir la historia de todos, nos queda el consuelo de ese monumento al Huertano que preside la Plaza de la Constitución, y, desde allí observa el incansable ir y venir, el ajetreo diario de sus hijos.

Pedro y Mariana con el bar de la Cooperativa, Perico Carrillo y el cine, Pepe Puche el conductor, Paquita La Febrera y su central de teléfonos, Paco el Neo que proyectaba las películas, Rafaelín de la carne, su pueblo se le quedó pequeño, Rosita de la Biblioteca, Onofre Egea y el casino, Pepe Alegría y los zapatos, Teresa del chispa y su heladería, conforman las historias aquí narradas. Todos son dignos de nuestro afecto y gratitud porque nos enseñaron a vivir, con su trabajo y con su ejemplo.

Salvador Sandoval López

EL BAR DE LA COOPERATIVA
PEDRO Y MARIANA

Es esta una historia un tanto singular, de un establecimiento público, hoy desaparecido del entorno social de nuestro pueblo, que permaneció abierto durante bastantes años, de los cuales los once últimos estuvo regentado por Pedro y Mariana; un matrimonio tan conocido como querido en Las Torres de Cotillas.

Fachada actual del antiguo Bar Cooperativa

Ellos trabajaron como jornaleros en la finca “La Molineta” –denominada “El Rancho Melilla” por los propios empleados. Una plantación de grandes dimensiones que se encontraba a unos dos kilómetros a las afueras del pueblo. Mientras Pedro cavaba la tierra y conducía motocarros y tractores, “la Mariana” –como ella quiere que le llamen- se dedicaba a plantar y recolectar cebollino, pimientos y toda clase de hortalizas.

Un día, un buen amigo les habló de que el bar de La Cooperativa había quedado libre y les animó a que se quedaran con él. Mariana, consultó con su padre, quien no estaba muy convencido con la decisión que el matrimonio había tomado de hacerse con el negocio, ya que al parecer el establecimiento había pasado por varias manos y no con buena fortuna. Ellos, firmes en su decisión, obviaron la opinión familiar y optaron por arriesgarse a comprobar por si mismos el rumbo que el destino y su decisión daría a sus propias vidas.

Así, en octubre de 1966 se pusieron manos a la obra. Mariana, volcó toda su ilusión y su esfuerzo en dejar el local como los chorros del oro, reponiendo cuantos enseres necesitaba para que todo funcionara de la mejor manera posible. Pedro, se encargó del suministro de bebidas (vino, cerveza, café, etc.) y de llevarle a su mujer el material necesario para hacer unas deliciosas tapas.

Mariana y Pedro

Todo estaba preparado y en orden, respiraron profundamente y…, ya sólo faltaban los clientes. Los socios de la Cooperativa de Conservas Virgen de la Salceda del pueblo, propietarios del inmueble donde se encontraba el bar, ya podían hacer uso de él.

El local, al que se accedía por una estrecha y empinada escalera, tenía una barra con forma de "S" con un solitario grifo de cerveza. Tras ella, había dos puertas, la que daba entrada a una pequeña cocina -el cuartel general de Mariana- y otra que accedía a un servicio. Frente a la barra, el amplio salón, que durante el día se iluminaba con la luz procedente del balcón de la fachada principal que se abría a la Plaza José Antonio Primo de Rivera. En la plaza, que actualmente y tras varias remodelaciones recibe el nombre de Plaza de la Constitución, estaba instalado el único parque infantil de la localidad.

El bar contaba con unas catorce mesas, que además de sostener las consumiciones que se dignaban pedir, se utilizaban para echar las partidas de dominó, parchís, baraja y otros juegos con los que se distraían los clientes.

El matrimonio estaba muy ilusionado, aunque no tardaron en comprobar que los comentarios del padre de Mariana no iban del todo mal encaminados. El día que se inauguró no fue nadie, tan solo un pobre despistado a última hora, que confundió a Mariana con la anterior encargada del bar. Pero ella, muy avispada, nunca se dio por vencida y le llamó: "Sube, sube hombre… Dime que quieres tomar, que te lo sirvo ahora mismo". Éste, mirando a su

alrededor un tanto perplejo por los cambios y por lo solo que estaba el salón, le pidió un vino. Mariana, generosa donde las haya, le puso un vaso y se lo llenó. El hombre, un tanto asombrado, miraba al vaso y a Mariana que, al intuir sus pensamientos, le dijo: “Tranquilo hombre, eres la única persona que ha entrado en toda la tarde y no te voy a cobrar. Yo te invito”.

Las tardes siguientes no fueron mucho mejor, pues los socios de la Cooperativa ocupaban las mesas para jugar, pero apenas consumían. Una tarde llegaron cuatro de ellos a jugar una partida al dominó y de vez en cuando, tocaban las palmas llamando a Pedro para que les sirviera un vaso de agua. Así lo hicieron uno tras otro, los cuatro. El pobre, cada dos por tres era requerido en las mesas para llevar sólo agua. Pasaron cerca de dos semanas y un buen día le dijo a su mujer que comprase un botijo, que lo fregase bien y que lo llenase de agua, colocándolo en una esquina de la barra.

Cuando nuevamente los socios le reclamaron, él les dijo que quien tuviese sed ya sabía donde estaba el botijo, reprochándoles que con las consumiciones que realizaban él no podía mantener a su familia. Todos enmudecieron y nunca más le volvieron a pedir agua.

Interior del Bar

Para tener acceso al bar había que ser socio de la Cooperativa y no le era permitida la entrada a nadie que no lo fuese. Por ello, en alguna ocasión, la presencia en el bar de personas no asociadas motivó discusiones entre Pedro y alguno de los socios, del tenor de la siguiente:

- “Pedro, si ese señor vuelve a subir, ¡le tiro por las escaleras!” –comentó uno de los socios enfadado-.

Pedro le contestó: “tan solo ha subido a tomarse un café y una copa, y si le pones una mano encima, el que va a salir rodando por las escaleras vas a ser tú”; “¿cómo?”; “lo que estás oyendo”. Así, puso a cada cual en su sitio.

Mariana, conocedora de los hechos, con intención de poner paz y de mirar por el negocio, le comentó al socio que habían subido tres o cuatro hombres que querían apuntarse para poder tener acceso al bar y a jugar la partida. El socio le respondió afirmativamente, siempre que abonaran la cuota que entonces era de tres pesetas al mes.

A partir de ese momento empezaron a subir bastantes chicos jóvenes que conocían a Pedro, preguntándole si les echarían de allí. Les hubieran echado de saber que no eran socios, pero de nuevo Mariana, y con la mejor de sus sonrisas, les dijo que podían subir cuantas veces quisieran que de allí no les echaría nadie. “Es más, -les decía- si queréis os apunto en la libreta como socios y no tenéis que pagar nada”.

Mariana y sus boquerones

A la vuelta de pocos días, ya habían apuntados más de sesenta “nuevos socios”; “se llenó de tal manera, que parecía el frontón de Valencia”, según relata Mariana. Ahora si que todo iba viento en popa, y revueltos, socios y supuestos “socios”, todos lo pasaban estupendamente y nunca nadie se quedaba sin compañero a la hora de jugar una partida. Hubo quien comentó que, incluso parecía que el pueblo había cambiado, que había resucitado gracias a Pedro y Mariana, pues el bar de la Cooperativa se había convertido en un estupendo centro social.

Al poco tiempo, ya no subían al bar de la Cooperativa sólo hombres, sino que los domingos y festivos las mujeres acompañaban a sus maridos a tomar el aperitivo por la mañana, y los novios con sus parejas por la tarde-noche a tomar cerveza o refrescos. Todos disfrutaban con las exquisitas tapas que Mariana preparaba: sepia y gambas a la plancha, boquerones en vinagre, patatas pequeñas cocidas, michirones, pulpo, etc.

Mariana preparaba unos michirones que no los saltaba un galgo de ricos que estaban, elaborados con chorizo y trozos de tocino y jamón que les conferían aquel sabor tan rico y especial. Muchas parejas que los pedían de tapa con la cerveza, cuando

después de algunos platos las chicas no podían más, los novios -entre risas- llamaban a Pedro diciéndole: “Estas ya no pueden más, trae para nosotros un par de docenas de gambas a la plancha”. Lógicamente las novias protestaban, porque los muy roñosos las hartaban a comer michirones y las gambas sólo eran para ellos.

Otra de las tapas que a la pobre Mariana traía de cabeza, era la preparación del pulpo, que estaba riquísimo pero que terminaba medio descoyuntada tras sacudirle una buena paliza para que se ablandara. Para ello, tenía un ladrillo especial con el que le atizaba durante un buen rato y cuando ya no podía más -no el pulpo sino ella-, lo metía en la olla. Después de cocido, le pasaba una mano por las patas y le quitaba la piel con las ventosas, cortándolo en trozos para hacer las raciones.

Ciertamente salía un poco caro, y algún que otro cliente se quejaba de ello. Un día, su marido, le pidió que contara los trozos que salían de cada uno de ellos para ver la ganancia que dejaban y cual no fue su sorpresa, que contados los pedazos y multiplicados por lo que cobraban por cada uno de ellos, perdían cuatrocientas pesetas. Casi se puso a llorar.

Pedro en la cafetera

Así iban pasando los años y el bar iba viento en popa. En los inviernos el ambiente era acogedor y calentito, pues instalaron una estufa en el centro del bar, cuyo tubo de unos diez metros de largo cruzaba todo el salón y desprendía un enorme calor.

Cuando llegaba Nochevieja, un nutrido grupo de clientes esperaba ansioso el riquísimo chocolate que Mariana elaboraba sólo ese señalado día. No tardó Mariana en advertir que el chocolate era la excusa perfecta para llenar las tazas de coñac, licor e incluso de vino, ya que le solicitaban que sólo les pusiera dos dedos de chocolate. Ella, les miraba indignada y acababa pensando en voz alta: “¡La madre que los parió! ¡Dos horas dándole al cucharón para que no se pegue, con lo rico que me ha salido, y estos solo lo quieren para disfrazar el vaso!”.

Y si por las tardes la estufa calentaba el ambiente, por las noches el calor lo ofrecían los cubalibres que tomaban los jugadores de cartas. A modo de expertos profesionales, jugaban hasta altas horas de la madrugada en la mayoría de ocasiones –sobre todo los sábados y a puerta cerrada-. Las noches se hacían interminables y agotadoras por lo que Pedro, compró una hamaca para poder descansar. Sólo se levantaba de ella para servir alguna ronda o para avisar a los jugadores de que era la hora de acabar la partida. Especial cuidado debían de tener al salir del local al amanecer del domingo para no ser vistos por las personas que acudían a la primera misa y evitar así comentarios y críticas, ya que jugar a las cartas estaba muy mal visto.

Esas partidas se convirtieron en el auténtico sostén económico de la familia, pues sobre las diez de la noche, cuando los clientes se retiraban a sus casas a cenar o a dormir, iban apareciendo aquellos a los que no les importaba perder las horas de descanso y el dinero, en pasar una estupenda velada haciendo lo que más les gustaba, jugar a las cartas –al poker y sobre todo al "golfo"-. Unas seis mesas eran ocupadas por los ya habituales de las noches, pidiendo barajas nuevas sin estrenar. Pedro las compraba por cajas, ya que eran bastantes las que solían utilizar en una misma noche. Cada dos horas estrenaban una por precaución de que alguien pudiera marcar las cartas.

A Pedro le costaba cada baraja sobre diez pesetas, pero los jugadores cuando las pedían, pagaban por ellas veinte duros cada uno, lo que suponía una media de quinientas o seiscientas pesetas por baraja. Cuando la partida iba tomando cuerpo y la suerte se vencía a favor de alguno, éste, generoso, llamaba a Pedro pidiéndole una ronda de cubalibres para todos, pues solían invitar a quienes participaban en la partida. Si un cubalibre costaba unas diez pesetas, al igual que hacían con las barajas nuevas, los pagaban por diez o quince veces su valor. A Pedro le daba un poco de apuro, pero ellos mismos le decían que no se preocupase, ya que si eran capaces de jugarse miles de pesetas, nada les suponía pagar esas rondas cuyo importe para ellos era una minucia.

De vez en cuando, alguno de los que perdía, le pedían prestado dinero a Pedro, pero este siempre cauto les respondía:"Mira, si no tienes dinero mejor que no juegues. Yo estoy aquí para ver si gano un duro y las perras que meto en el cajón ya no las saco". Temiendo de que no volvieran o que se olvidaran de devolver el préstamo, mejor no hacerlo.

Aparte de los habituales, cada vez venía más gente nueva. Hasta de los pueblos de alrededor, como Alguazas, venían para

sumarse a esas famosas partidas dentro del círculo de jugadores. Los había de todas las esferas sociales. Mariana, se asombraba muchas veces, ante la presencia de alguno de ellos, pues tan recatados y modosos en apariencia, todo era traspasar los lindes del salón y desinhibidos, se gastaban hasta los “pelos”. Nunca hubo una mala discusión y mucho menos una pelea. La gente se comportaba correctamente, por eso el ambiente era siempre tan bueno.

Cuenta Pedro, que sólo una noche se le ocurrió jugar a los “montones” en una de las mesas, y, con los seis duros que le pagaron por la baraja, apostaba al montón que más le llamaba la atención. Así, en poco tiempo ganó un buen dinero, por lo que los demás jugadores decidieron que, en vez de apostar en cualquier montón, le harían el suyo propio. Él estuvo de acuerdo pero advirtió que no jugaría más dinero del que había recibido como importe de la baraja. Esa fue su gran noche. Ganó catorce mil quinientas pesetas que guardó en su casa con gran celo, sin decirle nada a su mujer, que por entonces estaba embarazada. Cuando unos meses después, dio a luz en la clínica San José de Alcantarilla, Pedro pagó los gastos del parto con ese dinero, y con lo que le sobró, le compró una medalla de la madre a su Mariana. Entonces fue cuando le contó lo sucedido aquella noche. Nunca más volvió a jugar.

Pedro en el salón del Bar

Cada noche se utilizaban bastantes barajas, que quedaban prácticamente nuevas, pues no se usaban más de dos horas. Pedro las vendía a otros bares por cinco pesetas.

Cuando llegaba el buen tiempo y aparecía el calor, cinco ventiladores aireaban y refrescaban todo el salón.

Llegaba agosto y se celebraban las Fiestas Patronales. Viernes, sábado y domingo, eran días de mucho trabajo. En la calle, delante de la puerta y la ventana de la oficina de la Comunidad de Regantes, colocaban un mostrador con un serpentín de cerveza.

Varios barreños de agua colocados tras el mostrador, se utilizaban para fregar los platos y vasos. Después resultaba un tanto engorroso ir a vaciarlos dentro del bajo, en el desagüe, aunque de vez en cuando alguno iba a parar en algún rincón de la plaza.

Delante del mostrador, colocaban varias mesas con sus sillas, que alquilaban para la ocasión en una empresa de Alcantarilla. En esa ventana -de la que Mariana guarda muy buenos recuerdos y cierta añoranza- colgaba las morcillas, longanizas y salchichas y unas fuentes con buenos lomos de cerdo. Bajaban la plancha de la cocina del bar y no daban abasto sirviendo platos de gambas, salchichas, sepia, lonchas de lomo y las sabrosas morcillas, que metían en una olla de agua hirviendo para que se calentaran, y supieran como recién hechas. Y los famosos michirones, eso si, con bastantes "tropezones". Todo ello, acompañado de la cerveza más fresquita y de chatos de un vino buenísimo. Los hermanos de Pedro y familiares de Mariana se sumaban a éstos para ayudar y servir las mesas, y también su hijo, "que aunque el zagal era pequeño –como decía su padre- algo hacía".

En la plaza se encontraba otro bar: "El Paso", y se juntaban sus mesas con las de Pedro formándose más de un lío entre los clientes, que se sentaban donde podían, y luego, pedían los servicios al bar contrario. Al final llegaron a un acuerdo: fueran las mesas de quien fueran, atenderían a los clientes que eligieran su bar para cubrir sus consumiciones.

Tras la atareada jornada y bien entrados en la madrugada, recogían todo el tanganillo, que guardaban en el bajo de la Comunidad de Regantes, hasta el día siguiente, en el que todo, más o menos, volvía al sitio del día anterior.

Así un año tras otro, hasta que este entrañable y concurrido bar llegó a un triste final. Triste, porque de la manera más absurda cerró sus puertas para siempre: ¿Quizás por la mala idea de alguien? ¿Por envidia? Mejor digamos que fue cosa del destino.

Al parecer, pesaba una hipoteca de la Caja Rural sobre el inmueble y los socios decidieron venderlo. Pedro, acompañado del presidente de la Cooperativa y de un familiar, bajó a Murcia para comprarlo en quinientas cincuenta mil pesetas. Tras hablar con el director de la entidad, cerraron el trato pero Pedro no dejó ninguna fianza, ya que el propio director le dijo que, si tenía el dinero en esa entidad no era necesario sacarlo si al que tenía que entregar la fianza era a él mismo.

Quedaron que en ocho días se haría la escritura y se pagaría. El matrimonio habló con una persona relacionada con la Comunidad

de Regantes al que pusieron al corriente de sus planes, pues pensaban hacerles unas oficinas en la parte de arriba para que siguiera la Comunidad en el mismo edificio y trasladar el bar al bajo, ya que lo podrían ampliar y sería más cómodo para los clientes.

Mientras tanto, se había convocado una junta para comunicarlo a todos los socios, pero ni Pedro ni Mariana, se presentaron a ella. Y, el encargado de comunicar que ellos se quedaban con la casa y las intenciones que tenían, se calló y no dijo nada, pasando la casa a manos de la Comunidad de Regantes del pueblo. Inmediatamente, comunicaron al matrimonio que tenían que dejar el bar y marcharse. Ellos se quedaron de piedra, pues pensando que todo estaba arreglado, otros se quedaron con lo que ya creían suyo.

El matrimonio en la puerta del Bar

Pedro tuvo unas palabras con el director de la Caja Rural, ya que al no constar por escrito el acuerdo alcanzado entre ambos, éste se echó atrás, diciéndole: ”Si la palabra de un hombre se medía por su estatura, -el director era muy bajito- estaban hechos tal para cual, pues ni tenía palabra ni daba la talla”.

Y así en 1977, acabaron once años de tristezas y alegrías, de sacrificios y sinsabores, pero también de buenos ratos compartidos con casi todo el pueblo, pues posiblemente nadie quedara sin pasar por el conocido y popular bar de la Cooperativa, aunque sólo fuese por probar los fantásticos michirones de Mariana; eso sí, con tropezones, con muchos tropezones.

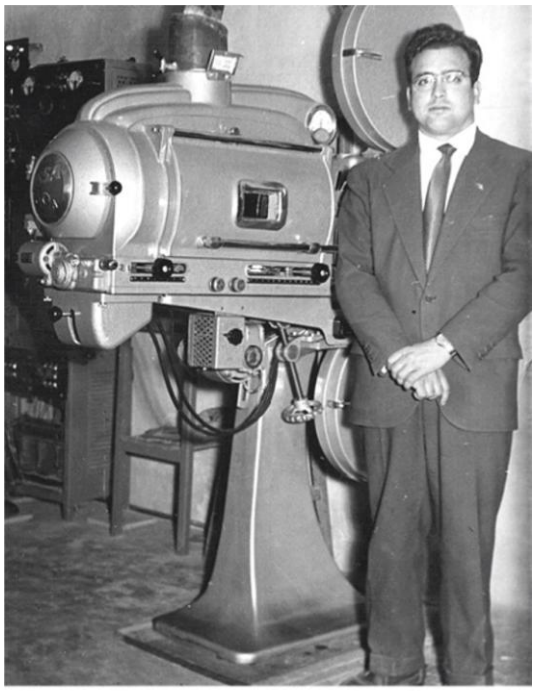
Tras este triste final, el matrimonio compró una casa en el barrio de La Fuensanta, donde montaron otro bar -justo detrás de la plaza de abastos-, al que denominaron “Bar de Pedro”. Aunque como suele ocurrir en los pueblos y más en aquellos años, fue bautizado con el mote de “La Higuera Seca” por algún simpático vecino, sin acritud ni mala baba.

Tras cinco años, Pedro lo vendió y cambio de nombre: “El Oasis”, que hasta el día de hoy continua abierto. Ellos, volvieron a lo que ya era su vida, llevando el bar de la Peña la Almazara, -por espacio de unos tres años-, pero eso, ya sería un nuevo capítulo en la historia de Pedro y Mariana.

LOS CINES TORREÑOS
PERICO CARRILLO

El cine, fue sin duda, una gran puerta de salida para todas las mentes soñadoras de este pueblo, con tantas inquietudes y, a veces, con tan pocas propuestas para el divertimento en aquella sociedad de mediados de siglo, que toda ocasión de poder ir al cine y pasar al menos dos horas imaginando ser el protagonista o la protagonista de la cinta bien que merecía la pena.

Desde las películas mudas, en blanco y negro, hasta que aparecieron en color y poco después en el maravilloso cinemascope, el cine fue como una ventana por la que ver lugares, razas, costumbres etc. que mostraban la historia e idiosincrasia de distintos países del mundo. Y no eran pocas las tertulias de muchos jóvenes que siempre imaginaban más allá de lo que la cinta mostraba y sugería.


Pedro Carrillo en la sala de máquinas

El repertorio cinematográfico tenía una buena variante de propuestas, aunque sin duda las más aclamadas eran las “pelis” del oeste, policíacas, de amores, o las folclóricas, con niño prodigio incluido. Pero las que quizás fueron más esperadas, -entre los años cincuenta y sesenta-, eran las de romanos, (“peplum”) que casi siempre solían estrenarse en ciertas fechas especiales por la fantasía y el espectáculo que en sí contenía cada una de ellas: “Hércules”, “Maciste el coloso”, “Los últimos días de Pompeya”, “Ben Hur”, “Quo Vadis”, “Los Diez Mandamientos”, “Espartaco”, etc. ¿Quién no guarda en un rinconcito de su mente, y quizás en su corazón, un poco de añoranza al recordar estas estupendas películas?

El cine en Las Torres de Cotillas, dejó una huella imborrable en muchas personas al hacerles vivir momentos inolvidables –algunas de ellas ya desaparecidas y otras, con tantos años como recuerdos-. Hace ya algunos años que todos los cines del municipio desaparecieron, en un momento en el que la oferta de ocio era muy variada, y con el florecimiento de los video-clubs, comenzamos a ser un poco infieles a la gran pantalla, por aquello de la comodidad, de poder ver en casa con amigos o con toda la familia, todas aquellas películas que tanto gustaban a grandes y chicos.

Pues bien, como una de esas maravillosas películas que estrenaban en fechas muy especiales, vamos a revisar esta pequeña historia del cine en nuestro pueblo y cómo no, con el más ferviente de sus promotores, el empresario Pedro Carrillo.

Esta historia empezó con el abuelo de Pedro, Antonio Carrillo Hernández que, en 1.926, de la unión y arreglo de tres casas en una de las calles más populares del pueblo, llamada "La Calleja", construyó el teatro, conocido por todos como Salón Carrillo. Poco tiempo después "La Calleja" cambió su denominación por la de "Calle del Teatro".

El Salón Carrillo se dedicó desde el principio a representaciones teatrales, revistas, zarzuelas y otro tipo de espectáculos con compañía foráneas inicialmente y poco después del propio pueblo. Pasados unos años había un nutrido grupo de aficionados torreños dirigidos por Juan Baño que ponían en escena un amplio abanico de obras populares. Fue en la década de los años treinta cuando comenzaron a proyectarse las primeras películas mudas. Venía un Sr. de Murcia, apellidado Del Pozo, que pertenecía a la empresa Iniesta y traía un proyector accionado a mano, que aún conserva Pedro Carrillo.

Después, el teatro fue alquilado por Antonio Carrillo a dos socios que vivían en El Palmar: Daniel Gómez y Bernal. Éstos lo arreglaron y lo transformaron, siendo el primer cine de invierno que hubo en Las Torres de Cotillas. Posteriormente, habilitaron el corralón propiedad de Antonio Carrillo y que daba a la calle Mayor, -hoy Plaza Mayor-, donde estuvo "Talleres Gomariz", luego el "Supermercado El Árbol" y actualmente el "Bazar Asia", junto a la cafetería "Rincón de Pepe". Allí se proyectaban las películas en el verano. Pocos años después, los dos cines pasaron a manos de los Bautistas, unos hermanos de Molina de Segura.

Hubo otros cines en el pueblo. El "Cine Rita" que era de verano y estaba situado en la calle Juan Pedro -actualmente la Calle del Príncipe-, frente al estudio fotográfico de Pedro "El Rufino". Ese cine estuvo muy poco tiempo abierto, pues al parecer

tenía algunos problemas económicos y lo embargaron los Bautistas. Precisamente la máquina, una “Supersón”, fue la que instalaron en el cine de verano del corralón.

Otro de los cines estaba situado en la casa de Mª Jesús Sandoval, en la calle Mayor, al final del paseo Dr. Pedro Fernández Jara. Allí vivió precisamente uno de los operadores de cine con su familia, Juan Martínez Arnaldos, que trabajaba de factor en Renfe en la estación torreña. Actualmente, en la esquina del inmueble se encuentra la sede del Partido Popular. Pedro Carrillo recuerda haber visto en aquella sala, en 1950, la película “Debla la virgen gitana” de Ramón Torrado, interpretada por Paquita Rico y Alfredo Mayo. En ese cine proyectaba películas el Sr. Conte, al que el padre de Pedro compró el negocio, máquina de proyectar incluida y el cine desapareció.

Pedro Carrillo

También, durante algunos veranos, un tal Sr. Collados, realizaba proyecciones en un solar ubicado en la Calle del Campo, donde estaba la casa de Ginés Franco, conocido como “Ginés de la Lorenza”.

Pedro, que era el segundo de ocho hermanos, estuvo estudiando hasta que acabó el Bachiller y su padre le puso a trabajar en la fábrica de conservas que tenían en la Vereda. Muy pronto, se dio cuenta que la fábrica no era lo suyo. “Toda mi ilusión, - comenta- desde que era un crío, era tener un cine. Se lo comentaba a mi padre y me decía que si estaba loco, creyendo que sólo era un capricho de joven. Pero cuando vio que cada día se lo pedía con más insistencia, visitó a los Bautistas y les propuso quedarse con su negocio, pero aquellos se negaron”.

Pedro continuó con la cantinela del cine durante algún tiempo, hasta que su padre, cansado de oírle dijo: “De acuerdo, no se hable más, voy a ir a ver a Conte”. En esta ocasión, el resultado fue efectivo y este Sr. le vendió el negocio. Los Carrillo nunca llegaron a proyectar allí, y un par de meses después se cerró el cine.

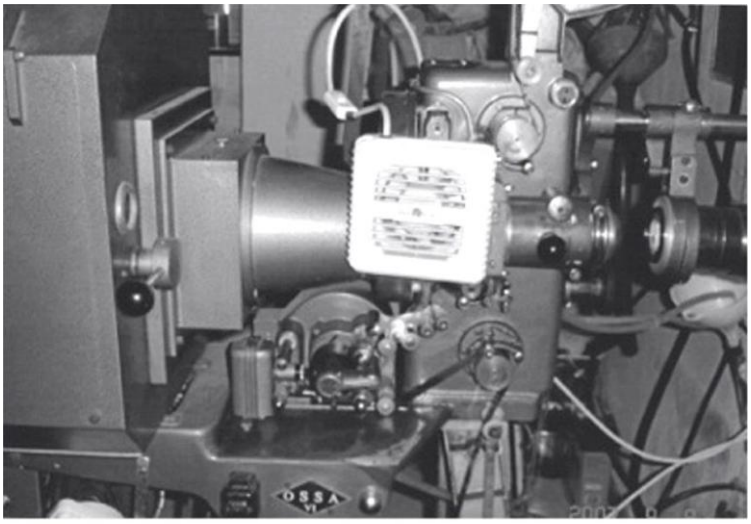
Pepe Carrillo, tío de Pedro, tenía una tienda de ultramarinos en la calle Mayor, frente a la plaza Primo de Rivera -hoy de La Constitución-. Justo detrás de ella, en el año 1.954, Pedro Carrillo -padre- montó el cine de verano, cuya pantalla era la espalda de la tienda de su hermano. Se accedía al mismo a través de una gran puerta de persiana; tan grande que cabía un camión por ella. Allí se situaron las taquillas, atendidas por Estrella Bermejo –hija de

Santiago “El Sastre”-, donde se adquirían las entradas que entonces costaban una peseta.

La sala de cine estaba amueblada con bancos de listones de madera bastante incómodos, en vez de butacas, para que se sentase la gente. La primera máquina con la que comenzaron a proyectar era la que habían comprado al Sr. Conte, una “Herco” bastante antigua. También vinieron a trabajar al nuevo cine sus operadores, Juan Martínez Arnaldos y Francisco Fernández -“Paco el Neo”-.

Pedro desconocía totalmente todo lo relacionado con el negocio del cine, pero era un chico bastante avispado y se dedicó por un tiempo a ir casi a diario a Murcia, donde sabía que le seria fácil aprender todo lo necesario para poder desenvolverse con soltura en el mundo que había elegido como profesión.

En aquellos años había en Murcia muchas casas distribuidoras de películas, -bastantes más que hoy-, entre otras, “La Universal”, “Chamartin”, “La Metro” y “Cifesa”. Pedro acudía a ellas en plan de observador, porque allí acudían empresarios de varios pueblos de la provincia para alquilar las películas que exhibían en sus cines. También se daban cita muchos viajantes procedentes de Valencia. Poco a poco, por las conversaciones que escuchaba y la forma de comportarse de estas personas, fue entendiendo cómo se desarrollaba el mundo empresarial del cine.



Detalle del proyector de cine

“Al parecer, caí en gracia entre ellos por mi juventud –cuenta Pedro-. Por ejemplo, el Sr. que venía de Mazarrón era muy simpático y, junto con su familia, llevaba todos los cines que habían en aquella localidad. Era como el abuelo de todos y cuando llegaba allí siempre venía a saludarme y me daba un pescozón cariñoso. Yo siempre estaba pendiente de todo, pero debía de ser prudente; por eso, veía, escuchaba y callaba. Después, ya en mi casa, recordaba cuanto había pasado durante la mañana y tomaba notas. Así aprendí cómo se hacían los contratos con cada una de las casas distribuidoras, cómo se recogían y se mandaban las películas, la

manera de pagarlas. En fin, todo cuanto me permitió salir airoso en un mundo del que no tenía ni la más vaga idea de cómo funcionaba. Después, como suele pasar, todo fue como un ritual aprendido".

Al poco tiempo, debido a que los gastos eran bastante elevados, la mayoría de las casas de películas centralizaron su distribución en las grandes capitales: Madrid. Barcelona, Valencia, Sevilla y La Coruña. Desde allí se encargaban de hacerlas llegar a las provincias. Pedro, seguía yendo por las mañanas a Murcia por que le interesaba estar al día y al tanto de todos los cambios que se producían en la forma de distribuir, en el precio, etc. En Chamartin, trabajaba un chico bastante joven, Antonio Castaño, persona excelente con quien hizo una gran amistad y le mantenía al corriente de cuanto pasaba en ese mundillo.

Pedro estaba orgulloso de su gestión, pues le demostró a su padre que su gran ilusión por el cine no era un mero capricho, pues a la vista estaban los resultados. "Me empeñé y lo conseguí, convirtiéndome a los dieciocho años en el empresario de cine más joven de la provincia de Murcia", comenta.

Frente al cine de verano, Pedro Carrillo construyó una sala cubierta, que sería el cine de invierno que se abrió al público sobre el año 1.960. Disponía de unas 500 butacas separadas por un pasillo central y dos laterales. Hubo ocasiones en las que la sala se encontraba totalmente abarrotada, con los pasillos llenos de sillas y personas de pie, sobre todo los domingos y en las fiestas. A pesar de ello, Pedro asegura que "no se ganaba mucho dinero pero nos defendíamos. Cubríamos gastos y siempre sobraba algo. Así fue como empezamos".

Pedro con los distribuidores de películas

En el cine había un escenario –en el que se celebraban funciones de teatro y otros eventos festivos- sobre el que estaba la pantalla. Tras ella, quedaba un gran espacio al que se accedía por una pequeña puerta que daba a la calle de atrás. Allí colocaron algunas butacas y sillas, pues cuando la película era para mayores, los niños no podían entrar a la sala; entonces se les decía que fuesen por la otra calle y de esa manera la veían.

Sabemos lo que era la censura en aquel tiempo, por un simple beso ya venía marcada la película “para mayores de 18 años con reparos”, y si aparte del beso se insinuaba algo más, ya que nunca pasaba de ahí ni se veía nada, se catalogaba “para mayores de 18 años con reparos y gravemente peligrosa”. Como ocurrió con la famosa “Gilda”, que hasta en la iglesia se hizo campaña en su contra y se condenaba al fuego del infierno eterno al que fuese a verla porque estaba en pecado mortal.

Pocos eran los que sabían que las películas ya venían con los cortes dados, y no eran los operadores los que quitaban los besos o las escenas que dejaban vislumbrar lo que al final nunca se veía, pues venían censuradas y en la caja donde se guardaba la cinta, había una lista de las escenas suprimidas. Este era el justificante del operador ante las críticas o a veces, amenazas de los espectadores. Pero esto no era suficiente para atajar el escándalo y el lío se montaba en la sala cada vez que ocurría. La gente silbaba y despotricaba contra todos hasta quedarse mudos.

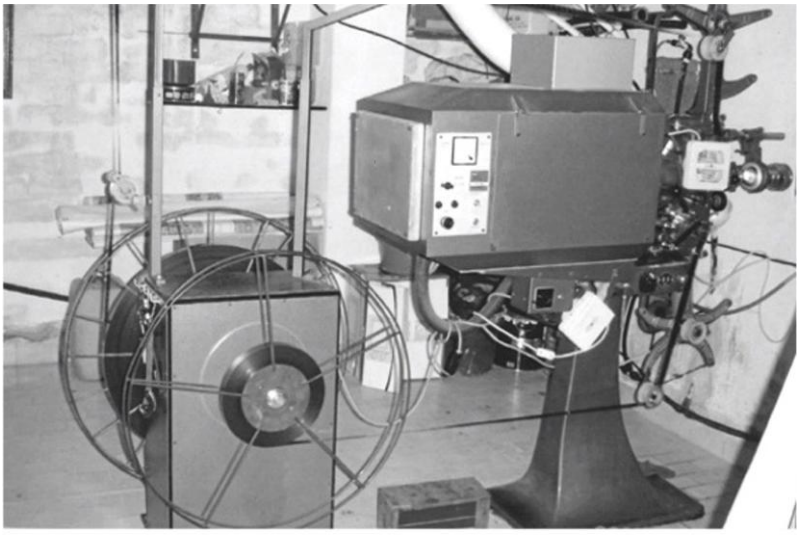
Desde la otra parte de la pantalla las películas se veían al revés, ya que entonces éstas aún no eran en cinemascope. De haberlo sido, tendrían que haber hecho las obras pertinentes y poner una pantalla más grande y de lienzo como después se hizo. De vez en cuando, lo mismo Pedro que algún trabajador suyo, iba a echar un vistazo para controlar que no pasara nada y los niños estuviesen en silencio. Las veces que se llenaba, se ponía a una persona durante toda la proyección para guardar un poco de orden.

En Murcia se montó una agencia de películas llamada “Transportes Films”, que se dedicaba a recoger las películas de las casas distribuidoras, donde los empresarios de cine iban todas las mañanas a retirarlas. Pedro relata que “aquello también era una pequeña escuela y se aprendían muchas cosas, pues cada uno contaba sus aventuras y desventuras y todos salíamos al corriente de todo”.

Los empleados de la agencia tenían una gran experiencia, y como dice el refrán: “sabe más el diablo por viejo que por diablo”. Eran muy listos y se las sabían todas, pues conocían cuáles eran las películas más comerciales y, claro, éstas siempre eran más caras que las demás. En aquella época las primeras películas que Pedro contrató costaban 200 ptas. Si era una comercial -por ejemplo las de Cantinflas-, su alquiler era de 300 ptas., pero a eso había que sumarle los portes, la propaganda, impuestos, etc. Una película en aquel tiempo costaba igual si la pasabas una vez como si le daban tres pases, y lo más que se mantenía en cartel en pueblos como el nuestro era tres días.

Cuando empezaron a salir las películas en color, -que al principio había muy pocas-, costaban un mínimo 500 ptas. Si eran comerciales, ya subían a 750 ptas. y esa cantidad en aquel tiempo ya era una cifra respetable. Los programas de películas siempre fueron dobles y la entrada costaba dos pesetas. Pero había un día especial a la semana -los miércoles-, al que llamaron: “el día del productor”, proyectándose tres películas y el precio de la entrada era de una peseta.

Siempre se intentaba combinar las películas para que fuesen del agrado del público. Entonces las que más gustaban eran las de folclore y las del oeste. Después empezaron a venir las de Kung fu, que también atraían mucho por su gran dosis de acción. Igualmente las policíacas por su intriga, y las de romanos. Durante algunos años había tantas de romanos que por no cansar al público, había que espaciarlas. Fue un tiempo muy bueno ya que siempre se llenaba el cine a rebosar.



Cabina de proyección

Pedro relata como anécdota que uno de los días que fue en su Vespa a recoger las películas programadas, sus compañeros habituales dijeron de ir a tomar unos chatos de vino y unas almendras en la tasca murciana de “La Huertanica”. Lo pasaron muy bien, pero a Pedro se le fue el santo al cielo y volvió a casa sin las cintas. Menudo disgusto tomó cuando al llegar, Antonio de “La Coja”, que lo tenían de chico de los recados, salió a recoger las películas para preparar su proyección en la cabina del cine y vio que las había olvidado. Se juró que jamás le volvería a ocurrir algo semejante. Tuvieron que avisar al público que ya estaba en la sala y ponerles una excusa: “Señores, se ha roto el proyector y hasta mañana no podemos dar cine. Pueden pasar por taquilla y el que quiera volver mañana se le dará un vale y el que no, le devolverán el dinero de la entrada”. Pese a las disculpas, los silbidos y críticas no cesaron en todo el tiempo.

Las cantinas de los cines Carrillo, pasaron también por más de una mano: inicialmente las llevaron los conocidos Andrés y Dolores “de las pipas”; luego, algunos miembros de la familia “Rada”, y ya en los últimos tiempos, los mismos Carrillo. Aparte de las pipas y demás cascaruja, eran muy famosos los buenísimos bocadillos de anchoas, chorizo, queso y mortadela. Al principio, primaban las gaseosas: La Flor de Murcia, La Pitusa, y después La Casera. Era normal, durante el descanso entre película y película, tomarse el bocata y la gaseosa, que pintaban las lenguas de colorines: rojas, cuando la gaseosa era de fresa; amarillas, si ésta era de limón, etc. Las proyecciones estaban acompañadas con el típico ruido de las pipas, que dejaban la sala alfombrada por las cáscaras, después de cada sesión

Algunas películas fueron bastante especiales porque alcanzaron mucho éxito entre el público y si no había problemas de fechas ni compromisos con otros cines, los empresarios podían proyectarlas durante más días y le cobraban igual. Una de esas películas fue un auténtico bombazo a nivel nacional: “El Último Cuplé” de Sara Montiel, que se estrenó en 1957 y se mantuvo en cartelera más de una semana. Llamó tanto la atención que al cine torreño acudió público de todos sitios, incluso repetían y la recomendaban. Esta película venía precedida de un clamoroso éxito en Madrid, ya que estuvo más de un año en el cine Rialto, en la Gran Vía. Tanto en Francia como en Italia se tituló “Valencia”. Las películas de Sara siempre fueron de las más vistas por el público ya que gustaba mucho.

El alquiler de la películas, como todo, empezó a subir, pues la que menos ya costaba de mil ptas. para arriba, y las especiales, que como siempre eran las más comerciales, se pagaba por ellas tres mil ptas. Lógicamente, las entradas también subieron. Si en principio costaban dos ptas. luego fueron tres, cinco, siete, nueve, diez,...; manteniéndose bastante tiempo en este precio hasta que volvieron a subir a quince ptas.

No bastaba con ser hijos de una buena familia para que estos dieran los mismos resultados que sus padres en civismo y educación. Había unos cuantos mozalbetes de 16 y 17 años muy mal educados que se orinaban en el cine y hubo que llamarles la atención en más de una ocasión. Hacían caso omiso al acomodador y al propio Pedro, teniendo que darles algún que otro cocotazo y ponerlos de patitas en la calle.

Otros, desde el anfiteatro, escupían las cáscaras de las pipas a los espectadores que estaban en el patio de butacas o rompían el acolchamiento de fibra de cristal que cubría las paredes para

insonorizar la sala y también lo tiraban sobre la gente que luego se deshacía rascándose la espalda por el picor que producía.

Como siempre se ha dicho: “renovarse o morir”, Pedro compro un par de máquinas para proyectar de la marca “Ossa”, pues según él, fueron las mejores y más resistentes que se fabricaron para el cine, al menos aquí en España.

El 30 de Octubre de 1966, se inauguró el cine de invierno de D. Salvador Escrivá, lógicamente la competencia se notaba, pero como siempre, Pedro Carrillo salía adelante. Ocurrieron ciertas cosas un tanto desagradables ya que, después de tantos años de trabajar con él, sus operadores Martínez y Paco “El Neo”, se fueron a trabajar con Escrivá.

“Yo tuve que aprender a proyectar porque cuando se fueron lo pasé muy mal -nos confiesa Pedro-, pues aunque subía todos los días a hablar con ellos a la cabina, nunca me había preocupado de fijarme como lo hacían. La primera vez me costó bastante arreglar la película cuado esta se cortaba, pero lo hice. Aquella misma noche que ellos se fueron di cine yo sólo y no hubo ningún incidente, lo cual me dio ánimos para seguir. Pero yo tenía otras cosas y esto no podía hacerlo siempre; entonces contraté a un Sr. de Molina, Manuel Sánchez, que durante el día trabajaba en Hidroeléctrica. Era una excelente persona y estuvo conmigo casi hasta el final.

Pedro en su despacho

Tras el cine de invierno, D. Salvador Escrivá hizo el de verano. Entonces, Pedro, le propuso a su padre construir un cine de verano en la Vereda, en el terreno que tenían detrás de la fábrica de conservas y éste aceptó. Se limpió el terreno y se cercó. Se hicieron unos aseos, un kiosco de refrescos y pipas, las taquillas, y lo más importante, se hizo una pantalla grandísima, quizás la más grande de los cines que habían en aquel momento en el pueblo.

Pedro se llevó uno de los proyectores que tenía en el otro cine y así se inauguró. Este cine tuvo una vida muy corta, ya que sólo duró tres veranos. El primer verano ya estaba un poco avanzado y tan sólo se proyectó un par de meses. Los dos siguientes fueron completos y de taquilla no marchaba mal, pero un fatal huracán

que vino en el invierno de ese mismo año, tiró las pantallas de todos los cines de verano: la de Escrivá, la del otro cine de verano de Carrillo y ésta, que nunca más se volvió a levantar. Sería el año 68 ó 69.

Tuvo un portero en los cines, José Miguel Sandoval, “Pepe el gorras”, que trabajaba de albañil y estuvo implicado en la construcción de los mismos. Éste permaneció en su puesto todos los años que estuvieron abiertos al público. Según relata Pedro: “era una excelente persona y sabía hacer de todo, era un verdadero “manitas”. Cada año, tras el verano, repasábamos las butacas arreglando las que se habían roto. Quitaba los asientos y respaldos, los sacábamos al vestíbulo del cine de invierno y allí, con género que Pepe cortaba, las tapizábamos y quedaban nuevas. Así comenzábamos la temporada de invierno con todo en su sitio, nuevo, limpio y ordenado”.

Nuevamente empezaron a subir las películas y el precio mínimo ya era de unas 25.000 ptas. “Entonces -nos comenta Pedro- nos autorizaron a hacer las películas al pase. Me puse de acuerdo con mi tío Juan Antonio de Ceutí, las sacábamos entre los dos y así lo podíamos llevar mejor pagando sólo una película cada uno. Siempre invertíamos los programas, yo empezaba una hora antes, y cuando acabada el primer pase se llevaban la película, y él me traía la otra. Recuerdo que en una ocasión se le estropeó uno de los proyectores y tardó en traerme la bobina, no veas la que se armó en el cine, una de padre y muy señor mío. Nadie era culpable, pero siempre pagábamos los mismos”.

Así llegamos hasta el año 1971. Desde hacía un tiempo el cine se había quedado pequeño. Entonces Pedro le preguntó a su padre que para quién iba a ser el cine, quién le aseguró que sería para él y que podía hacer con él lo que quisiera. “Yo me embarqué en la construcción del nuevo cine de invierno y me costó cerca de tres millones de pesetas, que en aquellos años era una pequeña fortuna. Se hizo mucho más grande que el que había, con una capacidad de 1.500 butacas. También, en un patio grande que había detrás, se hizo un nuevo cine de verano. Los dos nuevos y flamantes. Estaba verdaderamente contento y orgulloso de mi logro”.

El 30 de mayo de ese mismo año, cerró el cine de D. Salvador Escrivá, pero poco después lo alquiló a dos o tres personas de Murcia. Uno de ellos, Pío Avilés, tenía una casa distribuidora y era representante de películas. Al poco tiempo, tuvo que cerrarlo porque al parecer no le iba tan bien como esperaba.

Entonces, por mediación de uno de los antiguos operarios, Pedro se enteró que Salvador Escrivá pensaba alquilarlo de nuevo, fue a su casa y habló con él. “Siempre fue un Sr. muy atento y nos apreciaba como si fuésemos de la familia. Me recibió con un abrazo y me dijo que, si en alguna ocasión hubo diferencias entre nosotros se debían a ciertos malentendidos y que había hecho el cine porque le comprometieron. Le dije que sabía de su intención de volver a alquilar el cine y de ser así, pues quería hacerlo yo. Ni corto ni perezoso sacó del cajón del despacho la libreta de programación y me la dio diciéndome que podía hacer lo que quisiera y que empezara a dar cine, si me iba bien que se lo pagara y si no, tan amigos. Yo le insistí en que fijara un precio y el me comentó que se conformaba con cubrir los gastos. Así quedó la cosa, nos despedimos, nos dimos otro abrazo y con él se acabó para siempre la competencia”.

Pedro regresó a su casa muy contento. Llamó a su hermano Cristóbal para pedirle ayuda, -pues también sabía proyectar-, para que él lo hiciera allí. Los dos proyectores del cine de Escrivá eran muy buenos, pero para Pedro, los Ossa eran mejor y le gustaban más. Entonces toda la cabina entera, que valdría alrededor de un millón trescientas mil ptas., la cambió por la lámpara Xenon. “Recuerdo -dice Pedro- que el primero que la puso en Murcia fue Pepe Sabater, de Cabezo de Torres. Y el segundo, Pedro Carrillo, un servidor, en Las Torres de Cotillas, bastante antes que la pusieran en los cines de la capital”.

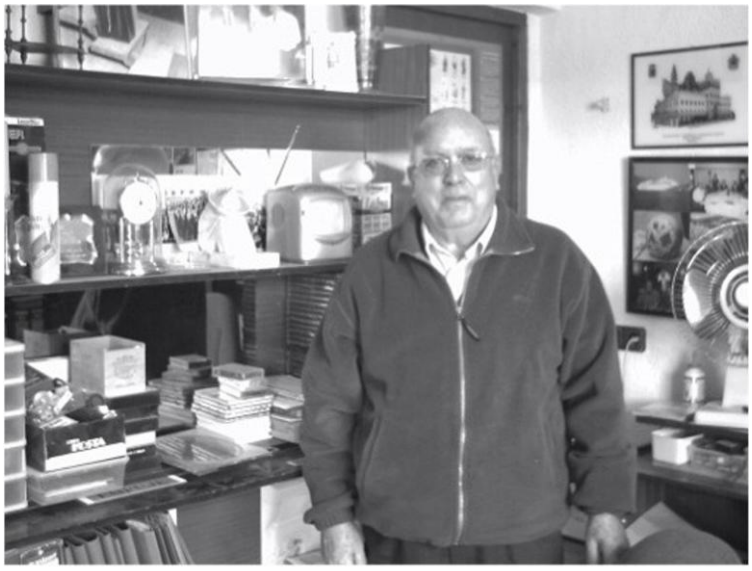


Imagen actual de Pedro Carrillo

La lámpara Xenon era estupenda porque no necesitaba de carbones, nada más la encendías y a funcionar y las proyecciones eran mucho más perfectas que con el carbón. Se mantenía encendida durante toda la proyección y después, o se apagaba al acabar la película, o proyectabas los anuncios. Se podía tener encendida el tiempo que se quería. Entonces las lámparas eran de 2.500 vatios –ahora son más potentes y son de 5.000 vatios- y

duraban de mil doscientas a mil quinientas horas y costaban medio millón de pesetas. En la actualidad, no llegan a las cien mil pesetas. Para que se pueda apreciar la diferencia, entonces era como comprar una finca, por eso los demás cines no se dieron mucha prisa en comprarla.

Un claro ejemplo fue D. José Iniesta, propietario de todos los cines de la capital murciana, a excepción del cine Coliseum, en la calle Paseo Corvera de Murcia. En sus cabinas siempre había dos proyectores. Si uno se estropeaba se podía utilizar el otro pero la lámpara Xenon sólo se ponía en uno de ellos, ya que entonces hicieron las bobinas más grandes y toda la película cabía en una sola. Para ello, se hizo un mecanismo acoplado al motor de la máquina, para que pudiera arrastrar el peso de la nueva bobina, que solía ser de unos veinte o treinta kilos.

Poco fue el tiempo que Pedro llevó el cine de Escrivá. En esta ocasión no se volvió a alquilar y cerró sus puertas para siempre. Pedro tenía desde tiempo atrás una casa en Mazarrón en la que solía pasar casi todos los veranos. Junto a otros dos socios, construyeron el cine Bahía que inauguraron en 1982. “Aún sigue abierto, -dice Pedro- ¡Gracias a Dios!”.

Nuevamente, el coste de las películas había subido considerablemente, más los impuestos, mantenimiento y otros gastos, hacía que el presupuesto de cada proyección fuera bastante elevado. Ya no era como antes, costaba bastante sacar veinte o treinta mil pesetas y no siempre había suerte. Entonces empezaron a proliferar los *pub*, la televisión y los video-club, y el cine fue decayendo poco a poco, pues cada vez venía menos público. Aún, a trancas y barrancas, se mantuvo por un año más. “Al llegar el verano de 1986 -nos dice Pedro-, pensé irme a Mazarrón y cuando volviera en septiembre abrir de nuevo el cine, y según me fuera, seguir con él o cerrarlo definitivamente”. Pero ya tenía los días contados, y un mes después, en octubre de ese mismo año cerró sus puertas para siempre.

Pedro recuerda ese año muy bien, porque no sólo desapareció el último cine de Las Torres de Cotillas, su cine, sino que fue el año en que murió su padre, y también, en el que pasó el Cometa Halley.

Al poco tiempo, al regreso de Mazarrón, encontró un coche aparcado en su puerta del que bajaron tres personas que tenían mucho interés en hablar con él: un viejo conocido de siempre y sus dos socios. Le preguntaron por el cine y si podían verlo, entrando en el “como Juan por su casa”. El cine estaba muy bien cuidado y

limpio, y los tres muy animados hablaban entre ellos haciendo planes.

Pedro, estaba asombrado, porque hacía el papel del hombre invisible, ya que poco era el caso que le hacían. Por fin, muy animados, le dijeron que les gustaba mucho para poner una discoteca, -ya tenían otra en Totana que les iba muy bien, y que cuánto quería por su alquiler. Les contestó que tenía una familia y que tendría que consultarles, que unos días después podrían verse en Murcia, en un lugar acordado y resolver el asunto.

Pedro y sus amigos en discoteca Sabela

Su familia estuvo de acuerdo y así se hizo. Lo alquiló para cinco años prorrogables. Una vez firmado el contrato, a los tres días ya estaban allí "pegando porrazos", se llevaron las butacas, poniendo y quitando para arreglarlo a su gusto. Pedro lo pasó muy mal, ya que media vida se le iba tras aquellos golpes. Uno de los socios era herrero y montó una estructura de hierro muy bonita para la decoración. Lo cierto es que la dejaron preciosa. "SABELA", que así se llamó la discoteca, se abrió en la Navidad de 1986.

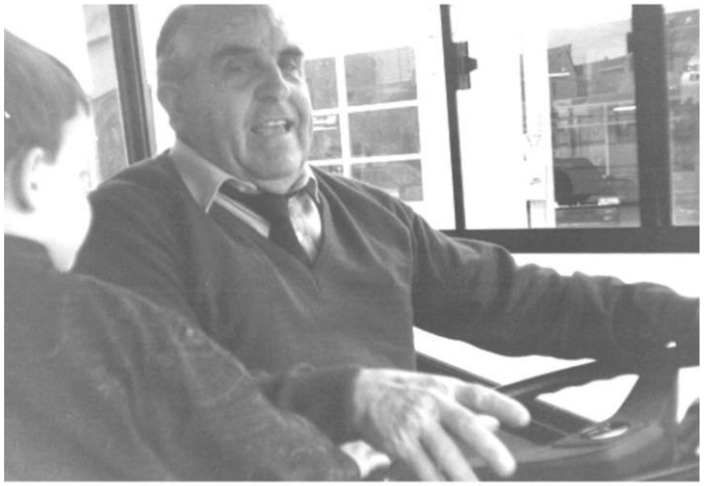
Pero hubo un problema, y fue que a los tres meses los socios se habían gastado todo el dinero de los préstamos que habían solicitado y no tenían dinero para pagarlos. Entonces, Pedro, se lo comunicó a su familia y todos se tuvieron que poner a trabajar para sacar la discoteca adelante, permaneciendo abierta hasta la Nochevieja del año 2000.

Pero eso ya sería un nuevo capítulo en la vida de Pedro Carrillo, el torreño que fuera el empresario de cine más joven de la provincia de Murcia.

TRANSPORTES URBANOS
PEPE PUCHE

José Puche Gómez nació en las Torres de Cotillas en 1929, en una finca que tenían sus padres cerca de “La Pilica”. Desde siempre se sintió atraído por los coches y por todo aquello que tenía ruedas y se pudiera conducir, hasta el punto que, siendo aún muy joven, ya llevaba un tractor con el que trabajaba las tierras del campo. Después, a la edad de 24 años, conducía un pequeño camión que adquirió su familia, haciendo portes por el pueblo, aunque a veces también salía fuera, como a Cartagena, Orihuela y Alicante -donde fue varias veces a traer teja-. En 1962, comenzó a trabajar como conductor de autobuses, oficio que mantendría a lo largo de treinta años, hasta su jubilación.

En aquel tiempo apenas si había un par de coches de punto de la casa Ford en el pueblo. Uno el de D. Pedro Fernández Jara, el médico, y el otro lo poseía la familia Carrillo. También había un camión que pertenecía a la familia Montes, que residían frente a la Ermita de la Cruz. De ahí la necesidad y el gran servicio que proporcionaba el autobús para viajar a la capital y a otros lugares, como a Javalí Nuevo y Alcantarilla. El otro medio de transporte, el tren tenía bastante auge, pero el bus era más cercano y popular.



José Puche en el trabajo

En Alcantarilla existía una empresa de autobuses cuyos dueños, los Hnos. Ortiz, eran conocidos familiarmente por el apodo de: “Los Nanos”. En realidad era una concesión de la T. Alsina Graells Sur S.A., aunque ellos eran los dueños de los autobuses.

Aquí estuvo Puche trabajando cerca de doce años. Los jefes le apreciaban mucho y aún en la actualidad, cuando se encuentran, la alegría es mutua, es como si vieran a su padre. La empresa pasó luego a pertenecer directamente a T. Alsina Graells Sur, y finalmente, a la empresa Latbus. En ella permaneció hasta el día de su jubilación, el 10 de mayo de 1991 en el que dio su último viaje, faltándole sólo dos meses para cumplir treinta años como conductor o chófer de autobuses.

En 1962 ocurrió un desagradable accidente que pudo ser mortal para muchas personas. Puche aún no trabajaba en la empresa, pero recuerda la noticia por el titular que apareció en el periódico: “Jerónimo, por adelantar a un carro volcó su vehículo”.

Era el viaje de las tres de la tarde desde Las Torres de Cotillas a Murcia, al llegar con el autobús a la cuesta Siscar, Jerónimo adelantó a un carro que ocupaba parte de la carretera y tras rebasarlo, tanto se acercó de nuevo a la orilla que el autobús derrapó y cayó por un terraplén a unos bancales que habían debajo de la cuesta, dando alguna vuelta de campana y quedando con las ruedas para arriba.

El "Barreiros" de Puche

Afortunadamente, no ocurrió ninguna desgracia, los pasajeros sólo sufrieron magulladuras, golpes, moratones y algún que otro arañazo. Alfonso “de Morell” y su esposa Mercedes iban en ese viaje y fueron testigos directos, contando lo que en realidad pasó. El

pobre chófer se asustó tanto creyendo que los viajeros habían muerto, que en vez de comprobar lo que había pasado, reaccionó de una forma un tanto imprevisible: echó a correr campo a través por una cañada de oliveras y apareció en la carretera de Mula, cerca de la Venta Alarcón. Lógicamente hubieron denuncias, pero el chófer, que renuncio a volver al trabajo, enfermó a consecuencia del susto y cuando le avisaron para la celebración del juicio, casi un año después, ya había muerto. En ese transcurso de tiempo, Puche le conoció personalmente y habló en alguna que otra ocasión con él, pues ya estaba trabajando en la empresa algunos meses.

Cuando Puche comenzó a trabajar con "Los Nanos" tenía 33 años, y entonces habían varios modelos y marcas de autobuses: Lad, Man, Guy -este último tenía un morro bastante largo-. También Chevrolet, Ford, Esteba -que era muy bueno-. Todos eran chatos menos el Guy. La ruta estaba establecida: Las Torres de Cotillas - Murcia, así como el horario.

En Las Torres de Cotillas, el trayecto empezaba y acababa en la parada de La Florida. En aquel tiempo eran muy pocos los autobuses que acercaban a la gente del pueblo a la capital, pues por la mañana sólo había dos: el primero salía a las 7´30 h. y el segundo a las 8 h. Volvían de Murcia a medio día: uno a las 13´30 h y el otro, a las 14 h. De nuevo regresaban a Murcia a las 14´30 h. y a las 15 h. Por la noche, dos nuevos servicios traían a los viajeros desde la capital: uno a las 19´30 h. y otro a las 20 h., que ya no regresaban a Murcia, sino que volvían a Alcantarilla donde quedaban hasta el día siguiente. Dependiendo de las paradas que hacían tardaban más o menos en realizar el trayecto, aunque por lo general duraba entre 45 o 50 minutos.

Puche tenía que ir todos los días en moto a recoger el autobús a Alcantarilla, a un almacén bastante grande cercano al barrio de Campoamor, donde se encerraban al acabar el servicio. Luego volvía hasta Las Torres, para iniciar el recorrido siempre desde la parada de la Florida situada frente al bar del "Nenico". Hacía las paradas establecidas a lo largo del pueblo, después iba directo hasta Javalí Nuevo, donde al llegar a la parada "del Gallo", el segundo autobús –el de las ocho de la mañana-, entraba en el interior del pueblo, recogía a la gente y luego seguía la ruta hasta Alcantarilla. Allí, las tres o cuatro paradas y nuevamente iba directo hasta Murcia.

Entonces no existía estación de autobuses y todos paraban en la Plaza de Camachos, a los pies de la subida del Puente de los Peligros. En medio de la plaza había una gran farola y allí daban la vuelta, quedando aparcados en la acera de la izquierda y mirando

en dirección al Barrio del Carmen, esperando de nuevo la hora del regreso a Las Torres de Cotillas. Al medio día, la misma operación pero invertida, pues como siempre, el segundo autobús entraba hasta el centro de Javalí Nuevo a recoger y a dejar viajeros.

El primer coche que le asignaron a Pepe era un Chevrolet con motor de gasoil. “Que más bien parecía una tartana” -comenta-. “No era muy grande y tenía muy pocos asientos instalados en las paredes del mismo autobús. Distaban mucho de la disposición actual y la mayoría de personas iban de pie”. Solía viajar mucha gente y en más de una ocasión se quedaban en la parada ya que no cabían en el coche. La gente se peleaba con Puche y con el cobrador. En ese aspecto las anécdotas se sucedían diariamente y a veces, en alguna parada había una verdadera batalla campal de dimes y diretes.

Un día al llegar a la parada de Los Pulpites, el autobús ya venía a tope, no cabían más personas, por lo que los viajeros que esperaban se tenían que quedar en tierra. Se armó una buena: ¡No hay derecho a esto! ¡Tú tienes la culpa! ¡Si eres un tal o un cual! Total que Puche siempre era el culpable de todo lo que pasaba. Entonces se pusieron delante del autobús para no dejarlo salir y tardaron un buen rato en aclarar las cosas; al final, como era de esperar, el autobús se marchó y ellos se quedaron sin montar.

Inundación en 1962

También había disputa por los asientos y era el cobrador el que intentaba poner orden en todo aquel caos. Cuando había que frenar por alguna causa, debido a la disposición de estos, más de uno salía disparado al suelo o hacia el que tenía sentado enfrente. El coche tenía cabida para 45 plazas pero siempre se montaban de más y al chófer que no tenía culpa de nada, siempre lo ponían a parir, aunque al final el que siempre acababa pagando los platos rotos era el cobrador, que tenía que lidiar con todos y no siempre salía bien parado, pues hubo veces que incluso le querían pegar. El pobre se quejaba: “Encima que les paro para que no se queden en tierra, aún tengo yo la culpa. El próximo día no montan y se acabó”.

En el verano de 1962, hubo unas fuertes tormentas sobre el pueblo y llovió muchísimo, y pese a los bordillos que separaban las aceras de la carretera, toda la parte central de la calle Mayor se vio inundada en algunos tramos, rondando el medio metro de agua. Para más "Inri", estaban haciendo una zanja bastante profunda frente a la casa de Félix "de la Marina", posiblemente para meter las nuevas tuberías del desagüe. El segundo autobús buscando por donde pasar y que fuese menor el nivel del agua, se acercó a la orilla y fue a dar con la zanja empotrándose en ella. Puche, hacía media hora que había pasado, pero como sabía lo de las obras y la anchura de la zanja, aminoró la marcha y con mucho cuidado pasó despacio hasta que salió del trance.

Tuvieron que desalojar el autobús como pudieron, para ello colocaron un tablón de madera para que los viajeros no cayeran también en ella, y aunque se mojaran, ponerlos en tierra firme. Hubo que traer otro autobús desde Alcantarilla y con un cable de acero o unas cadenas intentaron sacar al autobús siniestrado. Al parecer tiraron con tal fuerza que en vez de salvar el autobús del atasco, arrancaron las ruedas, ballesta incluida, y viendo que no había forma humana posible de sacarle de allí, trajeron una grúa que obró el "milagro".

La fotografía de tal evento se publicó en un libro y sus vecinos y amigos cuando se encontraban con Puche y le pedían explicaciones les aclaraba que no se trataba de él sino de Eustaquio Corbalán, el chófer que llevaba el segundo de los autobuses, el que entraba siempre al centro de Javalí Nuevo.

Los cobradores eran todos de Alcantarilla, siendo su misión dar los billetes y cobrar su importe. Llevaban un pito y eran ellos los que marcaban las paradas, la mayoría de las veces a plena voz: "¡Eh!, Puche, para ahí" -porque siempre le llamaban por el apellido y no por su nombre. A veces, el cobrador estaba en la parte trasera del autobús y si iba lleno de gente el chofer no le oía, entonces es cuando utilizaba el silbato y el conductor ya sabía que tenía que detenerse en la siguiente parada. Aparte de las paradas establecidas, si aparecía alguien a lo largo del trayecto y podían, también lo recogían, aunque a riesgo de que les denunciaran porque no podían hacerlo. El billete costaba 3´50 ptas., luego subió 20 céntimos más, porque entonces circulaban los céntimos: (A los 5 cts. se les llamaba "perrachica", a los 10 cts. "perrogordo" y a los 25 cts. un real). Algún tiempo después subieron dos reales.

La gente llevaba incluso animales en el coche, cuando era el mercado de Alcantarilla iban con gallinas, pollos y conejos. Un día les paró la policía de tráfico y le denunciaron porque una mujer

llevaba un par de gallinas y no iban tapadas. Les pusieron una multa de 500 ptas. que pagaron a medias entre Puche y el cobrador.

Normalmente, cuando la gente se desplazaba al mercado de Alcantarilla llevaban los animales en un carrito o en un burro con aguaderas y sólo cuando se trataba de una pequeña cantidad, en el autobús. Un día se formó una discusión por uno de los asientos, y un hombre que llevaba un saco con conejos, en un movimiento brusco se le cayó al piso y salieron corriendo por todo el autobús. Menuda se armó. A los pobres conejos se les salía el corazón por la boca del susto, por verse en aquel lugar extraño y los viajeros menuda juerga tenían tratando de cogerlos. Al final, todo acabó bien y volvieron a su saco. El hombre que los llevaba respiró dando gracias a Dios.

Lo que estaba terminantemente prohibido era montar perros. Alguna que otra vez, algunas personas se ponían un poco farrucas culpando a los dos, como si fuera cosa de ellos que no los querían montar. Pocos se tomaban en serio las normas que no establecían ellos, sino la propia empresa.

Puche con unos amigos

A Puche le cambiaron el Chevrolet, por un Ford con motor Perkins, que era muy bueno, -bastante mejor que el del Barreiros-, que condujo por algún tiempo.

Viendo que el problema con los viajeros no se solucionaba, le sugirió a los jefes poner otro autobús a las diez de la mañana; ellos estaban reticentes, pero al final un día, ante la insistencia de Puche, le dijeron: “Bien, esperemos que tengas razón. Cuando llegues a Murcia das la vuelta y te vienes de nuevo y a las diez vuelves a salir de Las Torres para Murcia”. Dicho y hecho, pero como no se había anunciado que habría un coche nuevo a esa hora, nadie acudió a las paradas yéndose para Murcia de vacío. Al llegar a la parada de Los Pulpites, una Sra., le preguntó: “Puche, ¿dónde vais a estas horas?” Y le, explicó lo sucedido. Entonces ella le dijo que se

marchaba con él, con lo que inauguró la primera vez el coche de las 10 h. con una sola pasajera.

Cuando llegó a Alcantarilla, salió Roque -uno de los jefes- y le dijo: “Puche, ¿pero qué es esto? Ya te dije que no era necesario un coche más”. Él contestó que esperara a que la gente lo supiera. No se equivocó, pues a partir del día siguiente el coche bajaba de bote en bote. Hasta el punto que un día, Puche llamó por teléfono a su jefe pidiéndole un coche más porque la gente se los comía. Éste creyó que estaba de cachondeo y tuvo que asegurarle que era cierto. Enseguida mandó otro autobús de refuerzo y bajaron los dos llenos para Murcia. Igual ocurrió por la tarde, poniendo un coche desde Murcia a Las Torres que salía de allí a las 17´30 h y volvía de nuevo a Murcia a las 19´30 h.

Ya eran tres los chóferes que venían con los autobuses a Las Torres: Puche, Eustaquio y Sebastián. Eustaquio siempre llevaba el que entraba a Javalí Nuevo, y Puche y Sebastián alternaban horarios cada semana. Si a uno le correspondía iniciar el primero de la mañana y a otro el segundo, a la semana siguiente era al contrario. Para entonces, a Puche, ya le habían asignado otro autobús, más grande y potente. Era un Barreiros 115, que condujo durante tantos años que cuando lo veían los mismos compañeros, decían: “Mira, el Barreiros de Puche”. Él mismo le tomó especial cariño y en la actualidad tiene en su casa una fotografía bastante grande del mismo.

Era el año 1965, Puche, que no trabajaba los domingos durante los meses de verano, tuvo la idea de organizar junto a Juan “de Pío” y su mujer, Rafaela, excursiones a la playa. Él se traía el autobús de la empresa que le daba un permiso especial, según la ruta a realizar y Rafaela vendía los billetes en la tienda-mercería que tenía. Con la recaudación pagaban el alquiler del autobús y lo que sobraba lo repartían entre ellos. Cada domingo iban a una playa distinta y todo el mundo disfrutaba de aquellas excursiones bañándose y tomando el sol.

El autobús, con sus 41 asientos, siempre iba a rebosar y en más de una ocasión le faltaban billetes. Empezaron la ruta por Mazarrón –quizá donde más veces fueron-, Los Alcázares, La Puntica, Lo Pagán, San Pedro del Pinatar, El Pilar de la Horadada, Torrevieja, Montepiedra, Alicante, Benidorm, etc. En alguna ocasión llegaron hasta Águilas. Todos los domingos de viaje con un nuevo destino. Sólo en una ocasión se hizo una excursión fuera de la ruta de la playa, y fue a Granada. Puche se sentía feliz haciendo aquellos viajes. La gente repetía un domingo trás otro. Le preguntaban: “¿El domingo a dónde vas?” Y tras la respuesta:

“Bueno, ya sabes que yo voy”. Así la mayoría de viajeros. Los billetes no eran muy caros, pues dependía de la distancia al sitio a donde iban. Normalmente solían costar de 12 a 14 duros (60 ó 70 ptas.).

Todos los 18 de julio de los años que estuvieron yendo a la playa, el destino era Benidorm. Siempre faltaban sitios, pues a la gente le encantaba ir a ese lugar -por entonces muy de moda-. En una ocasión, cayó en viernes el 18 de julio y prometió a la gente que se quedó sin billete que el domingo siguiente repetiría el viaje para ellos y volverían de nuevo a Benidorm.

Excursión a la playa

En uno de los viajes a la playa de San Juan, en Alicante, pinchó una rueda y Puche, un tanto nervioso, se cagó en todo lo imaginable. Su socio, Juan “de Pío”, le recriminó que dijera aquellas palabrotas, a lo que respondió: “Tú no sabes, con lo grande que es y lo pesada, lo que cuesta cambiar la rueda”. Entre la palanca y aquellas herramientas tan incómodas de manejar por lo grandes que eran, acababa uno baldado, pero con un gran esfuerzo al fin lo consiguió. Los viajes se realizaron durante ocho años, hasta que Puche cambió de empresa. Cuando entró en la T. Alsina Graells, todo fueron pegas por parte de los jefes y decidieron poner fin a los mismos.

Los días pasaban y las anécdotas casi eran el pan nuestro de cada día, pues de vez en cuando había alguna novedad. Un día subió al autobús un Sr. con un haz de cohetes atados con un hilo. El cobrador le dijo que no podía llevarlos porque era algo peligroso: “Puede que explote alguno de los cohetes y si explota uno van todos detrás”. Menuda tragedia se podía haber armado. El hombre reaccionó mal montando en cólera, a punto estuvo de pegarle, por lo que Puche dijo que todo se arreglaría fácilmente llamando a la policía. Así fue, estos se presentaron y cuando se enteraron de

cual era el problema le dijeron al viajero que no podía montar con todo eso encima. Entonces se calmó y a regañadientes, no tuvo más remedio que abandonar el autobús. Así ocurría de vez en cuando alguna que otra cosa. Aunque por supuesto había buenos días que transcurrían sin nada que contar o mejor todavía, que lamentar.

Por el año 1974, los Hnos. Ortiz decidieron dejar la empresa, y T. Alsina Graells Sur S.A. se quedó con todos los coches y con la plantilla de trabajadores. Por ello Puche, aunque cambió de empresa, nunca dejó de trabajar y de realizar la misma ruta que siempre había hecho con "los Nanos". Algunos de los coches apenas salían de viaje, porque eran ya muy viejos, pero la nueva empresa, aún estando así se quedó con todos. Luego los fueron sustituyendo por otros de las líneas que tenían en Andalucía: Granada, Málaga, Linares, etc. Fue entonces cuando le cambiaron el famoso "Barreiros 115", por un Pegaso.

Tras el último viaje de las ocho de la noche, Puche seguía encerrando el coche en el almacén de "los Nanos" -ahora de la T. Alsina Graells-, pero esto duró poco tiempo, ya que por orden del nuevo jefe venía a Las Torres y, si no traía viajeros, ya no llegaba a la parada de la Florida. Entonces se lo llevaba a la puerta de su casa y allí pasaba la noche. Entonces Pepe vivía en el nº 86 de la Calle del Campo, junto a la ferretería de Juan "de Narciso". Lo mismo hacía el otro chofer, Sebastián, con el otro autobús: lo dejaba en la explanada que había delante de la puerta de Pepe "de la Rafaela", frente a la Calle Mula.

Cuando se trasladó a la casa en la que vive actualmente, en el nº 24 de la Calle Chile, solía dejarlo donde está la peluquería de Marcial, que entonces eran unos solares ya que aún no estaban construidas las casas que hay actualmente. El precio del billete de autobús subió entonces hasta 7´50 ptas.

Un día, saliendo de la parada de Alcantarilla también se le cruzó un Sr. bastante mayor que iba con un bastón, al parecer ni siquiera se había dado cuenta de que se le venía encima el autobús. Puche, frenó en seco, diciendo un improperio. Un viajero le espetó:

- ¿Pero que te pasa?
- Que le va a pasar, que va borracho como siempre –dijo otro viajero.

Junto a Puche iba un policía armada y un guardia civil -estos se montaban siempre delante y normalmente no solían pagar-. Puche les dijo:

- Voy a ver si aparco aquí para aclarar con este Sr. cuándo me ha visto a mí borracho. Y dirigiéndose al viajero le dijo:
- Venga Vd. para acá caballero, a ver qué clase de borrachera llevo yo. Me hace el favor de abandonar ahora mismo el coche.
- Yo no me bajo… he sacado el billete.
- Eso es lo mismo. Si no sabe comportarse correctamente bájese y vaya Vd. andando. ¿Cuándo me ha visto borracho?.
- No… yo… -balbuceó muy nervioso- Voy a ir a decirle a su jefe que me ha echado del autobús.
- Bien, vaya Vd. pero no olvide de decir que ha sido Puche quien le ha bajado del coche.

Volviéndose hacia el policía y el guardia civil, les agradeció su presencia, para que pudieran decir si alguien lo requería lo que verdaderamente había sucedido.

La parada de autobuses se trasladó desde la Plaza de Camachos hasta la parte posterior del Jardín de Floridablanca y estuvieron al menos cinco años saliendo desde ese lugar, hasta que se construyó la Estación de Autobuses de Murcia, en el Barrio de San Andrés.

Pepe Puche y su nieto

Un día saliendo de la parada del jardín y frente al cruce de la calle Torre de Romo ocurrió un percance. Un hombre que llevaba un Citröen se metió entre el autobús y la acera intentando adelantarle por la derecha para cruzar a dicha calle. Como el Citröen no tenía mucha fuerza, no logró sobrepasar al autobús y tanto se acercó a éste, que de un restregón le arrancó la puerta al coche. Puche, el cobrador y parte de los viajeros se bajaron del autobús. Todos opinaban y no paraban de hablar.

El hombre empezó a despotricar y Puche le atajó diciendo que no llevaba razón, ya que había tenido que adelantar por la izquierda y no por donde lo hizo. Además de ver que el autobús estaba doblando la esquina para coger la dirección de la calle. Entonces el Sr. le dijo que él era guardia civil, creyendo que así haría más

fuerza para salirse con la suya. Pero Puche le dijo que no tenía razón tuviera el cargo que tuviera y más a su favor, porque tenía que haber conocido el reglamento y no hacer lo que hizo. Le mandó a un taller de chapa que había adentrado ya en la calle Torre de Romo, diciéndole que allí se lo podían arreglar, pero que no se olvidara también de pagarles la factura. Allí se quedó todo, ya que el individuo no volvió a reclamar ni después apareció jamás.

Así iba pasando el tiempo y, a veces, la monotonía del día a día se rompía por algún chascarrillo más o menos gracioso o también por algún susto que otro. Un día al pasar por Javalí Nuevo tuvo que frenar por no pisar a un niño que cruzó por delante del autobús. Puche se asustó pensando que le había dado un golpe, pero por suerte no fue así y vio que el niño ya estaba al otro lado de la carretera. Entonces uno de los viajeros dijo: "¡Eres un burro!", y una mujer le defendió replicándole que si había frenado era por no pisar al niño, entonces el viajero se disculpó y Puche le pidió que antes de insultar a nadie que se asesorara, porque había que ser prudente, pues a veces la mejor palabra es aquella que no se dice.

En otra ocasión, ocurrió un suceso que pudo acabar en una verdadera tragedia, al parecer empezó a salir humo entre las juntas del asiento trasero del autobús. Una Sra. lo vio pero al principio no le dio importancia pensando que podía entrar del exterior, del tubo de escape del propio vehículo. Pero poco a poco el humo iba a más y ya resultaba alarmante. La Sra. se lo comunicó al cobrador y al chófer y viendo la magnitud que por momentos iba tomando aquello, tuvieron que parar al final de la carretera de Alcantarilla. Puche, vio que la situación se les podía escapar de las manos y para no asustar a los viajeros les dijo que tenían que cambiar de autobús. Así fueron bajando y a penas se enteraron de nada, hasta que todos hubieron bajado. Como los autobuses de Alcantarilla pasaban muy a menudo, montó a los viajeros en ellos y así fueron cada uno hasta su lugar de destino.

Un guardia civil que iba entre los viajeros dijo de llamar a los bomberos. Entonces se personaron en el lugar y también los jefes de Puche y entre unos y otros apagaron el fuego. Menos mal que no pasó a mayores pero de no haberlo detectado a tiempo, podía haber pasado algo más que lamentable, porque si el fuego llega al depósito de combustible, hubiese saltado en pedazos por los aires. Hay quien pensó que el fuego lo podía haber provocado la colilla de un cigarro, pues aunque no estaba permitido fumar dentro del autobús, siempre había alguien que lo hacía a escondidas.

En la carretera de Alcantarilla, a la altura de las llamadas "Casas del Parra", venía un chico en moto, cuando de pronto vio a una zagala y empezó a meterse con ella diciéndole piropos y alguna que otra tontería. Tan ensimismado estaba, que no vio el autobús, se pegó un restregón en la mano por la parte delantera y salió por la cola, cayendo al suelo. Casualmente, llegó la policía y al ver al joven en el suelo, inmediatamente preguntó qué había pasado. Puche le contó lo sucedido y menos mal que no tuvieron que lamentar nada, ya que estaba detenido en una parada. La policía le preguntó al chaval que al principio quería evadirse, propinándole aquel una buena amonestación. Al final todo quedó en el rasguño en la mano y el manillar de la moto que quedó bastante torcido.

Puche en la actualidad

Hay quienes piensan que Puche sólo hizo la ruta de Las Torres-Murcia y Murcia-Las Torres, están muy equivocados pues durante su estancia en la T. Alsina Graells Sur, se recorrió toda la región: Blanca, Abarán, Ojós, Archena, Ricote, Mula, Caravaca, etc. Y también fue a Granada y Almería. Muchas fueron las ocasiones en que fue con el autobús como refuerzo, para cargar a los viajeros que sobrepasaban las plazas del que diariamente hacía la ruta. Así, Puche realizaba otros trayectos y a la línea de Las Torres mandaban a otro chófer –normalmente uno de los autobuses que llamaban "urbanos", de Alcantarilla-. Sobre todo, ocurría en los últimos viajes que ese día realizaban los autobuses hasta su destino y la finalización del trayecto era comunicada por el cobrador. Por ejemplo, llegaban a Mula y no sólo dejaban a los pasajeros sino que recogían a otros, entonces este le decía: "Tienes que seguir hasta Bullas". Cuando llegaban allí se montaban otros y volvía a decir: "Seguimos, a Cehegín"… y así, terminaban en Caravaca. Luego volvían al punto de salida ya de vacío.

El viaje a Ojós tenía un punto bastante peligroso, pues había una curva tan cerrada -en la actualidad hay un túnel- que todos los autobuses que iban estaban arañados, el que no por delante por detrás. El día que le tocó ir a Puche, el jefe le advirtió que llevase cuidado de no romper el coche, incluso el cobrador, dando por hecho que lo rozaría, le dijo que no se preocupara si lo rozaba. Pero él no estaba dispuesto a tirar la toalla y, al llegar a la curva le dijo al cobrador que se bajara y le señalara la maniobra, dándole para adelante y para atrás hasta que consiguió pasar sin rozarlo. El cobrador le dijo: "No cantes aún victoria, de momento lo has pasado, cuando volvamos ya veremos". Pero a la vuelta volvió a pedir al cobrador que bajara de nuevo y repitieron la operación. Así consiguió salir airoso de la dichosa curva. ¿Será porque más vale maña que fuerza?

Sobre los años 1984 - 1985, los cobradores desaparecieron de la línea y eran los mismos chóferes los que cobraban los billetes del autobús. Para ello, al lado del volante les instalaron un cajoncito con varios compartimentos para las distintas clases de monedas. Encima iban los tacos de billetes sujetos con una goma, que eran de color variado, como también lo era su precio, dependiendo del destino para el que se expedían. Las monedas iban en el cajoncito y los billetes -nos dice Puche- "esos los guardaba en el bolsillo".

Pepe en el salón de su casa

Viniendo de Murcia hacia Las Torres y tras pasar Javalí Nuevo, en una explanada que hay en lo alto -en la actualidad se encuentran unas naves comerciales-, quisieron instalar un cementerio, pero al final no fue así y el terreno lo emplearon en montar un pequeño campo de fútbol, donde se reunían los niños a jugar. Un día, Puche, vio bajar por el terraplén hacia la carretera un balón perdido y pensó que detrás de él seguro que venía el que lo lanzó. No se equivocó, menos mal que iba despacio subiendo la cuesta y pudo detener el coche a tiempo, pues de no haber sido así

hubiese ocurrido una desgracia, porque el chico ciego por recuperar el balón, ni siquiera se dio cuenta de que iba derecho a la carretera. Frenó y paró el coche, al mismo tiempo llegaba una pareja de la policía de tráfico y el que hacía cabeza le preguntó:

- ¿Qué ha pasado aquí?
- - Pues gracias a Dios no ha pasado nada pero pudo ocurrir una tragedia –respondió Puche-. Este muchacho –tendría unos veinte años- ha bajado detrás del balón y ha faltado un pelo que lo atropelle. No lo he pisado porque al ir cuesta arriba iba despacio. El policía le preguntó al joven:
- ¿Lo que dice el chófer es así? Y el chico respondió afirmativamente:
- Bajé corriendo tras el balón y ni pensé que estaba la carretera. Se ganó una buena amonestación por parte del policía y cada cual siguió su camino.

Pasó el tiempo y nuevamente la empresa volvió a cambiar de dueño, en este caso fue Latbus quien compró toda la parte de T. Alsina Graells Sur S.A. en Murcia. Quedando ésta con las líneas de Andalucía y Cataluña, como ocurrió antes de quedarse con la empresa de los Hnos. Ortiz –"Los Nanos"-. A partir de ese momento, los autobuses –como en la actualidad- empezaron a venir a Las Torres de Cotillas a partir de las siete de la mañana cada hora. Todas las horas menos cuarto salían de la Estación de Autobuses dirección Molina y a las horas y cuarto con dirección a Alcantarilla, cruzándose ambos autobuses en algún punto de la ruta.

Último autobús que condujo Puche

Entonces el horario y los viajes cambiaron para Puche, ya que de nuevo tenía que ir hasta Murcia cada día en su coche, porque se encargaba del primer viaje que salía hacia Las Torres por Alcantarilla, a las siete y cuarto de la mañana; siendo relevado a las dos del medio día por otro compañero, hasta el día siguiente.

En esta nueva etapa estuvo trabajando durante cuatro años, hasta que el día 10 de mayo de 1991 decidió que sería su último

viaje. Decimos que decidió, porque se jubiló a los 62 años de edad, tres años antes de lo establecido, faltándole hasta ese momento tan sólo dos meses para cumplir treinta años como conductor o chófer de autobuses.

Podíamos seguir hablando tantas y tantas cosas más de José Puche Gómez, buen trabajador y mejor persona, pero eso quedará para otro capítulo de su vida.

HISTORIA DE TELÉFONOS
PAQUITA DE LA FEBRERA

Vamos a conocer a toda una pequeña saga familiar de mujeres que dedicaron parte de su vida a Telefónica. La historia transcurre entre 1934 -en que se instaló la única central que hubo en Las Torres de Cotillas- y 1971 –en que fue trasladada a Alguazas-, al imponerse las nuevas tecnologías, porque a partir de esa fecha el teléfono sería automático.

El principio de esta historia se podía comparar a una novela romántica de principios del siglo XIX, donde el amor y la muerte se daban la mano, marcando las pautas del relato que narraban sus autores. Pero este no es el caso, ya que la historia es real. Tan real y auténtica como la vida misma.

Todo comenzó con Valeriana Febrero, -tía de Paquita, la última protagonista de esta historia y el hilo conductor de la misma-. La joven andaba de novia con Antonio Fernández Sánchez, hermano de Luisa, la suegra de Antonio "el Alegría", dueño de la conocida Ferretería Alegría. Este chico trabajaba en RENFE, y estaba muy enfermo. El médico que lo atendía aconsejó a Valeriana que no se casase con él, porque cada día estaba peor y se iba a morir muy pronto. Ella le dijo que lo quería y que nunca sería capaz de darle ese disgusto tan grande al que era su novio de toda la vida y aunque estuviese sentenciado por la muerte se casaría con él. Y así lo hizo. Antonio vino a las Torres y se celebró la boda. Marchándose el joven matrimonio a los pocos días a Campo de Criptana, donde él estaba destinado, pues tenía su trabajo en la estación de ferrocarril de dicha ciudad.

Valeriana quedó muy pronto embarazada, dando a luz a una niña a la que pusieron el nombre de Francisca, de la que poco disfrutó su padre, ya que su estado empezó a agravarse y el matrimonio con la niña decidió regresar a Las Torres de Cotillas. La vivienda familiar de Valeriana estaba ubicada en el nº 26 de la Calle Mayor (el nº de la casa sufrió variaciones a lo largo del tiempo por la

desaparición de viviendas colindantes, siendo en un momento determinado el nº 40).

A los nueve meses de nacer Francisca, su padre murió, tal y como el médico le había pronosticado. Corría el año 1934, dos años antes de comenzar la Guerra Civil Española. Valeriana, viuda y con una hija tan pequeña, se las vio y deseó para salir adelante, pues al parecer no le dejaron ni una triste paga y si lo hicieron, sería como se solía decir entonces: "miseria y compañía".

Valeriana, primera telefonista

En la casa vivía entonces una gran familia, ocho personas en total. La abuela Francisca –madre de Valeriana-. Rafael –padre de Paquita-, que era carnicero y se dedicaba a comprar corderos en los mercados, luego los mataba y en un pequeño puesto (la propia mesa de matar) que ponía en la puerta de su casa; Rosario, su mujer, vendía la carne, además de hacer las labores de la casa y atender a su familia. Cuatro hijos, dos varones: Pepe y Juan, y dos mujeres: Paquita y Josefa -que al ser la hija mayor todos llamaban "la Nena" y con ese apelativo cariñoso se quedó para siempre-. Y finalmente, Valeriana y su pequeña hija Francisca. Entonces, Valeriana compró una máquina de tricotar para poder salir adelante; haciendo toda clase de labores: jerséis, medias, calcetines etc.

Por aquellos años, José Carrillo Martínez, ejercía de conserje en el Casino del pueblo, donde un día se le presentaron unos señores de Telefónica preguntando si alguien sabía de algún local o de alguna persona dispuesta, ya que pensaban instalar una central en el pueblo y era urgente dar con ellos. Éste, conociendo la situación de Valeriana, habló con ella: "Telefónica está buscando un sitio y a una persona para instalar una centralita en el pueblo, y yo he pensado en ti. Eres viuda, estás criando a una hija y tu situación es un tanto precaria. Si tú quieres, quién mejor, así tendrías algo fijo todos los meses que te ayudaría a salir adelante". Ella aceptó y también el resto de la familia. Así fue como Valeriana Febrero se

convirtió en la primera telefonista de Las Torres de Cotillas. “Cuando de Telefónica vinieron a instalar la centralita, tuvimos que dejarles casi media casa -asegura Paquita-, toda la parte delantera; la entrada, que era bastante amplia, hacía el papel de locutorio a modo de sala de espera, y así las personas podían guardar turno cuando había bastante demora en las llamadas”.

El teléfono que utilizaba la gente para hablar lo pusieron en una de las paredes de la cocina que estaba a continuación de la entrada, para que los que esperaban fuera no escucharan las conversaciones. Tiempo después, al fondo del locutorio, se instaló una cabina donde trasladaron el teléfono que ya había en la cocina. Ésta tenía una puerta abatible que se cerraba tras de sí para preservar la privacidad de las conversaciones.

Luego, había una habitación donde se instaló la centralita. Ésta era un mueble oscuro que constaba de un pupitre donde se situaban todos los cables que acababan en una clavija –habían dos filas de ellas-, y un panel, en el que se introducían dichas clavijas en otros tantos agujeros libres y que tenían el número del abonado. En un lateral había situada una manivela, que la telefonista rotaba manualmente tras introducir la clavija en el agujero seleccionado. Así se producía el contacto que efectuaba la llamada. Tiempo después fue sustituida por unas llaves que hacían el mismo papel. En el mismo pupitre se conectaba una especie de diadema que se ajustaba a la cabeza y que constaba de un auricular en su parte derecha por donde escuchaba las conversaciones y un pequeño micrófono por el que hablaba. A veces, se formaba tal lío de cables y clavijas que quien no lo supiera descifrar se hubiese vuelto loco. Si bien en principio resultaba bastante difícil manejarla, con el tiempo y la práctica todo fue “coser y cantar”.

La habitación de la centralita tenía una ventanilla que daba al locutorio -bajo la cual había una pequeña leja de madera-, por donde se comunicaban las personas con la telefonista para solicitar alguno de los números de los abonados o poner las conferencias fuera del pueblo.

Una vez instalada en la casa, a Valeriana le hicieron una contrata de trabajo, donde se exigía la atención de tres personas para asistir la centralita y el salario a percibir era de 150 ptas. al mes, más 75 ptas. por el alquiler del local. Alquiler que se mantuvo hasta la desaparición de la centralita en 1971. El salario, fue incrementándose a 225 ptas., después 250 y 272. Cada año subían un poquito. Hasta que se plantaron en 300 pesetas y así estuvieron durante muchos años.

En su inicio, en el año 1934, Telefónica hizo propaganda por el pueblo, y se instalaron los primeros teléfonos. Seis en total fueron los que se apuntaron. El nº uno lo pusieron en el Casino; el dos a "Perico Montes"; el nº tres a José Contreras, el padre de Pedro Contreras; el nº cuatro a Juan Antonio, "El Chispa", -que tenía el comercio al final del paseo Fernández Jara-; el nº cinco, en una finca del campo, la de Jerónimo Gómez y su mujer Amalia, conocida cariñosamente como "Amalita", y el nº seis, se lo pusieron a Antonio Carrillo.

Paquita con un grupo de vecinos en la puerta de teléfonos

Valeriana, estuvo al frente de la centralita poco más de cinco años, pues en 1939 se le declaró una dura enfermedad (cáncer de matriz) que acabó con su vida, siendo aún muy joven (treinta y pocos años); teniendo su única hija, Francisca, la edad de doce años. Sus tíos, Rafael y Rosario, la acogieron como a una hija más, haciéndose cargo de ella por completo. Entonces, Telefónica puso la contrata a nombre de Rosario Febrero, siendo ésta, al fallecimiento de su hermana Valeriana, la nueva encargada de la centralita.

"Así fue pasando el tiempo –cuenta Paquita- y todos fuimos creciendo cada uno encargado de sus labores. Mi prima Francisca aprendió a tricotar a mano con agujas, hacía trabajos para la gente y también echaba una mano en la centralita. A mis hermanos no les gustaba la tierra, ni el oficio de mi padre -que por cierto murió en 1.938, un año antes que mi tía Valeriana-, y prefirieron colocarse

como peones en la construcción de la fábrica de D. Salvador Escrivá, y luego en la de Carrillo. Después se casaron, y Juan se marchó a vivir a Sevilla y Pepe y su mujer, se quedaron por un tiempo en la casa familiar. Mi hermana Josefa –"la Nena"- cosía estupendamente y hacía camisas de caballero, vestidos para las niñas, y otras prendas de vestir y también iba a trabajar a la fábrica de conservas. Yo, aún era pequeña. Por cierto, con la diferencia de un año y algún mes, me ocurrió como a mi prima, pues nací en 1936, dos años antes de que muriera mi padre".

Poco a poco los teléfonos se fueron incrementando llegando hasta veinticinco, porque la centralita aún era pequeña. Fueron unos años bastante duros, pero como Dios no abandona a nadie pudieron salir adelante, como tantas familias de aquel tiempo.

Cuando Rosario Febrero se jubiló, la centralita pasó a nombre de su hija Josefa, conocida por todos, como "La Nena". Ella se hizo cargo de la centralita, pero no estaba muy preparada para la administración y le ayudaba Antonio, el marido su prima Francisca, y después ya fue Paquita la que se dedicó completamente a ello.

Paquita en la centralita

Al retirarse de la actividad a Rosario Febrero no le quedó ninguna pensión porque no la tenían dada de alta en la Seguridad Social. Sólo existía una contrata por tanto dinero y pare usted de contar. Gracias al Ayuntamiento, que a través de él daban una pequeña paga para los que no tenían prácticamente nada cobraran 400 ptas. Esa fue su jubilación. La familia tenía unas tierras, pero ya se sabe, no podían ponerlas en manos de jornaleros para que las trabajaran porque no hubieran sacado ni para comer.

Con el tiempo, el panel de la centralita fue creciendo y los teléfonos en el pueblo llegaron hasta los ciento cincuenta, antes de ponerlos automáticos. "Entonces sí que era una verdadera locura, -nos cuenta Paquita-, porque la gente tenía que esperar a veces bastante tiempo y se creían que era por culpa de nosotras, que no las atendíamos bien, sobre todo en las horas punta que todas las oficinas estaban abiertas, y es que en las Torres ya estaban

trabajando de pleno las grandes empresas: la de Beltrán, -esa sola ya necesitaba para ella la centralita entera-, Escrivá, Pedro Contreras, la Cooperativa de frutas Virgen de la Salceda, la Florida, Carrillo,.… Entonces se ponían a discutir diciéndonos de todo menos bonitas -más de una vez nos hicieron llorar-. Encima del agobio que llevábamos y que no podíamos hacer otra cosa. Había las líneas que habían y no las podíamos multiplicar. Además, si las tenía ocupadas con las llamadas que venían, mientras no se desocuparan no las podía enviar a otro lado. A veces me llamaban del Ayuntamiento, y claro, siempre tenía preferencia, me llamaba otra persona al mismo tiempo y ahí teníamos el lío: "Es que me he enterado que ha llamado el alcalde y lo has atendido antes que a mí". Nosotras teníamos una orden de Telefónica de que las llamadas oficiales siempre tenían que ser preferentes. "Lo siento mucho, como los dos me la habéis pedido al mismo tiempo, el alcalde siempre tiene preferencia". Teníamos muchos sinsabores, y más problemas que anécdotas alegres. Era un trabajo muy estresante y a veces hasta ingrato".

Sigue relatando Paquita que en ocasiones venía alguien a llamar y le decía: "Oye ponme con el nº fulano, pero cuidado con que escuches la conversación." "Lo siento, -contestaba- eso no me lo puedes pedir, porque entre otras cosas he de apuntar el tiempo que hablas para luego hacerte la nota. Lo que no puedo y de hecho no lo hago, es contarle a nadie, ni lo que hablas, ni con quien, porque no me importa".

En una ocasión, a su madre la denunciaron y la citaron en el Ayuntamiento. Ella se presentó preguntando cual era el motivo del requerimiento y le dijeron que había sido denunciada por escuchar las conversaciones. A lo que alegó: "Oiga eso lo tengo permitido, porque debo de controlar el tiempo, lo que no puedo hacer, aunque Vd. me pregunte, es contarle de lo que hablan". Posiblemente se tratara de formalizar algún negocio y temían que alguien se enterara por ella y se fuera al traste.

Nadie se puede imaginar las historias que iban y venían a través de los hilos telefónicos. Durante un tiempo un Sr. cuando acababa de hablar, salía de la cabina y le decía a Paquita: "¿Qué, me has oído hablar con la querida?" -porque estaba casado-. La telefonista le contestaba: "Eres un sinvergüenza, ¿cómo le haces esto a tu mujer? ¿Tú crees que tu mujer y tus hijos, que ya son unos mocicos, se merecen eso?". El cliente le pedía: "¡Ay, por Dios! no digáis nada". Y ella le aseguraba: "No, no te preocupes que yo, no diré nada. Te lo digo a ti directamente, que eres un sinvergüenza y encima te vas chuleando de tu aventura. Tienes una mujer que no

te la mereces. Tiene tu casa bien limpia, la comida, tu ropa bien cuidada, a tus hijos. ¿Qué más puedes pedir? A ver, ¿que puedes querer más de esa mujer?" Y el tipo, más fresco que una lechuga, contestaba:"Si, llevas razón, pero es que como mujer… es poca cosa. A mí me gustan las mujeres "jamponas" y claro…". De vez en cuando venía y nos reíamos un rato con él por los comentarios que hacía.

Lo que más había eran historias de amoríos de algún joven con alguna casada. O de algún casado con alguna casada también. Algunas veces me decían con cierto descaro: "¿Qué,… me has escuchado hablar con la "fulanica"? La mayoría de las veces les decía que no: "Bueno, con la cantidad de trabajo que yo tenía en ese momento, no tenía otra cosa que hacer que estar escuchándote". Claro que a veces me picaba la curiosidad, y me decía a mí misma: "Vamos a ver las que se trae el payo éste". Pero simple curiosidad, ya que a mí ni me iba ni venía, y lo que pasara jamás salía de mí. Porque los problemas los tenían que solucionar ellos. Luego había otros que llamaban desde su casa pero no querían que se enterara el padre o la madre, ni de con quien hablaban ni lo que les costaba la conferencia, porque claro, como luego venía reflejado en el recibo. Y me pedían ese favor: "Mira yo voy a llamar desde mi casa pero por favor ponlo como si hubiese llamado desde el locutorio, que luego yo iré a pagarte".

Paquita en el salón de su casa

Durante mucho tiempo, Paquita tuvo que ir de casa en casa todos los meses cobrando el recibo del teléfono. Eso resultaba un tanto agobiante y no tuvo más remedio que llamar a Telefónica diciéndoles que cuando le mandaran los recibos para cobrar todos los meses, avisaran a los abonados de que pasaran por la central para pagar. Telefónica le contestó que las llamadas las hiciera ella. Entonces se ponía un plazo de unos días, y a pesar de ello era una lucha constante. Paquita les avisaba: "Oye, fulanito, el recibo ya está preparado. "¿Sí? -contestaba-, ¿cuánto es?" Ésta le decía el

importe, y la contestación era casi siempre la misma. “Vale, vale, ya pasaré por ahí”.

Aquello era una muerte. Casi a la mayoría había que llamarles bastantes veces: “Oye, “fulanico”, por favor, que mañana se cumple el plazo del recibo y necesito que me lo pagues”. Menos mal que esto fue sólo por un tiempo, hasta que se fueron acostumbrando y ya después fue otra cosa.

D. Rafael Fernández Herrera, el cura, como no tenía teléfono en la sacristía también venia a llamar a la centralita; y decía: “Mira, Nena, no voy a estar pagando cada vez que venga. Vosotras lo vais pasando a una nota y a final de mes me hacéis una factura”. Venía muy a menudo a llamar, y siempre decía: “Ponedlo en cuenta”. Lo bueno era cuando llegaba final de mes, porque siempre le parecía muchísimo y teníamos sus más y sus menos. “¡Madre mía!, –decía-, ¿pero es que he llamado tanto?” “Tuvimos que decirle que él también lo anotara y así no habría ningún problema cuando le presentáramos la nota con el total cada final de mes”.

También otra gente llamaba y pedían que lo apuntara, luego nunca venían a pagar, y a Paquita le costaba estar delante y detrás de ellos diciéndoles: “Oye que tengo que hacer la liquidación y me falta tu dinero, por favor, tienes que pagar”.

Era una norma de Telefónica, que cuando salía a cobrar cada 25.000 pesetas, tenía que ir a la oficina de Correos y mandarlas a Madrid. Entonces estaba de cartero Francisco Dólera, el marido de Asunción “de Juan Alonso”, que vivía frente a la Torre Beltrán, haciendo esquina a la calle por donde actualmente se sale del aparcamiento de Mercadona. Luego se encargó de correos Carmelo Sarabia, enfrente de la centralita, y después Lola, la mujer de Celso el practicante. Allí se acabó la historia, ya que entonces se instaló la oficina de Correos. Allí tenía que ir casi todos los días, ya que cada 25.000 pesetas tenía que poner un giro postal a Madrid y mandarlas.

Cuando se ponía una conferencia, Paquita, lo anotaba en unos tiques que luego pasaba a unas hojas, porque tenía que mandarlos a Madrid junto a éstas, ya que eran los justificantes de las conferencias. Allí las comprobaban y en base de eso hacían los recibos. Era un trabajo minucioso, de contabilizar las llamadas, los minutos, los importes, etc. Se producía una llamada desde la casa del abonado a la central, pidiendo la conexión con otro número, porque la mayoría de las personas no se los sabían, o no se acordaban. Y eso no era lo más dificultoso sino la gran cantidad de conferencias que se producían a lo largo del día. Aquello era tremendo.

En el mismo mueble instalaron dos marcapasos, porque el tiempo de las conferencias se controlaba por pasos: cada tres minutos era una cuota, dependiendo siempre del sitio de España al que se ponía la conferencia, ya que todos no tenían la misma tarifa. Por ejemplo, a Murcia era más barato que si se ponía a Madrid. Paquita tenía que controlar los marcapasos para saber los minutos que habían hablado. Era una total dedicación ya que durante el día tenía que atender el teléfono y ya por las noches eran más de dos horas de administración.

Tenía un listado con todos los teléfonos y allí había que apuntar las llamadas, los pasos y el importe, para que después desde Madrid mandaran los recibos con los minutos totales y el importe de los mismos. Cada paso, que era de tres minutos, costaba unas quince pesetas, eso ya en el año setenta. En el pueblo y entre los vecinos se pagaba una cuota de treinta pesetas al mes, que sólo se sobrepasaba si tenían algún cargo de conferencias, si no, sólo pagaban dicha cuota y podían llamar a cualquiera y las veces que fueran necesarias.

Una noche, casi de madrugada, llamaron a la puerta con mucha urgencia, era un señor de La Loma, que se llamaba Pedro, y era jefe de estación de RENFE. En La Loma aún no había ningún teléfono. Un tiempo después este Sr. pidió que se lo instalaran y le costó una fortuna, ya que tuvo que pagar todos los gastos de postes, cables y toda la instalación completa. “Abridme por favor –pedía con voz angustiada-, que tengo que llamar a un taxi”. Entonces en Las Torres de Cotillas no había ninguno y venían de Molina de Segura o Alcantarilla. “Mi suegro, que lleva dentadura postiza, le ha dado un golpe de tos y se la ha tragado. Se le ha ido por el conducto del pulmón y está ahogándose”. Al final lo tuvieron que operar y el pobre hombre lo pasó fatal, pero se puso bien y vivió un montón de años.

Paquita en el balcón de su casa

Paquita estaba bastante agotada y no deseaba otra cosa que poder descansar algunos días y durante el verano, venía su sobrino Rafael -el cura-, a pasar unos días a casa. Siempre tan atento, le decía: “Mira tita, tú me pones al corriente de todo y así te vas unos días a Alicante o a donde quieras, porque si no descansas y cambias un poco de ritmo, vas acabar muy mal”. Y él se quedaba a cargo de la central defendiéndose muy bien. Pues no sólo la atendía, sino que llevaba la contabilidad y toda la gestión. Gracias a él pudo tomarse, aunque sólo fuese unos días al año, un pequeño respiro.

Durante un tiempo, venía de vez en cuando un muchacho que tenía novia, a poner conferencias, y al poco tiempo llamó una telefonista de Madrid, preguntando a Paquita si conocía a fulanito, que era de aquí de Las Torres. Le contestó que sí.

- Es que me he puesto de novia con él y me gustaría saber que clase de persona es y saber de su familia
- Pues es de una familia buenísima y él, es una persona excelente.
- Temo que vaya a engañarme y que ya tenga novia.
- Yo no lo sé, pues este pueblo ha crecido bastante y no sé lo que hace o no la gente; la familia del chico es de fuera y hace poco que se han mudado a vivir al pueblo.
- Bueno, bueno, ya te iré llamando para que me cuentes si sabes alguna cosa.
- Pero hija, yo ando muy liada aquí y no puedo salir a investigar.

Al poco tiempo le volvió a llamar y Paquita le contó más o menos lo mismo. Entonces no lo pensó dos veces, y le mandó un recado al muchacho para que viniera a hablar con ella, contándole que la chica de Madrid, le había llamado en varias ocasiones preguntándole por él:

- Y como verás –le dijo- no me parece muy correcto lo que estás haciendo. O te decides por una o por otra, de lo contrario cuando me vuelva a llamar le cuento la verdad. Y todos se van a enterar de quién es la novia oficial y cual es la extra…
- ¡Por Dios!, Paquita, que mis padres me matan, ya que ellos quieren que me case con mi novia de aquí, que es la que ellos conocen”. –le dijo muy apurado-.
- Pues prométeme que esto se va a terminar, porque la chica de Madrid es una compañera y me da pena que le estés haciendo esa faena.

- Yo te prometo que esto lo soluciono lo antes posible.

A los dos días llamó la chica de Madrid para decirle que había roto con el novio.

- "¿Qué ha pasado?, -le preguntó Paquita como si no supiera nada-.
- Me llamó y me confesó que yo le gustaba mucho, pero que él ya tenía novia en el pueblo. Me duele, pero lo prefiero así, antes de haber llegado más lejos.

Llegó el año 1971, el sueldo que percibían era de seis mil pesetas al mes y por supuesto, seguían exigiendo que fueran tres las personas que llevaran la centralita, al igual que el día que la instalaron. "Entonces yo les pregunté si me iban a colocar en Murcia o en otro sitio cuando automatizaran los teléfonos y quitaran la centralita, y me contestaron que no. Nos parecía tan abusivo por parte de Telefónica después de tantos años, que estuve hablando con mi madre, y acordamos que definitivamente se marcharan, ya que no tuvieron ninguna deferencia hacia nosotros, por lo menos nos dimos el gusto de echarles. Ya que al automatizar los teléfonos los que nos dejarían en la estacada iban a ser ellos".

En aquel tiempo estaba de alcalde su pariente D. Pedro Fernández López, el médico, y él aconsejó que no les echaran, que esperasen, ya que después de tantos años qué más daba aguantar un tiempo más. Pero Paquita insistió y le dijo: "Mira, no, es una decisión que hemos tomado y no tiene vuelta de hoja". A él no le cayó muy bien porque había hablado con los jefes de Telefónica y les había dicho que convencería a su prima para que todo continuara como antes hasta que se marcharan. Estos pidieron un tiempo para solucionar las cosas y poder retirar toda la instalación. Mientras tanto, tuvieron que meter a otras dos personas que junto con "La Nena", eran las tres que se requerían.

Paquita se encargó de buscarlas, y por supuesto, también tuvo que enseñarles el oficio. Tanto Rosario como a María, que así se llamaban, hacían dos turnos de día: de siete de la mañana a tres de la tarde, la primera, y de tres de la tarde a diez de la noche la segunda. Entonces dejaron a "La Nena", como encargada de la centralita, para que hiciera las noches.

"Esto, -decía Paquita-, lo hicimos así, porque al vivir la familia allí, no queríamos que hubiese gente extraña durante la noche. Entonces las cosas cambiaron bastante, pues ya no pagaban las seis mil pesetas para las tres, sino un sueldo de treinta mil a cada una. Esto nos alegró, pero también nos dio muchísima tristeza, que

después de trabajar toda la familia a cambio de una miseria, tuvieron que venir de fuera para que se valorara nuestro trabajo".

Había una chica, Petra, la hija de Asunción del cartero, que tenía mucho interés de colocarse en Telefónica, y habló con Paquita para hacer unas prácticas. Entonces venía un alto cargo de Telefónica por su casa. Era un Sr. de Valencia, de apellido Puchol; al que comentó del interés de Petra en colocarse en Telefónica. A él le pareció bien, y dijo que quería conocerla. Cuando la vio y habló con ella le dijo: "Dado el interés que tienes y lo espabilada que eres, voy a ver la forma de colocarte, pero has de ir a Barcelona, ya que en Murcia ahora mismo es imposible, y en otra ciudad más cerca tampoco". Como tenía que ir a una Academia a prepararse, y también existía el problema de la vivienda en Barcelona, el mismo Sr. Puchol le buscó colocación en la fábrica del Avecrén. Su trabajo en la misma era envolver pastillas para llenar las cajitas con el producto. Ella, muy agradecida, quería obsequiar con algún detalle a este Sr. entonces se lo dejó a Paquita para que ella se lo diera cuando viniese de nuevo de inspección, ya que de vez en cuando este Sr. pasaba para ver como marchaba todo.

La centralita funcionó con estas tres operarias hasta que se lo llevaron todo a Alguazas. También a Rosario y María. La primera, un tiempo después también consiguió colocarse en Telefónica y al igual que Petra, tuvo que marchar a Barcelona. A partir de ese momento los teléfonos del pueblo ya dependían totalmente de la central de Alguazas.

Vista de la Calle Mayor desde su balcón

"Mi madre ya estaba muy mayor, tenía ochenta y dos años y se quejaba de que era una carga para nosotras, ya que teníamos que atenderla. También por los gastos que ocasionaba y encima ganaba muy poco. Siempre la animábamos diciéndole que no se preocupara, que no debía de decir eso, pues mi hermana ya se había jubilado y tenía su paga, y yo empecé a trabajar en la fábrica de Fernando Beltrán. En Septiembre de 1973 se le descubrió un tumor en el hígado y en diciembre del mismo año murió. Unos días

después recibimos una carta donde le decían que a partir del uno de enero de 1974, le subían la paga a mil pesetas menos cuatro céntimos (999´96 pts.). Nunca las llegó a cobrar".

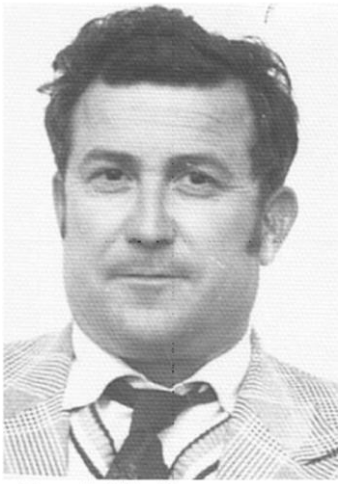
Fernando Beltrán, después de quitar la centralita, le había dicho en varias ocasiones que se fuera a trabajar con él de telefonista cuando abrió el restaurante San Antonio, al lado de la gasolinera. Pero le daba un poco de miedo por si acaso no funcionaba y luego se quedaba sin una cosa ni la otra; aunque el empresario siempre le dijo: "En mi casa o en mis negocios siempre habrá un puesto de trabajo para ti como telefonista".

"Cuando ya se llevaron todo de mi casa, me apunté para ir a trabajar a la fábrica sin decirle a Fernando nada, y me pusieron a trabajar en las cintas, pero de vez en cuando solía ir y se subía al "púlpito" -así llamaban a una torreta en la que estaba el encargado Rafael Muñoz y desde allí vigilaba el trabajo del personal de toda la nave de producción-, y estando allí, me vio que estaba en una cinta.

Llamó a Remedios, la encargada y le preguntó: "¿es aquella la Paquita de teléfonos?". "Si". Y exclamó: "Coño, ¿pero es que está aquí trabajando? Dile, que pase luego por mi despacho". Así lo hizo Paquita tras acabar la jornada. "No sabía que estabas aquí. ¿Quieres venirte de telefonista a la empresa?" Puesto que ocupaba su sobrina, "Fina de la Marquesa" (entonces todos los sobrinos de Fernando estaban trabajando para él: Juanita, Andrés, etc.). A Paquita le daba pena, porque no quería que pensaran que había venido a quitarle el puesto de trabajo a nadie. "Yo quiero que ocupes ese puesto, -insistía Fernando- y no se diga más". Así fue como me convertí en la telefonista en la empresa de Fernando Beltrán, y estuve allí hasta que me presentaron al que hoy es mi marido, y me casé. Pero eso, ya sería otro capítulo en la vida de Paquita de la "Febrera".

OPERADOR DE CINE
PACO EL NEO

Francisco Fernández Sarabia, más conocido como “Paco el Neo”, nació el 8 de Abril de 1932, en el seno de una humilde familia que vivía en la Calle Barracas nº 17 de Las Torres de Cotillas. Era aún un mozalbete de 13 ó 14 años cuando comenzó de alguna manera su primer contacto con lo que sería su profesión durante muchísimos años de su vida: la proyección de películas en el cine.


Paco "el Neo"

Su bautizo cinematográfico fue con al Sr. Collado, que venía a Las Torres de Cotillas con una máquina que funcionaba con un motorcillo de 125 voltios y llevaba dos carbones. Paco que siempre rondaba por el lugar, se vio gratamente sorprendido cuando el Sr. Collado le dijo: “Nene, échame una mano, súbete a la cabina que ya te diré lo que vas a hacer”. Le ayudaba en lo que podía y su nuevo jefe le enseñaba como preparar las películas y el manejo del proyector. Claro que el trabajo solo era durante los meses de verano. El cine estaba montado en la casa de Luís “de la Lorenza”, que tenía las vacas frente al horno de la “boticaria”. Algún tiempo después este Sr. se enamoró de una mujer del pueblo, con la que tuvo un hijo.

En esa época todas las películas eran mudas; entre las que Paco el Neo recuerda haber estrenado en aquel cine tan peculiar estaban: “Tarzán de los monos”, dirigida por Escott Sydney e interpretada por Elmo Lincoln. Éste fue el primer Tarzán que se llevó al cine en 1918; “El maquinista de la general” (1927) dirigida e interpretada por Buster Keaton; “El acorazado Potenkin” (1925) de Sergei M Eisenstein, interpretada por Alexandre Antonov, y cómo no, las maravillosas películas de Charles Chaplin: “Armas al hombro” (1918), “El chico” (1920), “La quimera del oro” (1925), “Luces en la ciudad” (1931), “Tiempos modernos” (1935), etc. Todas mudas y en blanco y negro.

Después el Sr. Collado se fue a proyectar sus películas a casa de Pepe “de la Febrera”, en la calle del Teatro, -junto al taller del electricista de coches-, donde estuvieron dando cine solamente durante un verano. Definitivamente, dejó de proyectar cine en Las Torres, marchándose al año siguiente a Alguazas. Allí estuvo proyectando en un solar que pertenecía al abuelo de Maribel -la chica que después sería la esposa de “Perico Carrillo”-, al que apodaban “El Tío de la Rifa”.

Quizá el coste que suponía comprar una máquina nueva era muy elevado y el Sr. Collado no se lo podía permitir, le adaptaron a la vieja unas cédulas para poder proyectar cine sonoro, incluso en color, y estrenaron con bastante éxito de público la película de aventuras “El libro de la selva”, del director Zoltan Korda, (1942) interpretada por el actor indio, Sabu, y que estuvo nominada a 4 Óscar. Paco, que estaba muy contento con aquella especie de trabajo-juego, permaneció con su jefe hasta el final y también iba a Alguazas a echarle una mano con la tarea. Pasado un tiempo, el Sr. Collado se marchó y probablemente dejara el negocio del cine, pues nunca más se supo de él en el pueblo.

Paco el Neo hacía lo que fuese con tal de salir adelante, en un tiempo bastante difícil para todos, pero más aun, para él que carecía de casi todo. Estuvo algún tiempo llevando a pastar ganado -que no le gustaba nada-, pero aprovechaba el tiempo estudiando. Como él mismo dice: “Iba con las borregas al campo y con los libros debajo del brazo”.

Recogía boñigas de las caballerizas –burros y mulas- que pasaban por la carretera. Había un buen hombre que le pagaba 2 ptas., por cada capazo que recogía. Las mismas que le cobraba Pepe Belchí, cada semana, por la enseñanza que le impartía en su propia casa, en la calle de la Rana. -Esta calle cambió de nombre varias veces, después se llamó “Calle del Reloj” y en la actualidad, “Calle de Santa Teresa”-. Pepe Belchí, al que le faltaba una pierna, se ganaba la vida con las clases que impartía a varios zagales y con la venta de tebeos, revistas y chucherías. Después de aquella etapa, Paco pasó a la escuela de D. Valentín Buendía, el cual le repetía que era bastante avispado y que se esforzara, ya que sería capaz de estudiar una carrera. Pero las circunstancias eran bien distintas a las necesarias para haberlo conseguido. De aquellos primeros libros, Paco guarda en su memoria parte de algunos textos, tan frescos, como si los acabara de leer ahora mismo.

Cuando Daniel Gómez Abellán y su socio Bernal de El Palmar, habilitaron “el corralón” de Antonio Carrillo como cine de verano, venía de operador a trabajar con ellos un Sr. de Alcantarilla

llamado Antonio Díaz, que vivía en el estanco que había delante de la estación de Renfe. Paco, que seguía preparándose para sacar el curso de técnico de radio, sin dejar sus estudios, se fue a trabajar con ellos. Este Sr. de Alcantarilla que era todo un experto, fue quien le enseñó de una forma correcta todos los entresijos para ser un buen operador de cine.

Los Srs. de El Palmar se quedaron con el negocio del cine de "los Alfonsos" de Alguazas, que estaba al fondo del pueblo, en una calle cercana al río. Se llevaron al operador de Alcantarilla, Antonio Díaz y a Paco el Neo, a proyectar en el nuevo cine; quedándose como operadores en la cabina del cine de Las Torres los hermanos Morell: Tirso y Federico.

En una ocasión -recuerda Paco- ocurrió un percance en el cine de Las Torres. Pasaban la película "La máscara de hierro" (1939) dirigida por James Whale e interpretada por Louis Jayward y Joan Bennett. El cine estaba a rebosar y de repente se les estropeó el proyector y la película se quedó muda. El escándalo que montó la gente fue de órdago y campanillas. Avisaron al cine de Alguazas y entonces Antonio mandó a Paco -pues ya estaba más que al corriente del funcionamiento de la cabina en general- para ver si podía solucionarles el problema. Se llevó la cartera que le dio su compañero con algunas herramientas y cogiendo la moto de éste, se vino a Las Torres.

Paco Fernández

Cuando llegó vio el jaleo que había montado en el cine y fue derecho a la cabina. Tras cruzar unas palabras con los hermanos Morell, que estaban bastante nerviosos, revisó la máquina viendo que el problema era de la lámpara excitadora. Paco se había llevado una caja de resistencias, pues ellos trabajaban con corriente alterna. Cambió la lámpara, la centró y todo volvió a la normalidad. Entonces en el cine no había butacas sino sillas sueltas, y se aviso a la gente para que volvieran de nuevo a colocarse en su sitio porque iba a seguir la proyección.

Pocos años después, los socios de El Palmar dejaron el cine de Las Torres pasando a manos de los hermanos Bautistas. Más tarde vino a trabajar con ellos de operador Ceferino, un Sr. de Alguazas. Paco también se quedó con ellos por espacio de dos años.

Como muchos jóvenes de su edad, Paco soñaba en que algún día su vida cambiaría a mejor. Eso le mantenía el ánimo y las

esperanzas de un futuro más halagüeño. Se fue a trabajar como un jornalero más al parral de Borja, en el que estuvo durante un año. Aunque, poco después, hizo igual que muchos de sus amigos, intentar colocarse buscando un porvenir mejor para no vivir esclavizados a las duras faenas de la huerta.

Unos se fueron a Telefónica, otros a la Renfe. Paco optó por solicitar la entrada en Renfe y en Hidroeléctrica, y fue ésta última quien le llamó. Se presentó y fue sometido a un examen, el cual superó, empezando a los pocos días a trabajar como operario de la empresa, en la que estaría cerca de seis años.

Se dedicaba junto a otros compañeros a tirar líneas eléctricas para llevar la luz a las casas. Subían a los pisos unas palomillas de madera cuadradas, al parecer bastante pesadas, para poder enganchar los cables. Desconectaban, tiraban la nueva línea y volvían a conectar. Cuando la faena aminoraba, le mandaban a tomar la lectura de contadores en las casas, para que después Hidroeléctrica, basándose en ella, emitiera los recibos a los usuarios. Lo mismo se quedaba en Murcia, pues le asignaban algún barrio o sector de la ciudad, o le enviaban a cualquier pueblo como Archena, Molina, etc. y así iba pasando el tiempo.

Aproximadamente durante un año, hizo un curso por correspondencia a través de la Escuela de Radio Maimó, (Fernando Maimó Gomis) donde además del texto que tenía que aprender, tuvo que hacer una radio de galena que constaba de una lámpara y una bobina de frecuencia que se escuchaba con unos auriculares, auque tan sólo se sintonizaban una o dos emisoras. Después le enviaron para montar una mayor con cinco lámparas (válvulas) y un Tandar, que era un condensador variable por el cual se cogían las emisoras. Cuando estuvo montada le enviaron un comprobador de ajuste de frecuencias y vio que funcionaba correctamente devolviéndola a la escuela. Unos días después, concretamente el 23 de Febrero de 1957 le enviaron el Diploma y el carnet para poder trabajar como radio técnico. Paco tenía veinticinco años.

Montó un pequeño taller de reparación en su casa y además de los que le llevaban para arreglar o cambiarles alguna pieza, hacía el montaje de algún que otro aparato de radio.

Fue al poco tiempo cuando dejó de trabajar en Hidroeléctrica, tras pasar seis años en la empresa, colocándose en la tienda taller de Morales Radio, situada en la calle Zarandona nº 1 en Murcia, junto a los soportales de la Catedral. Paco mejoró bastante, pues no sólo ganaba más dinero, sino que su horario funcionaba mejor, trabajando ocho horas diarias en jornada de mañana y tarde. Se desplazaba a su trabajo cada día utilizando distintos medios: el tren,

autobús, incluso en bicicleta, hasta que pudo comprarse una pequeña moto, solucionando así el problema de transporte.

Allí, se reparaban toda clase de aparatos de radio y además se montaban, pues tenían todos los componentes que colocaban en una plataforma preparada para ello y luego la depositaban en la caja correspondiente. Esos aparatos que fabricaban no tenían marca reconocida, y quizá por ello se vendían más económicos que los que circulaban por las demás tiendas. Pero eso sí, funcionaban estupendamente por lo que tenían bastante demanda. Paco estuvo trabajando en Morales Radio cerca de tres años.

Boda de Paco Fernández

Uno de sus compañeros de trabajo, Juan Encina, estaba al corriente de sus andanzas en el cine y por tal motivo le planteó un día que se fuese a trabajar con él. A Paco le encantó la idea y decidió sacarse el carnet de técnico operador. Se presentó en el Cine Coliseum, -convertido en la actualidad en un bingo-, sito en el Paseo Marques de Corvera de Murcia, donde fue examinado por D. Luís Canceller. Paco tiene aún una memoria impecable, pues recuerda todas y cada una de las preguntas, y por supuesto, las respuestas correctas a cada una de ellas.

- ¿De qué se compone un arco voltaico?
- Pues se compone de dos carbones, uno positivo y otro negativo –contestó inmediatamente-.
- ¿Y por qué?
- Porque no requieren los dos la misma corriente.
-¿Para qué sirve el rectificador de los carbones de la máquina?
- Para rectificar la corriente alterna en continua.
- ¿Qué clase de corriente se emplea en la máquina?
- Se llama corriente modulada.

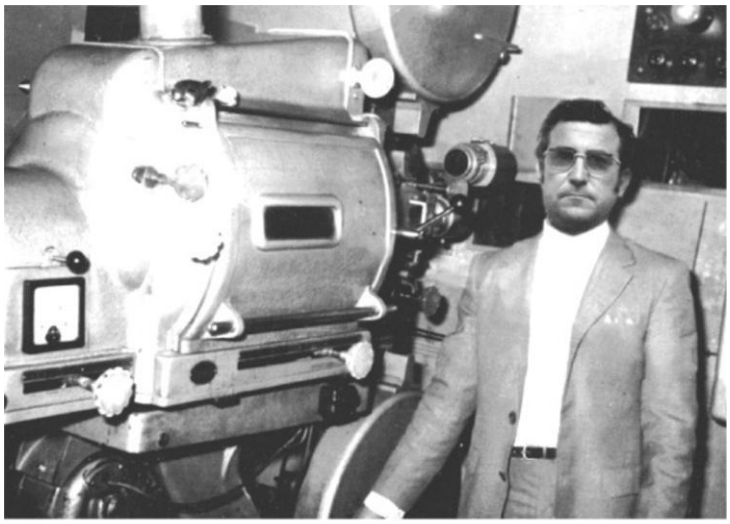
- ¿Quién produce esa corriente?
- La corriente la produce la cédula fotoeléctrica, los micrófonos y una válvula de tres electrodos cuando actúan los tres.
- ¿Cuántas clases hay de corriente?
- Hay tres clases de corrientes: alterna, continua y modulada.

Cuando acabó con la serie de preguntas, el examinador le dijo: "¿Podría representar el cuadro de una cabina de cine?" Y Paco lo dibujó en una pizarra. "Muy bien, todo correcto", le contestó D. Luis.

Luego le pusieron en la repasadora y Paco, que tenía bastante experiencia en repasar películas, lo hizo estupendamente. Contestaba a las indicaciones que le hacían, si la cinta estaba para arriba o hacia abajo, también tuvo que hacer un empalme, y con acetona unió los dos extremos de la cinta, quedando perfecto. Después montó la cinta en la máquina para su proyección. Allí estaba un conocido suyo, Montesinos, que arreglaba aparatos para sordos y era el encargado de la proyección del cañón de luz sobre el escenario del Teatro Romea cuando había función. Éste quiso gastarle una broma un tanto pesada, pues cuando tenía instalada la bobina le colocó un pañuelo delante del objetivo y no se veía la película en la pantalla. Menos mal que Paco se dio cuenta y lo corrigió a tiempo.

Todo le salio a pedir de boca y consiguió el carnet de operador técnico, entrando a trabajar en la empresa de D. José Iniesta. Su primer destino fue el cine Coy, en plena Gran Vía de Murcia, donde pasó un mes. En dicho cine se estrenó unos años después una de las películas que hizo historia en el cine moderno del pasado siglo: (Star Wars), "La Guerra de las Galaxias" (1977) de George Lucas. Luego le siguieron el cine Avenida, que estaba en la calle Llanos, detrás de la estación de servicio el Rollo. Este cine se convirtió en una sala de "Arte y Ensayo". Se estrenaban películas europeas y japonesas en su idioma original y estaban subtituladas en español. Entre las primeras películas que se estrenaron las más conocidas fueron: "Repulsión", "Mamma Roma", "Hiroshima mon amour", "Muerte en Venecia", etc. Y se pasaron ciclos de los directores más prestigiosos de la época: Visconti, Pasolini, Fassbinder, Fellini, Buñuel, Polanski, Alain Resnais, etc.

Después fue el Cinema Iniesta en la Plaza González Conde, frente a la iglesia del Carmen –donde se proyectaban sólo películas de reestreno-. Le siguió el Teatro Circo Villar, en la calle Enrique Villar Bas, detrás de la Plaza de Santo Domingo, junto al edificio de Hidroeléctrica.



Paco con el proyector de cine

También estuvo en el cine Gran Vía, en Ronda Norte, etc. Paco pasó por casi todos los cines de Murcia durante los tres años que estuvo en la capital, menos en el cine Rex y por supuesto en el Coliseum, ya que era el único cine en Murcia que no pertenecía a D. José Iniesta.

Tiempo después fue mandado a ocuparse de los tres únicos cines que entonces había en Alcantarilla: el Iniesta, en la calle Mayor; el Mercantil, en la calle Princesa frente al casino y el Casablanca, al fondo de la calle Ferrocarríl. Fue como técnico, aunque a veces, cuando uno de los operadores enfermaba o cogía vacaciones él lo sustituía haciendo su trabajo perfectamente.

Normalmente todas las noches regresaba de Alcantarilla a Las Torres en el tren correo, y llegaba a su casa muy tarde, su mujer le mostraba los aparatos de radio que le habían traído durante el día para arreglar. Por lo tanto tenía que hacer horas extras. Lo cierto es que Paco dormía muy pocas horas.

Una de esas noches se encontró a Juan Martínez Arnaldos, al que llamaban familiarmente por su primer apellido: “Martínez” y le preguntó que día tenía libre porque quería hablar con el. Normalmente Paco, descansaba los lunes y así fue como quedaron para el siguiente por la noche. Estuvieron hablando con Pedro Conte, ya que este Sr. tenía la intención de contratarlo como operador para el cine que llevaba -precisamente en la casa de Martínez, quién trabajaba de factor en la estación- y quería con él a una persona competente. Por eso buscó a Paco, porque sabía de su gran experiencia.

A Paco no le gustó mucho la oferta que le hizo y le pidió unos días para pensarlo, sacando en conclusión tras dar bastantes vueltas a la cabeza: ”Aunque gane un poco menos, me ahorro todos

los días los viajes y puedo trabajar en mi taller". Por lo que aceptó trabajar con él. Se entrevistó con D. José Iniesta, exponiéndole los motivos de su cese en el trabajo. Este, sintió de veras que se fuera, pues estaba muy contento con sus servicios y con su forma de ser, ya que era muy profesional y responsable. También le dijo que si alguna vez le iban mal las cosas, no olvidara que en su empresa siempre tendría un puesto de trabajo.

Corría el año 1952 y en la cabina del cine del Sr. Conte estaba de ayudante Ángel Morales, que no terminaba de aclararse con el manejo del proyector, deseando que fuese "el Neo" a ocuparse de todo para marcharse. Paco reparó por completo la cabina cambiando algunas piezas, como el ventilador, y el amplificador, pues tenía una lámpara de piloto que era de fusible y cuando se fundía, el cine se quedaba mudo. La cambió, le metió un cartucho con un fusible de cristal y así cuando se fundía, con arreglar el fusible todo volvía a funcionar de nuevo. Era algo delicado y no lo podía cambiar por otro por miedo a cargarse el amplificador. El bautizó la máquina de cine que era una Herco -bastante antigua-, con el nombre de "La Chocolatera". Este cine sólo estuvo abierto dos o tres veranos.

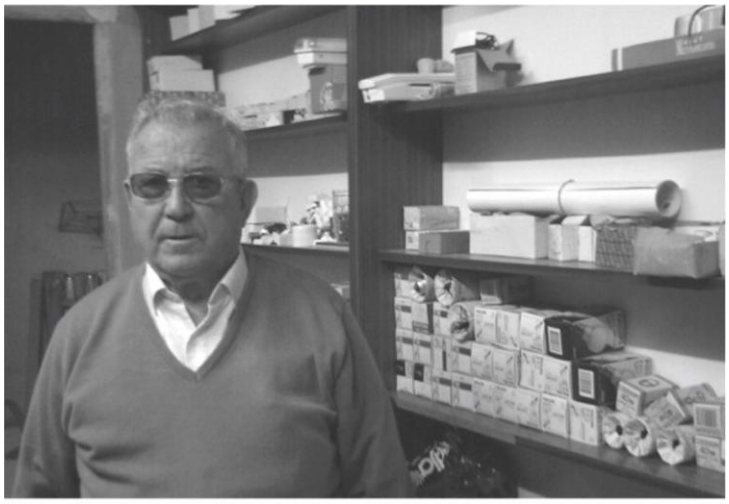
Entre las películas que más sonaron en aquellos años fueron: "Vuelve a mí", (1949) una preciosa comedia musical en blanco y negro interpretada por una pareja que estuvo muy de moda: Fred Astaire y Ginger Rogers y dirigida por Charles Walters. Esta fue su última película después de trabajar juntos durante diez años. Otro de los estrenos que también gustó muchísimo fue: "Las zapatillas rojas" (1948) de Michael Powell, con los actores Antón Balbrook y Moira Shearer, y "Debla la virgen gitana", dirigida por Ramón Torrado y cuyos principales interpretes eran los conocidos y admirados Paquita Rico y Alfredo Mayo.

Pedro Carrillo le compró el negocio a Pedro Conte, y tanto Martínez como Paco se fueron a trabajar con él. Digamos que Martínez era como el director del tinglado y Paco, el operador y encargado de toda la cabina. El cine de Carrillo estaba en la Plaza de Primo de Rivera, -hoy de la Constitución-.

Cuando los Bautistas cerraron el cine de "el corralón", vendieron la máquina a Pedro Carrillo, una Proyecson que instalaron en la cabina del cine de verano, junto a la Herco –"la chocolatera"-. Mientras tanto se estaban construyendo el cine de invierno y el nuevo de verano. Cuando empezó a funcionar el de invierno, éste se cerró definitivamente. Paco se encargó de la instalación de toda la parte eléctrica, de los nuevos locales: luces,

altavoces, cabina, etc. La cabina de proyección la cambiaba cada año del cine de invierno al de verano y viceversa.

Paco nos cuenta cosas muy interesantes y desconocidas para el público en general sobre la calidad de las películas y el tratamiento que recibían. Desde su recepción en el cine hasta su proyección en la pantalla, las películas venían marcadas en grados, era una puntuación por la calidad, y en una esquina de la caja venía la categoría de la cinta: 1º grado, nueva; 2º grado, seminueva y 3º grado, ya "había que repasarla por narices", -dice Paco-. Estas últimas por lo general venían hechas un verdadero desastre y por mucho que se repasaran siempre había algún corte. La gente pensaba que eran los operadores los que los hacían para suprimir alguna escena de destape o algún beso comprometedor, y nunca más lejos de la realidad, porque cuanto más cortes, más trabajo les daba al tener que estar cada dos por tres reparando la película.



"El Neo" en su taller

Hay que tener en cuenta que la misma cinta a lo mejor había pasado por cien cines antes de llegar al de Las Torres y de tanto pasarla, era normal que acabara hecha cisco, de ahí el nombre de la máquina donde se preparaban: repasadora y montadora. Incluso algunas venían con los bordes completamente rotos de engancharse en los rodillos. Cada cinta necesitaba de varias cajas y había que empalmarla para montar la bobina, y después se pasaba a la máquina.

En una ocasión trajeron una película de la Metro Goldwyn Mayer, "Escuela de Sirenas" (1944) de George Sydney, con la bella Esther Williams de protagonista. Se preparó la máquina y las bobinas y cada vez que arrancaba ésta, se cortaba la película y eso que era de primer grado. "¿Pero qué pasó?, -nos cuenta Paco- pues que la máquina que hacía los empalmes estaba defectuosa, se pegaron varias veces y se volvía a soltar. Allí sudamos tinta china para poder arreglarla. Al final tuvimos que rebobinarla a mano. Aún así fue muy difícil que no se pasara alguno".

Cuando se exhibía en un cine, la película volvía a la casa distribuidora para ser repasada y puesta a punto, pero claro, si la máquina estaba mal, siempre aparecía algún fallo. En alguna ocasión incluso venía la película doblaba por la mitad. Paco llevaba mucho cuidado, pues lo de los cortes daba una mala imagen de la profesionalidad del operador, ya que la gente no sabía todo lo que llevaba implícito el montaje y la proyección de las películas y siempre cargaban con las culpas al creer que eran unos descuidados o que hacían de censores ante alguna escena subidita de tono. Eso, además del trabajo que les daba, pues había que parar la máquina, el foco, los carbones, … y de nuevo arrancar la máquina, etc.

Normalmente la bobina se montaba en las dos máquinas y cuando a la primera que proyectaba le faltaban para acabar unos diez o doce metros se le ponía una señal y entonces arrancaba la segunda y así seguía proyectando el resto de la película.

Para evitar tanto trasiego, Paco montó un aparato en la pared para poner dos bobinas y cuando a la primera le quedaba poco para acabar estaba muy pendiente, entonces tiraba de la segunda, la enganchaba y seguía adelante. De esa manera se ahorraba el funcionamiento de una de las máquinas. Aunque tenían que poner un ventilador cerca del motor para que esta no se calentase mucho y no se quemara.

Vino uno de esos estrenos que le encantó a todo el público: “Siete novias para siete hermanos” (1954) dirigida por Stanley Donen e interpretada por Howard Keel y Jane Powell entre otros. Esta película tuvo tantísimo éxito que en el tiempo se repuso en varias ocasiones.

Además de proyectar películas, había veces que por las Fiestas Patronales, venia a actuar a los cines de Las Torres alguna compañía de variedades. Fue el caso de Manolo Escobar, que estaba en los albores de su carrera y apenas era conocido por el gran público, pero con su simpatía y buena voz se ganó enseguida la complicidad de todos los asistentes. Estaba por entonces a la espera de grabar su primer disco.

Otro caso fue el de Emilio “el Moro”, con su forma tan peculiar de cantar y con ese vestuario que hacía honor a su apodo: Pues vestía una chilaba y un fez. Todos se partían de risa con él, pues era muy simpático y gracioso. Como no había un vestuario para que los artistas se cambiaran de traje o vestido en la cabina del cine y conversaban con Paco, que ese día se encargaba de los focos y de proyectar luz sobre el escenario. Le encantaba el fez que llevaba Emilio “el Moro”, con la borla colgando y se lo pidió de recuerdo.

Éste le dijo que no se preocupara que le mandaría uno. Así lo hizo y además le regaló unos discos con sus más sonados éxitos.

Si hubo un gran éxito en el cine de Carrillo ese fue el estreno de “Los tres Villalobos”. Fue una serie radiofónica cubana de los años cuarenta, que después se escuchó en México y más tarde en Venezuela. En 1954 fue llevada al cine en México por Fernando Méndez, interpretando a los tres hermanos los actores Joaquín Cordero, Freddy Fernández y Raúl Luzardo. Como su metraje era tan largo se hizo en dos partes. La primera se llamó “Los tres Villalobos” y la segunda parte, “La venganza de los Villalobos”. La versión de las dos partes que se estrenó en el cine de Pedro Carrillo, fue una nueva totalmente cubana que se rodó en 1956, dirigidas ambas partes por Enrique Zambrano, interpretando a los hermanos, Ramón Gay, Raúl Martínez y Nobel Vega. Los títulos cambiaron un poco llamándose la primera parte, “Los Villalobos” ó ”Aquí están los Villalobos”, y la segunda: “El regreso de los Villalobos” ó “La justicia de los Villalobos, dependiendo de donde se estrenaban.

Ese día hubo un percance en la cabina del cine, Pedro Carrillo, estaba de viaje en Valencia y Paco “el Neo” se encontraba solo, de pronto se fue el sonido de la película y como siempre, el cine estaba a punto de explotar: gritos, silbidos, alguna que otra maldición, en fin, un verdadero desastre. Puede que incluso a la gente, en el fondo, le gustara que de vez en cuando pasara algo porque se desahogaban, ya después más relajados todos quedaban tan contentos.

Quitó la tapadera del amplificador y las lámparas excitadoras estaban encendidas, no entendía el por qué no había sonido, si a simple vista todo estaba en su sitio. Al fin descubrió que eran dos bornes que se habían aflojado y se salió un cable del amplificador y de ahí el problema. Enseguida puso el cable y pudo reanudar la proyección. Poco a poco todo volvía a la calma y el público siguió disfrutando de la película. No tenía problemas graves con el cine porque dominaba perfectamente la parte técnica y la de operador.

Paco “el Neo”, pasó treinta años de su vida trabajando para Pedro Carrillo. Mientras que el padre de Pedro mantuvo la fábrica de conservas en la Vereda, trabajaba por las mañanas en ella; bien como electricista, en mantenimiento, o incluso en los veranos -cuando llegaba la época de recolección de fruta-, llevaba un camión con el que recogía las cajas que los obreros sacaban a los caminos desde los bancales. Y por la noche, en la cabina del cine.

Pero ante diferencias surgidas con el empresario, tanto Martínez como Paco, se marcharon a trabajar al cine de D.

Salvador Escrivá. Sin embargo, cuando Pedro Carrillo vio que iba en serio, quiso retener a Paco, pero ya era tarde. Había dado su palabra y no tenía vuelta de hoja.

De día se ocupaba del mantenimiento de la fábrica y por la noche al cine. Durante un tiempo Paco estuvo cobrando por los dos trabajos y le venía muy bien, pues ya tenía su primer hijo y ya se sabe lo que cuesta criar a un niño.

Paco en su videoclub particular

Como era normal, ya que el público alternaba los cines según el programa de películas que se estrenaban, las críticas ante los cortes se repetían y un día, la película iba caldeando el ambiente ante una escena donde la protagonista se quitaba la ropa para cambiar de vestido y, justo cuando se desabrochaba el sujetador, se cortó la cinta, y al reiniciarse, la protagonista montaba en bicicleta. Como siempre los silbidos y protestas no se hicieron esperar y uno de los asistentes dijo en voz alta: "Será c… el Neo, que ha cortado la escena y no hemos podido ver a la tía". Casualmente la mujer del Neo estaba sentada a su lado y se volvió como si algo le hubiese pinchado, soltándole un soberano bofetón. El hombre se quedó estupefacto, hasta que alguien de la fila de atrás le dijo: "¿cómo se te ocurre decir eso estando sentado al lado de su mujer?" Y se le quitaron las ganas de criticar.

En el cine de verano de Escrivá también se hacían espectáculos. En una ocasión vino a cantar Rafael Farina, y era una persona muy supersticiosa. Traía una maleta de madera llena de santos y vírgenes y le decía a Paco: "Paquito, aquí no pasará nada ¿verdad?, temo que alguien me toque la maleta, pues los santos están bendecidos y no quisiera…" Este famoso cantante solía lucir bastantes joyas en sus actuaciones: solitarios, cadenas y medallas de oro, y nunca se preocupaba por ellas, sin embargo se le erizaban los pelos sólo con pensar que alguien le pudiese quitar alguno de los santos de la dichosa maleta de madera.

En otra ocasión, vino la compañía de Pepe Mairena y Finita Rufet. Eran un matrimonio muy simpático. Pepe le pidió que no le pusiera el foco tan seguido porque le hacía daño a la vista. Como no era un cañón de teatro, sino la luz del proyector de la máquina del cine, era muy potente y no se podía controlar. Como siempre Paco les atendió en lo que pudo de la mejor manera y estaban contentos con él. Cuando acabó el espectáculo le ofrecieron su casa, -pues vivían en Orihuela- y lo invitaron a tomar algo. Paco se negó porque no tenía costumbre de beber. Pepe insistió diciéndole que estaba muy bueno y le preparó una especie de cóctel con cerveza, vino y gaseosa. Paco lo tomó por no despreciarlo, pero le dio un buen dolor de cabeza.

Otro estreno que gustó muchísimo fue ”El puente sobre el río Kwai” (1957), de David Lean, con un reparto excepcional de actores, entre ellos William Holden y Alec Guinness. Aún hoy, se silba el tema principal de su banda sonora. La lista de películas sería interminable, pero por avivar la memoria de nuestros lectores recordaremos: “La leyenda de la ciudad sin nombre”, “La muerte tenía un precio”, “Matar a un ruiseñor”, “El verdugo”, “Charada”, “El apartamento”, “Suspense”, etc.

Cuando Paco “el Neo” se retiró del cine de Escrivá tenía 45 años. Después volvió a pasar cine un verano con Perico Carrillo y alguna que otra vez de forma esporádica, pero como un favor a un viejo amigo. Tras dejar definitivamente el cine, volvió a sus negocios atendiendo su taller, instalaciones eléctricas etc.

Ante la llegada de la televisión al pueblo Paco cerró el taller de reparación de radio y se dedicó a montar televisores. Los dos primeros que hubo en el pueblo fueron el de D. Valentín Buendía, -el maestro, cuñado de Modesto “el del bar”, que vivían junto al Ayuntamiento, en la Plaza Mayor- y el segundo fue el de su vecino el farmacéutico D. Vicente Ruiz de Zárate. Pero eso sería para contar en otro capítulo de la vida de Francisco Fernández Sarabia, alias Paco “el Neo”.

Paco nos pidió encarecidamente que al acabar su historia pusiéramos textualmente: “A mis 76 años, y lo digo con mucho orgullo, la cinematografía ha sido mi vida”. Pues escrito queda, querido amigo.

LA CARNICERIA DE LA CRUZ
RAFAELÍN DE LA CARNE

Muchas son las veces que se habla del destino de las personas, por supuesto, hay quien cree y quien no cree en él, pero lo cierto es que siempre está presente, para bien o para mal en la vida de cada uno de los seres humanos de este planeta. No se trata de ponernos trascendentes, ni de filosofar, ni mucho menos. Pues la única intención es que nos fijemos tan sólo un poco en lo distinta que podría ser la trayectoria de nuestra vida, si ese destino no se empeñara a veces en que hagamos o seamos todo lo contrario de lo que nos gustaría. Pues ciertamente, queramos o no, él decide bastante por nosotros. Ya iréis comprobando a lo largo de la historia de nuestro protagonista cómo sucede y seguro que acabaréis por darnos la razón.

Rafael en su juventud

Rafael Muñoz Egea, "Rafaelín de la carne", o simplemente Rafa para los amigos, aún era bastante joven, pues apenas contaba con quince años y ya pensaba mucho en el porvenir. Veía su futuro de forma un tanto extraña, pues sus únicas posibilidades se reducían a ser carnicero y a trabajar la huerta, precisamente lo que no le gustaba, y eso le hacía estar cabizbajo y meditabundo hasta el punto de que su madre se dio cuenta y no paraba de preguntarle qué le pasaba: "Mamá, me estoy haciendo mayor y no veo solución a mi porvenir, no sé cómo me voy a defender en el mundo, de qué voy a vivir. Sabes que la huerta

no me gusta, ni el oficio de mi padre tampoco y como nunca ha permitido que estudiara, me rompo la cabeza en pensar qué va a ser de mí".

Ella intentaba animarle y le decía: "No te preocupes, la propia vida te irá diciendo ya que uno siempre baila al son que le tocan y si no vives de una cosa lo harás de otra". Al parecer aquellas palabras de su madre le reconfortaron un poco y al menos fue dejando el pesimismo que durante algún tiempo se había apoderado de él.

De todas maneras no lo olvidaba del todo ya que pretendía dar con algo que, aunque no ganara mucho dinero, al menos le reportara un poco de satisfacción y felicidad, y por supuesto, no tuviera que ver con lo único que la vida le aportaba en aquel momento, que no era mucho, dicho sea de paso. A finales de los cuarenta y principios de los cincuenta, el pueblo no tenía mucho que ofrecer a un joven bastante inquieto y despierto, aunque soñaba con poder abandonarlo un día y vivir. Esto es lo que más ha marcado a Rafael todos los años que tiene: sus ganas y deseos de Vivir.

"Yo le llamaba "vivir" –comenta- a colocarme, a trabajar en una empresa o a tener un negocio, y cuando acabara la jornada, vestirme adecuadamente y salir a cenar, a tomar un café, o simplemente dar una vuelta con los amigos por alguna cafetería de moda, ver alguna película de estreno, ir al teatro, … según la economía y la situación del momento. Creo que no era mucho pedir, aunque quizá sí lo fuera para aquel tiempo".

Desde temprana edad padeció de las piernas, no es que estuviera cojo, pero en los cambios de las estaciones de primavera y otoño le dolían y andaba bastante molesto. Como se solía decir, "es que al crío le ha pillado en el desarrollo". Rafael siempre había tenido un buen apetito, -según nos cuenta-; "comía como un caballo, no me saltaba ninguna comida, es más, a veces si cenaba temprano volvía a cenar otra vez. Cuando me ocurría esto me compraban en la farmacia aceite de hígado de bacalao, que estaba malísimo, pero me venia muy bien. Se ve que era una vitamina de la que carecía y eso me la aportaba".

Llegaba el verano y había que cuidar la tierra, quitar la hierba de los bancales, segarla para los animales -que también había que atender-, los riegos, las siembras, la cogida de la fruta, etc. Después, en el invierno, ahí estaban las matanzas de cerdos, madrugones, echar más horas que un reloj, arrastrar cansancio y sueño… y pare Vd. de contar. El pueblo era muy triste y le pesaba como una losa. No veía el momento de salir de él, todo era muy complicado y bastante difícil, aunque nunca perdió la esperanza.

Su padre era un hombre bastante especial y nadie sabía hacer las cosas como él, por lo tanto, nada de lo que hicieran cualquiera de sus tres hijos tenía valor alguno, si algo le parecía bien le costaba reconocerlo y además, tenía cierto genio, por no decir un poco de mala baba. “Para trabajar con él había que nacer enseñado, y ya ves, enseñado no nace nadie”. Rafa es muy gracioso y ocurrente, con una forma bastante peculiar de contar las cosas. Siempre fue una persona muy inquieta y se aburría cuando no tenía nada que hacer.

Su padre, por lo general, solía venir tarde de la huerta y entonces había que ayudarle a matar. Él era muy maestro, trabajador y muy “tirao palante”, pero no sabía matar solo y siempre le tenían que ayudar dos o tres personas: uno para tenerle los cuchillos, otro para limpiar las tripas, otro… para lo que fuera. Total que aquello parecía un quirófano en plena faena. Como ya era de noche, había que estar con el candil o con el quinqué alumbrando, durante la “operación” no paraba de “cagarse” en todo lo que tenía a su alcance, porque si no veía bien ya no sabía por dónde cortar.

Desde que murió su abuelo fue su padre el que se hizo cargo de la carnicería que era muy pequeña y tenía en la propia casa. Vendía carne de cabra, era lo que se vendía en el pueblo por la miseria que había. El que mataba un cordero se tiraba para venderlo varios días y vendía para las cuatro que tenían un poco de dinero. Compraban unas costillas y un trocito de esto o de aquello, y lo demás acababa siendo comida para los perros. Su padre vendía dos o tres cabras todos los días. Posiblemente no le dejaba de ganancia cada una más de dos pesetas, pero salía adelante. Vender era su locura y los clientes estaban contentos con él, pues después de pesarle la carne siempre les ponía un trozo de garreta, de gordo, o de rechihuela, que ellos celebraban bastante.

Rafael se preguntaba por qué tenían que matar de noche cuando él estaba toda la tarde sin hacer nada. Un día se armó de valor y le dijo a su madre que iba a matar la cabra. Ella casi puso el grito en el cielo, pues conociendo lo especial que era su marido, temía su regreso por el cataclismo que se podía formar. No obstante, muy decidido, cogió al animal y lo sacrificó. Como la cabra pesaba bastante y había que colgarla en un gancho, de los tendones de una pata, en más de una ocasión al alzarla se le cayó al suelo, al pobre ya le faltaba la respiración de tanto subir y bajar, hasta que lo conseguía. Le quitó la piel, la abrió, quitó los despojos, limpió las tripas y las saló para poder conservarlas, -pues se guardaban para los embutidos en las matanzas- dejándola en condiciones para partirla y poder venderla. Aunque no le gustaba

hacerlo, sin embargo le producía una gran satisfacción, pues pensaba que la cena de aquella noche bien se la había ganado. Su madre quedó asombrada al ver que no necesitó ayuda de nadie para hacer lo mismo que su padre.

Cuando éste llegó de la huerta, le dijo a su mujer:

- Llama al zagal que hay que matar.

- La cabra ya está muerta -le dijo con un poco de recelo temiendo su reacción-.

- ¿Quién la ha matado?

- El médico. -respondió Rafael, un tanto irónico-.

Su padre lo miró con unos ojos que lo querían fulminar.

- ¿Quién la va a matar? He sido yo –añadió Rafael.

Rafael en una procesión

Su padre se fue hacia ella mirándola por todos lados, para ver si encontraba alguna falta. Pues cuando él lo hacía siempre tomaba de referencia a su padre como un gran experto que fue. Mi padre decía, mi padre hacía, mi padre cortaba… Y todos, sobre todo Rafael, estaban ya de referencias hasta el gorro. Pues si la faena estaba bien, que más daba que hubiese empezado por un lado que por otro. Ahorraba tiempo y el resultado era el mismo.

No pudo reprocharle nada a su hijo y empezó a confiar en él. Cuando por las tardes se marchaba a la huerta, le decía a María, su mujer: “Si tardo en venir, dile al “nene” que mate la cabra”.

Desde bien joven, su padre lo llevaba a las matanzas de las casas para que aprendiera, no sólo a matar los cerdos, sino cómo despiezarlos, a separar la carne para vender en fresco y la adecuada para cada tipo de embutidos. Tras triturarla, se preparaban las masas añadiéndoles las especias que cada una de ella requerían.

“Me daba un poco de asco el meterme a la boca la carne cruda, que ya amasada, esperaba en los lebrillos antes de ponerla en las tripas pertinentes y cocerlas. Pero poco a poco me fui acostumbrando. Mi padre me decía: “Nene prueba eso”. Cogía con un dedo un poco de masa, la paladeaba un poco y la tiraba. Le decía si estaba sosa o si le faltaba de alguna especia, entonces él le añadía y volvía a darle otra vuelta a la masa, así hasta que estaba en su punto. Al final puso tal confianza en mi paladar que cuanto yo decía lo daba por hecho. Años después, cuando me monté por mi cuenta, bien que agradecí el haber probado tantas y tantas masas, ya que pocos eran los embutidos que estaban tan gustosos y ricos como los que yo hacía”.

A Rafael seguía sin gustarle el oficio, pero menos aún le gustaba el ambiente del pueblo. Se acercaba el día de marcharse a la mili, y al contrario que otros, se alegró, ya que se había hecho un propósito que mantenía en el más riguroso secreto: cuando acabara el servicio militar, colocarse y no volver. Claro que, como se suele decir, del dicho al hecho…

Llegado el momento, Rafael fue llamado a filas. Tras saber cual era su destino, en un tren de los que llamaban “borregueros”, les llevaron hasta Valencia, después a Barcelona, donde llegaron por la mañana, y por la noche embarcaron para Menorca, concretamente a Mahón. El viaje fue horroroso, el mar estaba de mil demonios, pues fue un mes de abril muy revuelto. Por fin llegaron a “La Mola”, una fortaleza de Isabel II (construida entre 1850-1875) situada en la bocana del puerto de Mahón, donde hicieron el periodo de instrucción, tras el cual les destinaron a las baterías correspondientes. A Rafael le sacaron para hacer un curso de radiografista, tras el cual le destinaron a Es Mercadal, un pequeño pueblo de Mahón, situado a los pies de la montaña Toro. Cuando llegó ya estaba todo el mundo en su destino correspondiente. No había mucha gente y la mayoría eran de la isla a los que llamaban “polacos”, que se marchaban a dormir a sus casas cuando no tenía guardias, pues las hacían más bien los que habían venido de fuera. Cuando Rafael llegó le habían dejado unos libros en el botiquín con el fin de que estudiara para cabo, pero él no quería de ninguna manera.

Un amigo del campamento, Sancho, que era futbolista, se había colocado de ordenanza. Dijeron que los futbolistas los rebajaban de hacer guardia y él se apuntó, para eso tenía que dejar el puesto que ocupaba y Rafael le pidió que lo metiera a él. Un poco a regañadientes pero al final lo consiguió, librándose al mismo

tiempo de prepararse para cabo, pues lo que menos quería era hacer carrera militar y quedarse allí.

Su suerte cambió rotundamente y así fue como se hizo ordenanza del Teniente D. Antonio Bennasar Bennasar y de su mujer, Antonia Vinnironnil Monrou, mallorquines, oriundos de Pollensa. Desde el primer día, por su manera de comportarse, le apreciaron y le dieron toda clase de confianza, como si fuese uno más de la familia. “Hasta tal punto -dice Rafael-, que en el cuartel tan solo podíamos ducharnos una vez a la semana, echándonos cazos de agua por la cabeza, ayudándonos unos a otros, y el teniente me permitió que utilizara el cuarto de baño de su casa cada vez que lo creyese conveniente”.

Tanto la Sra. del Teniente como la chica que tenían para que cuidase de sus niñas no tenían ni idea de cocina. Los domingos preparaban un pollo tomatero en salsa, con unas patatas que parecían bolas de jugar de pequeñas que eran, para todos los que se juntaban a comer y apenas tocaban a nada. Rafael les dijo que con ese pollo y poco más se podía hacer una paella que se chuparían los dedos y todos comerían sobradamente. Así fue como se implicó en la cocina, que sin apenas tener idea, recordando lo que veía poner en la olla a su madre y con un poco de imaginación, en unos días todos empezaron a disfrutar de cuanto preparaba.

Dormía en el cuartel y cada mañana se presentaba en casa del teniente. La Sra. le mandaba a comprar cuanto necesitaba y él, con poco dinero, les hacía de comer divinamente. Así, se despertó su vocación por la cocina. Más que un trabajo era un disfrute, hasta tal punto que después, no pocas fueron las veces que dijo: “¡ojala!, mi padre hubiese tenido un restaurante en vez de una carnicería”. Entre los recados, la cocina, atender un pequeño huerto en el que habían plantado unas verduras, que regaba de vez en cuando sacando cubos de agua de un pozo y recoger los huevos de un gallinero, pasaban los días de Rafael en la casa.

Una vez más se tuvo que comprar un frasco de aceite de hígado de bacalao, porque ya empezaba a molestarle el dolor de las piernas. A veces pensaba que su afición por el cerdo y sus derivados, era el causante de lo que le ocurría en las piernas. Como él mismo recuerda: “En mi casa el queso, la leche, el salchichón eran alimentos que no nos gustaban, sin embargo el tocino y demás derivados del cerdo nos encantaban, y cuando mi padre mataba en las tiendas, mi madre traía de todo lo que hacía falta. El armario siempre estaba lleno pero seguro que eso no era lo que mi cuerpo necesitaba. Siempre me pasaba igual, cuando me quedaba flojo,

aquello me atacaba más. Menos mal que durante el día no me dolía pero cuando me acostaba, el calor de la cama me ponía fatal".

Un día invitaron a comer al secretario del Gobernador de Palma de Mallorca, en el restaurante de un hotel. Le pidieron que fuese para atenderles y ver que no faltase nada en la mesa. También, que cuando llegara se pusiera en contacto con el chef de cocina. "Yo me preguntaba qué querría ese Sr. de mí. Cuando salió el chef de cocina y habló conmigo no sólo me quedé de piedra, sino que pasé la vergüenza más grande del mundo. Preguntó si yo era el asistente del D. Antonio Bennasar, porque tenía órdenes de que nadie más que yo supervisara la comida y que ésta estuviese a mi gusto".

Rafael en Puente Viejo de Murcia

La comida no estaba mal, sólo un poco sosa y el cocinero le dijo: "Se que la encontrarás un poco sosa pero como todos los comensales son mallorquines la prefieren así, aunque se les pone un salero por si alguien la quiere un poco más sabrosa". Todo salió estupendamente y el Sr. secretario quedó tan contento, que quiso felicitarme y me regaló un puro habano fenomenal".

Normalmente era año y medio lo que duraba la mili en aquellos tiempos, pero hasta para eso Rafael tuvo suerte, pues su quinta sólo sirvió un año, por lo que quitaron los permisos. Pero él vino a su casa dos veces, con ello le demostraron el aprecio que le tenían hasta el punto que cuando el teniente cogió vacaciones en Agosto, en vez de mandarlo al cuartel lo llevaron con él, y conoció al resto de la familia, y al igual que ellos, todos le tomaron mucho cariño. Antes de acabar las vacaciones, el teniente a parte de los diez días que quedaban para volver al trabajo, le dio por su cuenta otros cinco para que viniese a la península a ver a su familia durante quince días. Y la segunda vez que vino fue porque para Navidad sortearon unos permisos. En

aquellos días, Rafael estaba en la casa del comandante enseñando a otro compañero –Santos- de ordenanza y éste le pidió que si en el sorteo le tocaba el permiso renunciara a favor de ese chico, porque en realidad lo que el comandante quería, con las referencias que tenía del propio teniente, era que Rafael se quedara en su casa, pero él por nada del mundo hubiese dejado la del teniente. Al final, le tocó uno de los permisos y se vino a su casa. Todos estaban muy contentos, sobretodo su padre, ya que era plena temporada y le ayudó a matar todos los cerdos.

Claro, que cuando acabó con las matanzas, Rafael ya estaba cansado del pueblo y dijo en su casa que se marchaba. Su madre que le conocía bien le dijo que estaba loco y se cansó a preguntarle cómo se iba tan pronto. Y llevaba razón, loco estaba, pero por irse de allí. Marchó a Barcelona y pasó una nochevieja fabulosa. Perdió el barco para volver a la isla y estaba un poco angustiado por no saber qué excusa daría al volver, pero de nuevo solucionó el problema. Se encontró con un compañero que le dijo que él se había quedado al próximo barco porque el que había partido llevaba demasiada carga y encima hacía un temporal de miedo. El sargento encargado de la expedición le había advertido que si tenían familia o dinero para pasar la noche que esperaran al barco siguiente. Él vio los cielos abiertos, pues tenía la excusa perfecta para salir de lo más airoso. Como así fue.

Cuando por fin se licenció la Sra. Antonia le dijo: “Rafael, no te vayas a Murcia que mi marido te quiere colocar de ayudante de cocina en el Hotel Hilton, en el paseo marítimo de Palma, pues tú aprovechas para eso y vas a ganar un dineral. Y deja que los corderos los mate tu padre”. Rafael que siempre había soñado con no volver al pueblo, se resistía a contestar, ya que en su cabeza bullían otras ideas: no conocía Madrid y si esa propuesta hubiese sido para la capital de España, no lo hubiera pensado, aún sabiendo los disgustos que hubiese causado en su casa. Quería conocer Madrid y seguía empeñado en ello, porque para colocarse en Palma –se decía-, siempre estaba a tiempo.

Cuando volvió de Mallorca se quedó en Barcelona en casa de unas amistades del pueblo que vivían allí, con la intención de buscar trabajo. Pero todo era muy difícil, ya que tenía que empadronarse para conseguir algo decente y para eso necesitaba unos papeles que sólo su padre le podía mandar, pero conociendo a éste no se los hubiera mandado jamás. Antes hubiese preferido que le devolvieran a su hijo muerto metido en una caja.

Al final le buscaron colocación por unos días en una fábrica de hacer vigas para las obras, pero tenía un gran problema, pues no le

hacían ningún tipo de contrato ni tenía derecho a nada. “Si tenías un accidente o te lisiabas, te quedabas con una mano detrás y otra delante, porque no tenías derecho a reclamar. Me lo pensé mejor y como no tenía dinero ni ropa, me dije: me voy a mi casa y cuando ahorre un poco ya me iré donde sea”.

En su casa andaban un poco escamados ya que todos los que se habían ido de su misma quinta habían regresado, todos menos él. Cuando volvió, su padre vio los cielos abiertos, pues sabía que estando él solucionaría cualquier problema que surgiera en la casa o en la familia.

Madrid seguía estando presente en su mente. Un primo suyo que vivía en Madrid, tuvo una hija y los invitó al bautizo. Todo se iluminó para él, siendo una oportunidad para conseguir sus fines, aunque iba más de inspección que al bautizo, ya que su intención era ver qué tal estaba el trabajo y donde podría conseguirlo. Su padre, como siempre, se negó totalmente y no le dejó ir. Rafael estaba indignado y poco tiempo después pensó en fugarse y preparó la maleta, esperando el momento idóneo para irse, eso sí, a escondidas, porque de ser descubierto ya sabía lo que le esperaba.

Poco le duró la ilusión y la desazón por el viaje. Su madre descubrió la maleta y después de reprocharle y decirle mil veces si estaba loco y que dónde pensaba ir, se lo contó a su padre. Se armó una gorda en su casa, que una guerra, no era nada en comparación.

“Mi padre –dice Rafael- en vez de decir: “bueno, ve a casa de tu primo, estás unos días, se te pasan las ganas de Madrid y después vuelves”. Quizá me hubiese ido, pues ya no era porque me apeteciera, que era muchísimo, sino como una necesidad de ir a la capital y seguro que en unos días hubiese vuelto, porque nunca me ha gustado hacerle sufrir. Pero su reacción fue todo lo contrario y de la forma más amenazante: “Ojo con lo que haces, como te vayas de la casa, aquí no vuelvas más”. No pude dormir en toda la noche, y no paraba de repetirme a mí mismo: Ah, sí, pues tú te lo has buscado, ahora es cuando me voy a ir”.

Efectivamente, contra viento y marea se fue a Madrid en el tren correo y permaneció en la capital por espacio de seis meses. Alquiló una habitación en el mismo edificio donde vivían sus primos, y los dos primeros meses estuvo sin trabajar, recorriendo todo Madrid, buscando y viendo las posibilidades que tenía de establecerse para siempre allí. Pues mejor que en otro sitio, encontraría la forma de vida que tanto le satisfacía y sería él mismo, sin tener que pedir ni rendir cuentas a nadie.

Al fin, por mediación de otros parientes, se colocó en la Real Fábrica de Tapices, que está en la Glorieta de Atocha –inaugurada en 1721 por Felipe V-, muy cerca de la Basílica de Atocha. Como no tenía ningún oficio determinado le pusieron a limpiar alfombras en una máquina. Otros compañeros salían a casas señoriales, a hoteles, ministerios, incluso al Congreso de los Diputados, donde recogían las alfombras para limpiar y luego volvía para instalarlas de nuevo. Contaban maravillas de lo que veían, en un ambiente tan selecto de la sociedad madrileña. Eso le alegraba y soñaba con tener la ocasión de visitar esos sitios, pero no pudo ser. Permaneció en la fábrica por espacio de dos meses, ya que por mediación de una tía de la mujer de su primo, le buscó colocación en una carnicería en el barrio de Carabanchel Bajo.

El destino le perseguía. Aún hoy, Rafael sigue diciendo que nunca le gustó ser carnicero, pero su destino se empeñó en que lo fuera. "A fin de cuentas es un oficio –pensaba él- y mejor es eso que nada". Aprendió a cortar la carne de ternera y hacer otras cosas de una forma bastante distinta a como estaba acostumbrado en el pueblo. Allí permaneció otros dos meses. Para entonces ya se había ganado la confianza del jefe y el cariño de los clientes a los que siempre atendía con una sonrisa y alguna que otra broma, por eso le apreciaban: "pues era un muchacho muy simpático".

Rafael Muñoz

Mientras tanto en su casa lo estaban pasando bastante mal, ya que su padre sin él parecía que se ahogaba, pese a que siempre le hacía sentir como el "garbanzo negro de la familia". Todo porque a Rafael le encantaba vestirse bien y tenía unos gustos bastante refinados. Le encantaba ponerse un buen traje con corbata y unos buenos zapatos, asearse y perfumarse. Pero a su padre se lo llevaban los demonios, porque no parecía el hijo de una familia de huertanos y matachines, pues pensaba que no tenía más derecho que él de limpiarse los mocos con la manga de la camisa. "Yo no había nacido para eso -dice Rafael, con la gracia que le caracteriza-, la mala suerte que tuve fue que no sabía cantar, si no me hubiese tirado a las tablas".

No hacía nada más que darle vueltas a la cabeza y, pese a sus 24 años, a veces se sentía culpable de aquella situación. Lo

único que pretendía era labrarse un futuro honesto con un trabajo digno, y todo y todos se empeñaban en lo contrario. Su hermano Pepe, tres años más joven que él, ya tenía que marcharse a la mili, su hermana como mujer no tenía nada que hacer en el negocio familiar y su otro hermano Juan, era un mozalbete de catorce años. "Si mi padre pierde la cabeza, con esos ataques de cólera y rabia que le dan, -a los que toda su familia era propensa-, en mi casa terminarán por pasar hambre, pues cómo puede mi madre encargarse de todo". Había que comprar el ganado, pastorearlo y matarlo en su momento, las matanzas de cerdos, las tierras… Esa preocupación no le dejaba dormir por las noches.

Su madre le escribió una carta rogándole que volviera, que como no viniera para la fiesta menuda les esperaba. Entonces la fiesta de la patrona, Ntra. Sra. de la Salceda, se celebraba en el mes de octubre. Había entonces una costumbre con la banda de música que contrataban para amenizar la fiesta con pasacalles, acompañaban a la reina y sus damas de honor y cómo no, a la Virgen en la procesión. Entonces se les avisaba a las familias con más posibilidades que acogieran a un músico para que fuese a comer y a cenar a su casa. Como ya eran varios los años que se venía haciendo así pues los músicos ya sabían donde tenían que ir, por lo general siempre acudían a la misma casa y tenían confianza con toda la familia. El que iba a casa de Rafael tenía unos cincuenta años, y era un buen hombre.

"Mi madre decía en su carta: cuando venga este hombre y pregunte por ti no quisiera estar delante, ya que tu padre, cada vez que alguien te nombra no hay quien le sujete, y arrasa con todo lo que tiene delante".

Este fue el detonante para que pensara volver a su casa: "si no voy para la fiesta –se decía- les voy a dar un disgustazo y si no voy para Navidad, con tantos cerdos que hay que matar les daré otro. De todas maneras tenía que ir en Abril porque mi hermano Pepe se iba a la mili, pues me voy ahora y les ahorro todos esos disgustos. Cuando él vuelva como también sabe defender la cosa, me vengo definitivamente". No lo pensó dos veces. Se lo dijo a su jefe, -extrañado ante la decisión repentina- le preguntó el por qué, respondiéndole con una pequeña mentira: había recibido un telegrama de su familia diciéndole que su padre estaba muy enfermo. El Jefe que le apreciaba, le dijo que cuando todo se normalizara en su casa que podía volver cuando quisiera que tenía las puertas abiertas. "No se preocupe, no sé cuando, pero seguro que vuelvo".

Volvió a su casa. Entre los meses que faltaban para que se marchase su hermano, más todo el tiempo que duró la mili –por cierto que fue destinado a Melilla- se pasaron dos años. El camaleónico Rafael, acostumbrado a adaptarse a cualquier situación, lo llevó de la mejor manera posible. Siempre cuidándose de su padre, pues cuando le veía arreglado, ya tenía la de Troya montada, y si en el arreglo se incluía una corbata, para qué decir.

"Cuando volvió mi hermano de la mili me fui un día a Murcia y sin contar con Dios ni Santa María, me saqué el billete de Madrid. Y al medio día durante la comida le dije a mi padre: Esta noche me voy a Madrid. "¿A Madrid a qué?" A mí me gusta más aquello y quiero aprender más cosas, aquí pocas salidas hay. Por toda contestación le pegó una patada a la mesa de alas en la que estábamos comiendo y salió todo por lo alto, parecía un auténtico terremoto".

Su madre, la pobre que todo lo sufría, le dijo: "Como te vayas el mejor día va a ser este, y la primera que se muere voy a ser yo". Para que unos no sufrieran y otros no se murieran, el que siempre se las cargaba era él. "Mama, ¡si tengo el billete sacado!". "Pues vas y lo devuelves". "¿Y si no me lo devuelven?" "Lo pierdes". Se fue en el rápido de la tarde a Murcia y aunque perdió el importe de la reserva le devolvieron el del billete. Mientras tanto, un vecino con ganas de meter cizaña le decía a su padre: "Que tonto eres Domingo, tú crees que tu Rafael va a volver, te ha engañado y seguro que ya va para Madrid". Los hay con "mala leche". Su casa parecía un cuartel en vísperas de guerra, hasta que tras pasar el correo le vieron aparecer.

A otro día le dijo a su padre: "mira si no quieres que me vaya del pueblo no lo haré, ahora, no voy a estar esperando ir a la huerta para estar trabajando como un negro para nada". En el verano que todo el mundo se iba a la playa, él tenía que ir a regar la tierra, -si es que se podía porque no había agua-. Ante la carencia se hicieron las tandas y cada 15 días soltaban el agua en la acequia para regar y había que estar casi todo el día y, sobre todo por la noche de guardia, si te descuidabas o la quitaban, o se pasaba y no regabas nunca.

Y con los animales le ocurría un tanto igual. Tenía que morirse segando hierba para que vivieran ellos. No estaba de acuerdo. Y luego cuando se acaba la faena, de brazos cruzados, a la calle a apalancarse en la pared. En el invierno las matanzas, 20 o 25 días antes de la Pascua, levantándose a las dos de la mañana, lloviendo, escarchas, viento, y mientras todos en casa

endemoniados. Eso no hay quien lo aguante, es matarse en vida y luego el resto del tiempo parado y sin tener que hacer.

- Yo quiero trabajar en algo –le decía a su padre- que me de un dinero para saber que tengo qué hacer, si me compro unos zapatos o un traje, o si tengo para ir al teatro o al cine, pero eso de que ahora ganas y luego no ganas… de eso ni hablar, yo no voy a estar toda la vida esclavizado pidiéndote dinero. Así es que ya sabes lo que tienes que hacer, allí arriba me tengo que establecer con algo.
- Esa casa está en mal estado, ¿qué es lo que tú quieres poner?
- Pues lo que sé hacer, una carnicería.
- Pero si allí al lado está la de tu tío Joaquín y un poco más abajo la carnicería del Garulla.
- Pues no pasa nada, cada uno venderá lo que tenga que vender, así es que me pones una carnicería.

Aún pasaron meses antes de que se hiciera el arreglo.

Una de las hijas de una vecina se encontraba mal, y todos los años iban a Mallorca a ver a un médico que venía del extranjero. Un día le preguntó a qué parte de Mallorca iba con su hija, "Al puerto de Pollensa", -le contestó-. "No me digas, de allí es el teniente y su mujer, con los que estuve en la mili. Tú pasas todos los días por su puerta. Mira, te voy a dar una tarjeta para que te presentes a esta familia. -Al principio rehusó la invitación y no quería-. Intenté convencerla diciéndole que aunque a ella y a su hija la atendían muy bien donde iba, pero si alguna vez tenía algún problema serio, ellos la ayudarían, ya que estaban muy bien relacionados con todo el mundo". Al final aceptó y cuando volvió le dijo a su madre: "María el hablar de tu hijo Rafael en Mallorca se te abren todas las puertas,

Rafael haciendo la matanza

qué maravilla de personas he conocido y no veas como lo quieren". Rafael se puso muy contento y le dijo: "Ves como no te engañé. El año que viene me voy contigo".

En 1958, se edificaron las casas que hoy tienen sus hermanos; se levantaron las estructuras y se tabicaron las habitaciones. Su hermano Pepe y el propio Rafael, fueron los peones de los albañiles: mojando ladrillos y subiéndolos con la carrucha, teniendo las manos en más de una ocasión en carne viva, cambiando la piel de las yemas de los dedos varias veces. Pero era tanta la ilusión de tener una casa nueva, que no le importaba el sacrificio. Siempre tuvo muchas y buenas amistades de fuera del pueblo que le invitaban a Barcelona, Asturias, a Madrid, etc., y claro el podía traerlos para que comieran en su casa pero no podían quedarse a dormir. "Cuando tenga una casa –soñaba Rafael-, pero mientras tanto…" Cuando acabaron de edificar las casas, estaba medio muerto y muy cansado.

Entonces le tocó el arreglo a la casa del barrio de la Cruz, donde quería que su padre le pusiera la carnicería. Como era muy vieja intentó cambiar y adecentar su aspecto. Empapeló las paredes, puso un zócalo de plástico marrón que parecía de madera. Al principio no había mostrador, era la propia mesa de matar la que hacía las veces del mismo. Pero estaba tan cansado que se marchó a Mallorca con la vecina como le había prometido, y su padre y su hermano abrieron la nueva carnicería.

Rafael tenía mucha ilusión en el viaje porque era la primera vez que iba después de licenciado, pero a los ocho días de estar allí se le caía todo encima, porque sabía lo que se había dejado en su casa. No entendía cómo le podía tirar tanto su familia ya que nunca tenían detalles con él. Si algún día iba a Murcia al cine o de compras, tenia que guardarse y esconderse de su padre, si no le montaba un número de lo más desagradable.

La familia del teniente le encontraba un poco raro, y aunque a él no le decían nada, se lo dijeron a su vecina. "¿Le pasa algo a Rafael con nosotros?, es que no es el mismo que conocíamos". "No es con Vds. porque les quiere mucho, no está bien porque sabe lo que hay en su casa y está deseando de marcharse". Su vecina quiso convencerle para que regresara él sólo, ya que el medico aún no les había dicho nada, pero él le dijo que habían ido juntos y que juntos volverían. Fueron los 28 días más largos de su vida.

Cuando volvió de Palma de Mallorca quedó asombrado al ver la hacienda que tenían su padre y su hermano: por la mañana los dos en la carnicería y por las tardes uno para matar y el otro para sacar el ganado. Su madre sola para atender la casa. La huerta, por

supuesto, completamente abandonada. Antes de marchar a Mallorca la había dejado completamente limpia de hierbas y arreglada, ahora parecía que no tenía dueño.

Todos los años sembraban judías, cuando preguntó si lo habían hecho, se disculparon diciendo que con lo liados que estaban no habían podido. Se armó de valor y paciencia y él fue a plantarlas, sin hacer caso a su padre que le decía que se había pasado la fecha adecuada y no saldría ninguna. No sólo nacieron, sino que la cosecha fue mayor que la de los vecinos, pese a que ya levantaban más de un palmo cuando él las plantó.

Rafael pensó de nuevo en la situación y había que poner cada cosa en su sitio. Dos tíos de brazos cruzados para vender una cabra al día, de eso nada. Al día siguiente les dijo: "la carnicería es mía y vosotros os vais a hacer lo que queráis, aquí sólo me quedo yo. He sido como el conductor de mi familia, de mi casa… De no haber sido así, mis hermanos no tendrían las casas que hoy tienen. Pues mi padre se conformaba con comer a su hora y tener la ropa limpia y jamás disfrutó de nada, aunque creo que era feliz a su manera. Cuando murió, le dije: ¿Tanto trabajar para qué?, lo único que te has comprado es esa caja donde te van a enterrar. Hay que trabajar porque es necesario, pero también hay que saber disfrutar. "VIVIR", así, con mayúsculas. Porque hay mucha gente que puede hacerlo y no saben, pasando la vida sin pena ni gloria".

Por las tardes iba a casa de sus padres y se bajaba una cabra, que la mayoría de veces tenía que llevar arrastrando porque no quería andar. A la caída del sol la mataba, cuando refrescaba un poco, porque entonces no había frigorífico para guardar la carne, así estaba lista para venderla a otro día por la mañana. Tenía bastante tiempo libre, pero también se levantaba a las dos de la madrugada para ir a matar cerdos a las tiendas o a cualquier casa particular que le llamaban.

Cuando las matanzas eran en casas particulares era como una pequeña fiesta. Rafael era bastante distinto a su padre y a su hermano, que iban a lo que iban y a terminar cuanto antes para marcharse. Él, sin embargo era amigo de conversaciones, y con su carácter tan alegre y entremetido, se reían mucho. Lo pasaban tan bien que estando él libre no llamaban a nadie para que les matase el cerdo. Ya le avisaban con tiempo para que no se comprometiera con otros en la fecha indicada.

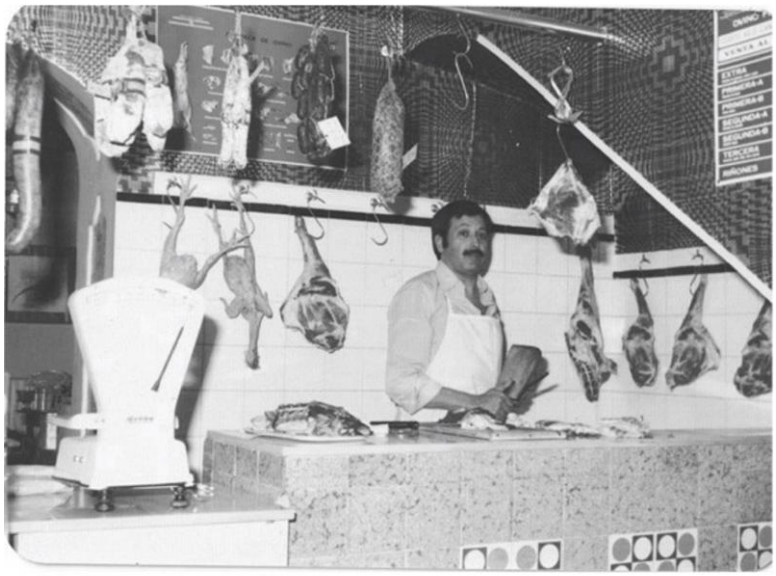
Fuera de la temporada de matanzas de cerdos, poco era el trabajo que podría realizar en la carnicería, como poca era también la ganancia obtenida en la misma. Como su mente no paraba de especular pensó que para ir a matar a las tiendas él mismo lo podía

hacer en su carnicería, y se ahorraba de trasnochar, pasar calamidades y siempre expuesto a esas horas de la madrugada de que alguien le asaltara, le quitase las llaves de su casa y le robara lo poco que tenía.

Entonces expuso a su padre lo que quería hacer, y como siempre, viéndolo todo negro y complicadísimo, puso el grito en el cielo: "¡Tú estás loco! Tendrás que meter a cuatro o cinco personas para que te ayuden y ya me dirás donde está la ganancia".

"Que se trata de matar cerdos, no de hacer la Torre de Pisa. Haré lo que sea necesario, pero ya lo tengo decidido. Estoy más que harto de ir a matar aquí y allá a las dos de la mañana y acabar a las doce del mediodía siguiente, porque siempre pasa algo, cuando una no ha cocido la cebolla, la otra la tiene sin escurrir. ¿Qué necesidad tengo de sufrir por eso?".

Fue entonces cuando vinieron las reformas de la casa: arregló el tejado, ya que por viejo cuando llovía tenía demasiadas goteras. Se hizo un mostrador para la venta, y se puso azulejo blanco en las paredes -el resto estaba empapelado-. Se arregló una habitación en la parte interior -frente a la cocina-, para dormir, la enlosó y amuebló. Compró un frigorífico para meter la carne sobrante y otras cosas y puso una puerta nueva. Todo quedó muy bien. Entre su madre y su tía Josefina, limpiaron todo cuanto dejaron los albañiles, pues su hermana tenía la boda encima y estaba entregada a los preparativos.



Rafa en su carnicería

Pronto buscó a una mujer que iba tres veces por semana para echarle una mano. Además de limpiar y fregar los cacharros, le ayudaba a pelar la cebolla para las matanzas y a picar la carne en la máquina para hacer los embutidos. En invierno, para que no se le hiciese de noche, venía por las mañanas y después de comer se marchaba. Rafael hacía la comida y como siempre, desde que descubriera su afición por la cocina, venía a su mente la idea de haber tenido un restaurante.

Rafael tenía una gran parroquia porque ya conocían sus embutidos debido a los años que llevaba matando en los comercios y en las casas particulares, por eso cuando decidió establecerse por su cuenta iban a su carnicería a comprarlos. “Maté muchos marranos y también vendí muchísima carne. Lógicamente gané mucho dinero y mi padre estaba alucinado, ya que jamás creyó que pudiera con todo aquello yo solo”.

En 1962 se casó María, su hermana. Él la asesoraba en todo cuanto necesitaba, en la ropa, los vestidos, los muebles, la decoración, etc. Le montó una casa que causó sensación a cuantos la vieron. Incluso se atrevió a remodelar los planos de las casas de sus hermanos, pensando en lo que se traía de la huerta: maíz, hierba para los animales etc., y que había que subirlo a la parte alta de la casa, pues como era costumbre, se hacían unas cámaras para depositarlos allí. Él los invirtió, haciendo la vivienda arriba dejando los bajos para almacén y el comercio.

Su padre no entendía nada sobre planos, pero siempre que el maestro de obra diera su aprobación podía hacer lo que quisiera. Sudaron la gota gorda para deshacer la fachada y arreglar la entrada y escaparate a la tienda de su hermano Pepe. “Hasta tal punto tuvimos que apuntalarlo todo para hacer la reforma que una tarde vino mi madre a traernos la merienda, y se quedó muerta al ver el estropicio que habíamos armado”. “Da gracias a Dios que tu padre no ha visto esto si no te cortaba la cabeza” –le dijo. “Al final todo salió como yo quería y todo el mundo quedó contento”.

“La limpieza me traía de cabeza, porque venía mucha gente y me decían que iban a otras carnicerías y se olía a carne y en mi casa no se olía a nada. “¡Qué gusto da entrar aquí! ¿Rafael, que haces para que huela tan bien?” Pues solo limpiar, eso sí, a fondo”.

Pero la realidad es que Rafael siempre fue así, ya que incluso cuando iba a la huerta podría no cundirle como a los demás, pero si se encontraba una piedra era capaz de guardarla en un bolsillo y después tirarla donde no volviera más al bancal, más por prevenir de que al dar un golpe con la azada o el legón saltara y pudiera uno lisiarse. En eso salió a su padre, pues él era también muy exigente. Cuando iba a matar a las casas la gente ya le conocía y se decían: “¡ojo! que viene Domingo. Poner los trapos aquí, los ajos pelados allá, en fin, todo ordenado”.

“Hay quien especulaba con que le ponía carne de cabra a la longaniza en vez de magra de cerdo, pero aún así la preferían antes que ir a comprarla a otros sitios. Pero esto era una tontería, jamás lo hice. Con una pierna de cabra lo más que podía sacar era un kilo de carne y estropeaba más que lo que hubiese podido ganar en un

kilo de embutido. No valía la pena". Ya no sólo vendía carne de cordero y cerdo, también pollo y, por supuesto, sus exquisitos embutidos.

Parecía que Rafael había conseguido sus propósitos: vivir de su trabajo sin tener que dar cuentas a nadie. Por eso se sentía realizado y feliz. "Aquello -nos dice- más que una carnicería parecía una casa de consejos, era como el programa de Elena Francis. Al principio no conocía muy bien a la gente por haber nacido allá abajo, pero poco a poco cuando me conocieron, venían con mucha confianza, me contaban sus cosas y nos reíamos mucho. Aquello me daba la vida, sobre todo, ese trato simpático con la gente".

Algunas de las personas que iban a comprarle carne parecía que no sabían hacer bien de comer, o qué guisar ese día. Rafael les decía y aconsejaba de la mejor manera y siempre les salía muy bien. Al final volvían a darle las gracias porque el guiso les había salido para chuparse los dedos.

- Rafael, a ver lo que puedo hacer hoy, porque la cocina se me da muy mal y parte de los días la comida va a parar al corral con las gallinas.

- Que exagerada eres. ¿A ver, qué pensabas hacer hoy de comer?

- No sé…, unas patatas con carne.

- Mira, si quieres hacer ese guiso, me dejas que yo te daré la carne que necesitas, verás como no te sobra ni una patata. Porque si te vas a llevar un cuarto de costillas para seis, no tocáis ni a una por cabeza, y las patatas van a salir hablando inglés. Lavadas, como si las hubieses puesto bajo el grifo de agua. Con el dinero que te vas a gastar en el cuarto de costillas te voy a poner tres cuartos de carne, que es lo que te tiene que llevar ese guiso. ¿No son patatas con carne?, pues eso es lo que tienes que llevarte: carne.

Le puso trozos de pecho, de cuello, de brazuelo…

- Eso no le gusta a mis hijos, -decía la pobre un poco asustada- esa carne no les gusta a ninguno. ¡Ay!, mi marido me pone la olla por sombrero.

- No seas tonta y hazme caso. Aunque tires después la carne si no se la comen, con lo gustoso que te va a salir, seguro que no te sobra ni una patata. Hazlo así y después hablamos.

No se fue muy convencida, pero a otro día se presentó en la carnicería diciendo a Rafael cuanta razón tenía, pues le rebañaron hasta el plato.

No sólo atendía su negocio sino que se lo pasaba muy bien. “Éramos como una gran familia porque ya me conocía a todo el mundo y rara fue la persona que no pasara al menos una vez por mi carnicería”.Rafael trataba de hacerles la vida más fácil, aunque fuese de la única forma que sabía. Siempre tuvo presente las comidas de su madre, pero sabía que añadiendo esto o lo otro, las enriquecía y sabían mucho mejor. Esa era la fórmula que les daba a sus clientes.

Hacía un arroz con asadura de cerdo, hígado, costillejas, magra, de todo revuelto y estaba para chuparse los dedos. Cuando lo recomendaba, le decían: “¿y eso está bueno?” Él, -tan socarrón como siempre-, contestaba: “Si te hubiera dicho que le pongo un trozo de ladrillo o de teja, un trozo de suela de alpargate y otro de tela de saco, pues me podrías callar, pero por la carne variada está mucho más gustoso y rico”.

“Lo mismo que la carne con hueso -normalmente la gente la suele rechazar-, asada, frita, cocida, en un guiso, etc. como la quieras hacer, está mucho más sabrosa, pues las mollas normalmente suelen ser insípidas”.

Otro detalle que compartía con sus clientas era lo importante de poner bien la mesa, porque como se suele decir: hay quien come más por los ojos que por la boca. “Mira, -decía muy dispuesto- se pone un buen mantel, nada de hule, que aparte de horroroso huele fatal, y cada cosa en su sitio, porque así, no sólo regalas la vista y el olfato, sino el espíritu. La sola presencia de una buena mesa te estimula los sentidos y aunque no tengas hambre, te dan ganas de comer. Para mí la comida es uno de los privilegios más grandes que tiene la vida. Disfruto haciéndola y disfruto comiéndola”.

Rafael en el salón de su casa

Una clienta asidua, llegó un día bastante aburrida, no sabía qué hacer de comer y quería un trozo de pollo. Rafael le dijo: “Te voy a dar para que hagas una sopa que en poco tiempo la tienes hecha. Le puse un trozo de longaniza, una morcilla seca, un trocito de pollo y otro de jamón: Si tienes apio le pones un poco y cuando todo esté cocido le echas la sopa, ya verás como te gusta. Y después te llevas el pollo que quieras y lo fríes, o lo asas para segundo plato, si lo necesitas. Me miró y puso mala cara, como diciendo: ¡anda que éste también, menuda sopa saldrá con eso!. A otro día vino diciendo que la sopa estaba muy rica: “Estaba tan buena que el pollo lo dejé para hacerlo otro día”. Me quedé alucinado pensando: Si esa es la sopa del cocido, como no lo sabe. Ésta, no sabe hacer de comer. Una sopa que le salió por dos duros. No es cuestión de gastarse mucho dinero para comer bien, sino de saber cocinar aunque sólo sea un poco”.

Otro día vino otra clienta: “Mira Rafael la hora que es y me manda mi madre a por pollo porque no sabemos qué vamos a comer”. -Era la una de la tarde-. Tras servirle el pollo que quería, éste le dijo: “El pollo lo guardas por si lo necesitas para otra vez y dentro de media hora vienes con un cazo, pues estoy haciendo un potaje y te vas a llevar para que comáis tu madre y tú”.

“Ese potaje lo comí -explica Rafael-, en un Parador de Información y Turismo en Teruel, en un viaje que hice a Zaragoza. Y aunque no soy muy amante de los potajes, lo pedí, porque cuando viajo prefiero algo de comida casera, pues me abriga el estómago más que un simple filete con patatas. La diferencia con los potajes comunes era que llevaba unos trocitos de tocino fresco y de chorizo y me gustó mucho su sabor. Y de vez en cuando lo solía hacer”.

Cuando vino la muchacha se llevó el potaje, después volvió a felicitarle en nombre de su madre, porque en el tiempo que tenía nunca se había comido un potaje igual.

Había un truco que usaba siempre: tenía unas especias revueltas que utilizaba para cada comida, por eso le salían mucho más gustosas y ricas que a cualquiera. Lo que más ponía era pimentón, directamente en la olla, sin requemar, de las demás solo unas pizcas que potenciaban su aroma y sabor. Podían ser de clavo, canela, anís, cominos, etc. según el guiso.

En otra ocasión una vecina vino a comprar pollo y le dijo quejándose: “El pollo es para ellos porque yo tengo que comer hervido por el régimen. Estoy hasta las narices, no puedo más, ya le he cogido hasta asco de comer todos los días igual”. “Pues eso tengo para comer hoy –dijo Rafael- ¿Por qué no me mandas a tu

hija con algún cacharro, sobre las dos, que yo te daré del mío a ver si te gusta más, y al menos no te lo comes con asco?"

El hervido que hacía era como una menestra, porque le ponía de toda clase de verduras: alcanciles, zanahorias, judías verdes, etc. pero lo ponía a cocer con un hueso fresco de cerdo, de canilla, una chispa de aceite, luego le ponía sus especias y se convertía de un simple hervido en una comida. Sobre las dos, vino la hija de la vecina a llevarse el hervido, y como solía pasar, a otro día le decía a las vecinas que Rafael le había mandado un hervido que estaba riquísimo. "¿Que le echará? ¡que cosa más buena!". Claro, ella no vio el hueso ni las especias, tan solo la verdura. Siempre le salía de lo más hondo ese cocinero frustrado que llevaba dentro.

Rafael se llenaba de satisfacción pensando para sí: "Que cosa más hermosa el poder hacer feliz a la gente, prácticamente con nada, cuatro palabras y un plato de comida".

Su hervido se hizo famoso porque sus amigos lo divulgaban en Murcia. Algunos que se dedicaban a la cocina en conocidos restaurantes, se quedaban de piedra cuando se enteraban que el punto de sabor que tenían sus hervidos y que no eran capaces de descubrir, era porque llevaban huesos de cerdo. Algunos le decían de broma: "Rafa, tengo que ir a tu casa a comer porque yo nunca he visto un hervido con marrano". Otro amigo que venía a su casa a comer muy a menudo les decía: "Sólo le falta ponerle marrano al café". Todos se partían de risa.

Rafael no solía cerrar la carnicería por vacaciones, pero cuando le apetecía o se presentaba la ocasión, se marchaba de viaje. Incluso llegó a cruzar el charco un par de veces. La primera fue a New York, durante quince días y la segunda, su destino fue Brasil, donde pasó cuarenta días. Amén de playas y ciudades que recorrió por toda la península y las islas. Al final se salió con la suya: trabajar sí, pero disfrutar también.

Entre sus amigotes de Murcia, había uno que era arquitecto y que había venido a comer a su casa en alguna ocasión. Cuando volvía le decía a su madre que ni en los mejores restaurantes en los que había comido le habían servido jamás unas "pelotas" (albóndigas) como las que hacía Rafael: "No sé como las hace, pero ¡qué ricas!". En una ocasión se puso enfermo. Rafael con otro amigo salieron a comer fuera y por la tarde fueron a visitarlo. La madre no le conocía, solo por las referencias que le había dado su hijo. Ésta se puso muy contenta de conocerlo y nada más tuvo ocasión le preguntó por las famosas albóndigas. Le explicó cómo las hacía y los ingredientes que utilizaba, ella decía que no lo entendía, pues las hacía igual… Claro, lo que la señora no sabía

era que los embutidos de Rafael sí que eran especiales, y por supuesto, los que daban esa esponjosidad y sabor especial a las albóndigas.

Así fueron pasando los años… Vigías perennes del destino, se vuelven implacables y siempre acaban por pasar factura. Rafael no iba a ser la excepción y ese problema en las piernas que le acompañó desde la niñez se había afianzado en el tiempo e iba acortando distancia. Cada vez estaba más presente en el día a día de su vida.

Coger un cerdo de las orejas para echarlo a la mesa y sujetarlo mientras se mata, eran demasiados esfuerzos. Y así un día con otro… un día con otro. Por más que uno se cuide y trate de calzarse adecuadamente y abrigarse lo suficiente, la humedad es demasiado traicionera y acaba por calar profundamente en los huesos, dejando su inconfundible huella.

En 1986, Rafael fue al Hospital Virgen de la Arrixaca, en Murcia, creyendo que le darían la solución, pero tras las pruebas pertinentes, lo único que se podía hacer era operarle. Al principio no quiso pese a que cada vez estaba peor, tenía las caderas hechas polvo de los esfuerzos en el trabajo, de la humedad, y también, por qué no decirlo, de comer tanto cerdo, que le encantaba, pero reconoció que era un veneno.

Rafael en su casa

Al final tuvieron que ingresarle y someterlo a una operación. Un día estando en la habitación llegaron los médicos pasando consulta y escuchó una conversación entre dos de ellos. Comentaban que aquello podía ser de nacimiento y haber traído la cabeza del fémur dañada, o también, que de pequeño tuviera poliomielitis, quizá no muy grave, ya que al parecer había pasado desapercibida, pero que eso sería sin duda la causa principal de su problema en las piernas.

En seis años sufrió tres operaciones que no le afectaron demasiado porque iba sin miedo al quirófano y porque antes de

entrar se encomendaba a Dios, diciéndole: “Señor, si me he de quedar cojo, mejor llévame contigo, y si no es mi momento y me quedo, al menos que me pueda defender”.

Lo que a Rafael sí le afectó, y mucho, fue el cierre de su negocio: ”Cuando en 1988 me operaron por segunda vez me jubilaron, porque con las dos caderas operadas ya no podía trabajar. Yo me sentía muy feliz, pero cerrar la puerta de la carnicería me costó una gran depresión de la que nunca creí fuera capaz de salir. Parecía mentira, treinta años de mi vida dedicado a algo que al principio no me gustaba y sin embargo, por mi forma de ser y el trato que llegué a tener con la gente, que eran como familia, hice de todo ello mi vida”.

Ahora Rafael está tranquilo, quizás no le apetezca salir tanto, se ha vuelto cómodo… Pero sigue tan sibarita como siempre, y sobre todo, con muchas ganas de vivir, tantas o más que siempre. Pero eso quedará para contar en otro capitulo de su vida.

LA BIBLIOTECA MUNICIPAL
ROSITA DE LA BIBLIOTECA

Si hay algo que verdaderamente enriquezca la historia de un pueblo es sin lugar a dudas su cultura. Cultura que desde sus comienzos se va incrementando por las relaciones entre sus vecinos, con otros pueblos o ciudades, por las experiencias vividas colectivamente y, también por el ánimo y deseo de superarse de cada uno de sus habitantes de forma individual. Piedra angular en tal tarea es sin duda el Ayuntamiento, desde su Concejalía de Cultura, por los actos que programa, en los que hace participes a todos los vecinos de conferencias, literatura, teatro, danza, música y, diversos eventos más de interés general, y cómo no, la institución reina de la cultura en un pueblo, su biblioteca, a través de la cual se encuentran al alcance de todos, sus libros, esencia de la sabiduría y de la cultura en general, pues ellos son una ventana abierta al mundo del conocimiento.

Rosa Contreras

A través de este pequeño relato conoceremos la historia de la Biblioteca Pública Municipal de Las Torres de Cotillas y quién mejor para hacerlo que la que fuera su encargada durante muchísimos años, Rosa Contreras Bonache. ("Rosita de la Biblioteca").

Nacida en Murcia en 1938, se afincó con su familia en nuestro pueblo, debido a los negocios de su padre, Pedro Contreras, cuya

fábrica de conservas ocupaba el recinto donde actualmente está el supermercado Mercadona.

Corría el año 1969, cuando se pensó instalar la primera Biblioteca Pública Municipal en nuestro pueblo y, justo a espaldas del Ayuntamiento, con entrada por la calle Presbítero Alfonso Férez, nº 14, tenía el acceso a sus instalaciones. Tras pasar la puerta de entrada y a través de un pequeño recibidor, se accedía a la escalera que llevaba hasta el gran salón en la primera planta donde fue instalada. Prácticamente, la luz de toda la planta era artificial. Menos el hueco que ocupaban las ventanas, el resto de paredes estaban forradas con las estanterías, autentico sostén de cientos de libros que, sobre dos grandes mesas, aguardaban ser ordenados y clasificados, por materias, temas, autores, etc.

Rosita en la biblioteca

Luego estaban las mesas, bastante grandes, con unas ocho sillas alrededor de cada una de ellas y el mostrador al lado de la entrada, desde el cual se atendía al público. Separado por unas estanterías más bajas que las demás estaba la zona infantil y, al fondo de la misma unos confortables sofás para los lectores de prensa, revistas, etc.

Para poder estar al frente de la biblioteca se necesitaba tener acabado el Bachiller Superior, estudios que tenía en su haber nuestra protagonista, Rosa Contreras, la cual se presentó a la convocatoria en julio de 1969 y fue seleccionada para tal cargo. Cuando se presentó en la Biblioteca no pudo evitar su gran sorpresa, pues lógicamente esperaba encontrar cada cosa en su sitio y no vérselas con todos los libros revueltos sobre las citadas mesas, mientras las estanterías estaban completamente vacías.

Ardua tarea como principio de su trabajo que, aunque asumió con gusto y dedicación, le ocasionó algún que otro quebradero de cabeza. La nueva Biblioteca permaneció cerrada durante tres

meses hasta que todo fue encajando como las piezas de un gran puzzle quedando en su punto. Lógicamente, aquello era nuevo para Rosa, por lo que estuvo viajando a Murcia, donde realizó unos cursos en la Biblioteca Regional, poniéndose al corriente de todo lo necesario para realizar dignamente su labor. Por fin llegó el gran día. En el mes de octubre de 1969 la Biblioteca Pública Municipal de las Torres de Cotillas, abrió sus puertas para todos los vecinos de nuestro pueblo con 900 libros en sus estanterías y con el siguiente horario: de lunes a viernes, de 9'30 a 14'00 h. y de 17'00 a 20'00 h.

Al principio, las fichas de los libros -nos cuenta Rosa- venían confeccionadas desde Madrid; las mandaban del Ministerio de Educación y Ciencia, y claro, después de los libros, también tuvo que organizar el fichero. Rosa estaba completamente sola para todo y la única ayuda se la ofrecía una simple máquina de escribir.

Vista general de la biblioteca

Lógicamente, cuando había subvenciones y ayudas, sobre todo monetarias, se compraban libros nuevos. Entonces si que tenía que abrirles las fichas y organizarlas en el sitio conveniente dentro del fichero. Por suerte, en estas bibliotecas pequeñas tan sólo había que hacerles una ficha en la que constaba el autor y el título de la obra, ya que en las grandes, son cuatro las que hay que confeccionar, porque se completan con muchos más datos.

Entonces se hicieron muchísimos carnets de socios, ya que la gente se volcó por completo, sobre todo público infantil, y a los

pocos meses, la biblioteca ya contaba con más de 1.500 socios. Fue un verdadero acontecimiento, había bastante trabajo, ya que todo era manual y, como dijimos anteriormente, Rosa estaba sola. Algunos de los lectores, sobre todo estudiantes que gozaban de mayor confianza por su asiduidad a la biblioteca, al verla un tanto agobiada, se ofrecían a echarle una mano. Era sorprendente ver las grandes colas que se formaban para solicitar préstamos de libros, desde la escalera hasta el mostrador donde Rosa atendía a la gente.

Durante unos años en la época de los setenta y, tras consultarlo a la Biblioteca Regional de Murcia que dio el visto bueno, cuando se hacía un carnet de socio se cobraban 15 ptas. al año. También existió un pequeño correctivo, con el fin de que los lectores se tomaran en serio las normas de la biblioteca y procuraran respetar el tiempo establecido para devolver los libros tras su lectura en casa; éste era de una peseta por día pasado tras la fecha acordada para su devolución. Pasado dicho tiempo, sería la propia Biblioteca Regional la que creyó conveniente que todo fuese gratuito como al principio.

Con ese dinero que se recaudaba de los carnets y de los correctivos, se creaba un pequeño fondo que lo utilizaba, cuando las subvenciones tardaban en llegar, en comprar los libros que en ese momento urgían más a los usuarios.

En el tiempo, los volúmenes fueron aumentando, pues el Ayuntamiento concedía subvenciones y sobre todo la Biblioteca Regional de Murcia, a veces también el Ministerio. Rosa, celosa de su trabajo, siempre se volcaba a la hora de adquirir nuevos libros por lo que siempre tenía preparado un buen listado de los mismos, teniendo por norma encabezarlo siempre por los más demandados por el público. Cuando alguien se acercaba buscando algo en particular y no lo había, ella lo iba anotando y cuando llegaba el momento de una nueva adquisición ahí estaban en primera fila, ya que para ella, con tal de contentar a todos los lectores, siempre les daba prioridad.

La lectura preferida por el público infantil era sin duda los Cómic: Asterix, Tintín, etc. Hubo una colección juvenil: “Los cinco” de Erid Blyton que causó verdadero furor entre la juventud sobre todo en los chicos, al igual que Puck de Lisbeth Werner entre las chicas. Posiblemente no haya adolescentes en nuestro pueblo que no las conozcan y las hayan leído. En el tiempo, Rosa tuvo que ir reponiendo los libros, porque de manidos que estaban, apenas se abrían sus páginas y estas amenazaban con desintegrarse.

La lectura de los mayores lógicamente iba por otros derroteros y las colecciones más leídas fueron las de Benito Pérez Galdós, con sus “Episodios Nacionales”, Mario Vargas Llosa, Camilo José Cela. También las obras de Cervantes: el Quijote, Las Novelas Ejemplares; “Los renglones torcidos de Dios”, de Torcuato Luca de Tena, -que acabó prácticamente deshecho y fue reponiéndose en sus distintas ediciones- al igual que “El camino” de Miguel Delibes, entre otros. La gente siempre preguntaba por las novedades que aparecían cada temporada y Rosa, como siempre mimaba a sus lectores, a la hora de hacer el listado, esas eran las primeras obras que lo formaban. Así, tanto los lectores como Rosa quedaban contentos y la biblioteca, que era lo que ella pretendía, marchaba estupendamente.

Los lectores de la Biblioteca no iban de paso, como va la gente al Ayuntamiento; permanecían muchas horas junto a ti, día a día, y se convertían así en hijos adoptivos a los que seguías muy de cerca su evolución de niños a adultos, su emoción de las primeras lecturas y la dificultad al preparar exámenes u oposiciones para lanzarse a la carrera de la vida. Y también estuviste a su lado para darles tu apoyo y consejo cuando atravesaban baches personales.

Pedro Manuel Robles

LAS TORRES DE COTILLAS

Ven y quédate

Como suele ocurrir generalmente en las bibliotecas, quizá las personas que más utilizan sus servicios sean los estudiantes, no sólo por encontrar en ellas las obras, enciclopedias, etc. de consulta, necesarias para sus estudios, sino también por el silencio que siempre reina en las mismas y que propicia el ambiente idóneo para estudiar. Esa era otra de las tareas de Rosa, el velar por que ese silencio no fuese roto en ningún momento y de ahí, que advirtiese a todos cuando traspasaban la puerta, de su importancia y el respeto que siempre había que tener por las normas establecidas. Aunque de vez en cuando había alguien que hacía caso omiso de las mismas, ya que cada temporada acudían nuevos estudiantes y estos solían ser distintos, por lo que en algún momento, cualquiera de ellos solía levantar la voz, que era atajada enseguida por un “Chisssss” de Rosa, y todo volvía a la normalidad. Más de una persona le comentaba a Rosa que sus “Chissss”, imponían y se hacían respetar.

Iba tanta gente a estudiar que se instauró un horario nocturno, éste comenzaba a partir de las ocho y media, aproximadamente, de la tarde, cuando Rosa ya acababa su jornada y, se mantenía hasta las doce de la noche, para ello se contrató exclusivamente a una chica, que cumplía con dicha función.

A Rosa le encantaba hablar con los estudiantes, a veces largo y tendido, y muchos de ellos en algunas cosas, incluso de índole personal, la hicieron su confidente. Ella disfrutaba mucho porque era una forma patente de comprobar que su tarea también era bastante humana, pues no sólo se limitaba a catalogar libros y a servir de intermediaria entre la biblioteca y los usuarios, sino que personalmente era una buena amiga, competente y servicial. Era simple y llanamente: "la Rosita de la Biblioteca".

Rosa Contreras

Cuando uno ama su trabajo, no sólo lo realiza con todas las fuerzas y ganas de su corazón, sino que lo disfruta al máximo, eso era lo que a ella le ocurría. Pues le gustaba mucho más el trato con la gente, "el cara al público", como ella misma nos cuenta, que la parte técnica de su oficio.

Porque ya no sólo era el que te pidieran un libro, sino que a muchas personas les gustaba hablar un ratito, comentarte sus cosas, que le aconsejaras alguna lectura en especial, la confianza de que si se llevaba un libro y no le gustaba inmediatamente podía volver y cambiarlo por otro. En fin, todas esas cosas hacían el ambiente y por supuesto el trabajo, bastante agradables.

Pedro Manuel Robles, desgrana en unas emotivas palabras que le dedicó a Rosa y quedaron reflejadas en un "punto de lectura", los sentimientos que surgían entre la cariñosa y simpática bibliotecaria, y la mayoría de lectores que compartían parte del día a día de su vida con ella:

> "Los lectores de la Biblioteca no iban de paso como va la gente al Ayuntamiento; permanecían muchas horas junto a ti, día a día, y se convertían así en hijos adoptivos a los que seguías muy de cerca su evolución de niños a adultos, su emoción de las primeras lecturas y la dificultad de preparar exámenes u oposiciones para lanzarse a la carrera de la vida. Y también estuviste a su lado para darles tu apoyo y consejo cuando atravesaban baches personales."

Por supuesto que surgieron a través de los años muchísimas anécdotas de todo tipo, desde el estudiante que aguardaba a que Rosa acabara su turno para que le echase una mano con los temas que le exigían en el colegio, hasta el tener que ejercer en más de una ocasión de detective, para descubrir quién se llevaba algunos libros de la biblioteca. No fue una sola vez la que detuvo a alguien en la escalera que, entre los libros de estudio o entre la ropa, se escapaba llevándoselos. “Pobres, como suele ocurrir a veces, me tomaban por tonta, o despistada, pero ya ves, antes o después acababa por descubrirlos. Les decía: “Mira, si tú quieres seguir viniendo lo puedes hacer, pero nunca olvides que los libros son de la biblioteca, ¿de acuerdo?”

Eso suele pasar en todas las bibliotecas, sean grandes o pequeñas, pues te pueden dar una dirección falsa, un teléfono que no existe, y cuando tratas de localizar a la persona es imposible dar con ella, y por supuesto mucho menos con el libro. Ciertamente en todas faltan ejemplares”.

Vista de biblioteca nueva

Iba por las tardes una niña de unos siete años, por cierto casi vecina de la biblioteca, que las matemáticas se le daban fatal, y solía llegar cuando apenas quedaba nadie para que le ayudara a realizar los problemas y cuentas que a ella tanto le costaban. Tenía la santa paciencia de esperar a que Rosa acabase su trabajo y entonces se ponían manos a la obra. Al paso de los años, cuando se encuentran, siempre le pregunta a Rosa: “¿Te acuerdas cuando me ayudabas a resolver los problemas de matemáticas?” Y ambas acaban riendo.

En otras ocasiones, Rosa, como siempre, armada de cariño y de paciencia cogía las enciclopedias para ayudarles con los resúmenes, subrayando con lápiz lo más sobresaliente e importante del autor elegido. Sin duda era un gran alivio para los estudiantes a la hora de hacer las tareas que les encomendaban en el colegio.

En una ocasión, a un gamberro le dio por tirar bombas fétidas en la biblioteca armando un gran revuelo, lógicamente la tenían que desalojar porque el olor era insoportable. Era un chico muy astuto y difícil de coger, bastante tiempo después uno de los críos asiduos de la biblioteca que lo había visto en más de una ocasión, se lo comentó a Rosa y, por fin, al saber de quién se trataba se pudo poner fin a sus fechorías.

La biblioteca iba viento en popa y ya se quedaba pequeña hasta el punto que se comenzó a decir que pronto se haría una nueva, pero hasta que esos comentarios se materializaron aún pasó muchísimo tiempo.

Mientras tanto llegó a la biblioteca un ordenador, que lógicamente sustituyó a la máquina de escribir, lo que le valió a Rosa para ir soltándose en su práctica y conocimiento del mismo. Rosa se sentía doblemente orgullosa de su trabajo, porque le encantaba lo que hacía en servicio de la gente y por haber sido la pionera en el pueblo en tal menester. Como ella misma dice: "Orgullosa por haber organizado y llevado la responsabilidad de la primera biblioteca del pueblo que cuando se cerró ya contaba en su haber con más de 11.000 volúmenes, pero también de haber estado presente por unos años en el comienzo y desarrollo de la segunda, que es magnífica. Treinta y uno fueron los años que Rosa dedicó a la primera Biblioteca Pública Municipal de Las Torres de Cotillas. Toda una verdadera institución en nuestro pueblo. No es extraño el sumo cariño de la gente hacia su persona.

Rosita en biblioteca nueva

Fue en 2001, un año después de la inauguración de la Casa de la Cultura, cuando se trasladaron a la nueva biblioteca que ocupa toda su segunda planta. En esta ocasión todo resultó perfecto. Para el traslado se llamó a una empresa especializada que empaquetó todo numerando y etiquetando las cajas, resultando después muy fácil la localización del material. Lo subieron a la

planta con una grúa y, como las estanterías ya estaban puestas, con ayuda de la nueva chica todo lo organizaron muy bien, y en poco tiempo quedó listo para empezar a funcionar.

En esta nueva biblioteca la luz es magnifica, pues rodeada de grandes ventanales, ofrece a los usuarios la oportunidad de ver todo con mayor claridad y mucho mejor que con la luz artificial, como ocurría en la primera. En esta nueva etapa, Rosa ya no estuvo sola sino que se incorporó más personal especificándose la tarea de cada cual.

Nueva biblioteca en Casa de la Cultura

Los usuarios no sólo ganaron en instalaciones más amplias y mejor acondicionadas, sino en la ampliación de servicios en otros campos, pues a parte de los libros con las secciones de infantil y adultos, tenían a su disposición: ordenadores, películas, videoconsolas, etc. y cómo no, la consecución en un tiempo mínimo de las últimas novedades, tanto en novela, como en otros temas que iban apareciendo, y que reclamaba la mente siempre curiosa del lector.

Para ellas también fue un cambio radical, pues pasaron de tener que buscar en los ficheros, -anticuados y bastante pesados-, a tenerlo todo metido en el ordenador. Cualquier título, autor, referencias, cualquier cosa que tenían que buscar, en unos segundos estaba localizada y al alcance del que lo solicitaba. Era estupendo. Incluso a veces los mismos usuarios se entretenían y lo buscaban por sí mismos, lo que agilizaba aún más su trabajo. En algunas ocasiones, Rosa mandaba a la persona directamente al lugar donde se encontraba el libro, era tanta la práctica que lo tenía ubicado correctamente: “Mira, -le decía- en la parte izquierda de la tercera estantería, hacia la mitad de la segunda fila lo encontrarás”.

Por supuesto que antes se consultaban más todas las enciclopedias y otros libros utilizados en los estudios, pero no sólo la técnica avanza sino el conocimiento de los estudiantes y, ya les era más fácil y rápido utilizar los ordenadores, pues los temas que

consultan se actualizan de inmediato, y eran más eficaces por su continua puesta a punto.

Lo que sí había decaído bastante eran las listas de préstamos, pues los jóvenes venían más a estudiar y a consultar dentro de la sala que a llevarse libros. Ya no se hacían esas largas colas de años anteriores. Sin embargo, iba creciendo otra sección de público hasta entonces poco numeroso: las madres que iban a llevar a los hijos pequeños y de paso se acercaban a que les recomendara un libro. "Comentábamos –dice- sobre el tema que les gustaría y al final siempre encontrábamos algo de su agrado. La mayoría de ellas acabaron siendo socias, incluso por problemas que tenían en casa con sus hijos, se llevaban libros de psicología".

Rosita en la cena de su homenaje

"Luego sucedía también que en la mayoría de colegios contaban con su propia biblioteca y eso, quieras o no, siempre contrarrestaba el número de personas que solía ir allí. De hecho alguna que otra profesora venía para que le asesorara como catalogar los libros para un uso más eficaz".

Poco antes de jubilarse se contaba con cerca de 17.000 volúmenes y con más de 3.500 socios, con un promedio que rondaba los cuarenta lectores por día, además de bastantes personas que visitaban la biblioteca para leer prensa o revistas.

"Algo que comprobé muchísimas veces y que me parecía muy hermoso, era que tampoco hay una edad determinada para ir a la biblioteca, hacerlo o no, no está en consonancia con los años, pues he contado siempre con personas de todas las edades, desde niños de tres o cuatro años, hasta ancianos con más de ochenta años, y si los primeros van con la ilusión de encontrar una historia divertida, los segundos con la idea de que siempre se está a tiempo de aprender cualquier cosa. Es algo hermoso y para meditar".

"Lo que más se lee en la actualidad –comenta- son novelas, pues este género ha proliferado en gran medida en el mercado. Muchos son los vecinos que participan en las representaciones que ofrece con tanto acierto nuestro Grupo de Teatro Tejuba, y

lógicamente se interesan por las obras de los autores que representan, así es que tanto Cervantes como García Lorca, entre otros, están presentes en la vida de muchos de ellos".

Hay algo que quizás nuestros lectores se pregunten y quizá despierte su curiosidad, y es que Rosa nos ha contado las preferencias de los torreños a la hora de elegir un libro determinado, pero, ¿y ella?, ¿qué le gusta leer a Rosa? Amablemente nos hizo un pequeño repaso por sus autores favoritos: "Quizás pueda parecer algo extraño, pero me encanta la obra de Agatha Christie, de hecho tengo toda su colección de novelas. Algo que me apasiona, son las biografías de personajes y, entre otros autores, me encanta Martín Vigil, García Lorca -al que he leído en más de una ocasión, aunque si he de ser sincera, me encanta oír recitar sus poemas-, Gabriel García Márquez, Isabel Allende, etc.

Entrevista de Onda 92 el día de su homenaje

Pocas semanas antes de su jubilación (y por tal motivo), Rosa fue entrevistada por un periodista del diario La Verdad de Murcia, y a raíz de su publicación recibió una emotiva carta de una lectora de dicho diario. Ella nos ha permitido publicarla, guardando por ética el nombre de la autora. Esta decía lo siguiente:

"Querida señora: No sé si mi carta, con la escueta dirección de que dispongo, llegará a sus manos, pero, aunque no la conozco, no puedo resistir la tentación de escribirle al leer en La Verdad una entrevista con usted.

La envidio. Pienso que es usted afortunada por trabajar entre libros. Una de las cosas que más amo en esta vida.

Mi padre me inculcó desde pequeña la afición a la lectura. Se lo agradeceré siempre. Es una puerta que nos permite viajar sin movernos, vivir varias vidas en una y aprender disfrutando.

Se que los libros tienen "Alma" y desde ella le agradecen sus años de cuidados y dedicación.

Como ellos no pueden, yo quiero ser su voz y darle las gracias en su nombre.

Gracias y ¡Feliz Navidad!".

Tras seis años de trabajo en la nueva biblioteca, a Rosa le llegó la jubilación a la edad de 68 años. A finales de diciembre de 2006, justo en plena Navidad, acabó su cometido como bibliotecaria. Aunque hubo un Concejal que le dijo: "Te encuentras estupendamente, tan bien que podrías estar un par de años más". Pero ella también quería dedicar el tiempo que ahora tenía libre a otros menesteres que nunca antes pudo realizar con tranquilidad, como viajar. Por cierto, cuando entablamos contacto con ella para que nos contara su interesante historia, hacía apenas unos días que acababa de regresar de Paris.

Rosita en su casa

A partir de entonces, para Rosa todo fueron felicitaciones y honores por su larga labor en nuestro pueblo, coronados por un merecido homenaje que se materializó el 21 de abril de 2007, donde no sólo fue agasajada por las autoridades del pueblo, amigos y vecinos, incluso bibliotecarios de distintos puntos de la región, sino que recibió el mejor premio por sus 37 años de entrega a su carrera: A la nueva biblioteca se le puso su nombre: "Biblioteca Rosa Contreras". Todos vieron a una Rosa emocionada y sensible, en el momento en que se descubrió la placa conmemorativa, mientras los presentes rompían en aplausos y felicitaciones a su persona.

Rosa, como la vida, sigue pletórica, rodeada de cariño y de los hermosos recuerdos y añoranzas, de tantas y tantas personas que de una forma o de otra, mutuamente, dejaron una imborrable huella en su vida. Quizás un día de éstos nos quiera contar interesantes y amables anécdotas de su viajes, pero eso, formará parte de un nuevo capítulo en la historia de su vida.

EL CASINO DE LAS TORRES
ONOFRE EL PUA

He aquí una nueva e interesante historia sobre uno de los locales más emblemáticos de Las Torres de Cotillas, y que tuvo bastante que ver durante muchos años con la mayoría de sus habitantes; nos estamos refiriendo al Casino, o mejor dicho, al Circulo Instructivo Agrícola, ya que ese era su verdadero nombre, aunque sin duda fue por el primero de ellos por el que todo el pueblo le conoció. Ya habréis comprobado que cada una de las historias que se reflejan en este libro tiene a un personaje entrañable de nuestro pueblo como hilo conductor de la misma y cómo no, ésta, no iba a ser diferente; por lo tanto, comenzaremos haciendo una pequeña reseña sobre el.

Onofre Egea

Onofre Egea Baños, más conocido como Onofre "El Púa", primero, y Onofre "del Casino" después, nació en 1933, en el nº 9 de la calle Mayor de nuestro pueblo. Hijo de Onofre Egea Verdú y de Joaquina Baños un matrimonio sencillo y humilde donde los haya, luchadores incansables por sacar a su gran familia adelante, en unos tiempos no muy fáciles que digamos, por lo que había que trabajar muchísimo.

Cada uno de los nueve hijos que tuvieron procuró colocarse lo antes posible para ayudar a sus padres y después, como es lógico, trataron de labrarse un futuro acorde a sus posibilidades. Onofre, que por cierto goza de una memoria espléndida, nos cuenta que ya trabajaba en el primer Casino que hubo en las Torres, instalado en el edificio situado junto a la casa del Maestro D. Ángel Palazón, en la calle Mayor. Recordarán muchos de nuestros lectores que depués, dicho edificio se convirtió en la primera sucursal del Banco

de Murcia, posteriormente en la Cafetería Pub Larros y actualmente, es un solar en blanco.

Como es sabido, a la mayoría de vecinos de nuestro pueblo se les suele conocer por los apodos más que por sus propios apellidos, por lo que antes de meternos de lleno en la historia que nos ocupa surge una pregunta de rigor: ¿Por qué Onofre "El Púa"?

"Es muy sencillo, -nos dice- durante un tiempo estuve trabajando en la fábrica de Pedro Contreras y me dedicaba al arreglo de las cajas de la fruta. Sustituía las tablas rotas por otras nuevas. Un día vinieron a buscarme, y cansados de llamarme por mi nombre que yo no escuchaba por el ruido de los martillazos que daba, me gritaron diciendo: "¡Eh, el de las púas!". Y a partir de entonces, ya sabes como es la gente, me adjudicaron el sobrenombre de "El Púa". Pero vamos, que no tuve ningún problema con eso, sé que era algo cariñoso. De día trabajaba en la fábrica y cuando salía, ya de noche, iba al Casino".

Al antiguo Casino se accedía desde la calle a través de una puerta de madera y cristal, tras la cual había como un pequeño *hall* también de madera, con una puerta más que ya daba directamente al gran salón. A la izquierda se encontraba una puerta, mejor dicho, un marco sin puerta que daba acceso a la cocina, que según nos cuenta Onofre ya existía desde la guerra, donde instalaron un poyo bastante largo para colocar todos los utensilios de cocina. Tras el marco, una pequeña cabina que encerraba el teléfono y a continuación comenzaba la barra que era de obra, en color oscuro y con una gran piedra de mármol blanca. Al fondo del salón una puerta más que daba acceso al patio, completamente descubierto, en el que se encontraban los retretes.

En dicho salón estaban situadas varias mesas de madera con sus respectivas sillas, y justo en el centro se colocaba en el invierno una estufa de serrín, la cual, cuando más tranquilo estaba todo el mundo, parecía cobrar vida propia y soltaba unos fogonazos tremendos. Los que estaban sentados alrededor, salían corriendo con algún que otro restregón negro en la cara, debido al humo y las cenizas que arrojaba.

En aquel tiempo estaba de presidente D. José Navarro, más conocido como "Pepe el Conserje", que regentó la cantina del Casino durante algunos años. La asistencia era muy estricta, pues sólo le era permitida la entrada a los socios, ni a mujeres ni a niños. Cuando alguien se presentaba buscando a su padre o hermano, se avisaba al camarero y éste les daba la razón.

Como en todos sitios hay gente para todo, al parecer algunos de los socios del Casino eran un tanto brutos, o al menos tenían

una forma de gastar bromas, no sólo pesadas sino un tanto peligrosas. Uno de esos casos ocurrió un día en que el cura del pueblo entró a llamar por teléfono y a cierta persona no se le ocurrió otra cosa que echarle una carretilla encendida por la parte alta de la cabina. No hace falta echarle mucha imaginación para adivinar en qué estado salió el pobre cura.

En otra ocasión dos de los socios jugaban al parchís y uno de ellos con muy mal perder, al acabar la partida, colocó el tablero por sombrero al contrincante. Incluso hubo alguien que superó cualquier barrabasada, como el que no quiere la cosa, uno de los socios más conocidos no se le ocurrió otra cosa que subirse a una de las mesas y defecar encima. Lógicamente no damos nombres para evitar herir la sensibilidad de familiares o conocidos.

Onofre y su equipo en el Casino

Onofre llevó la cantina durante los cuatro últimos años de existencia del viejo Casino. En el verano sacaba mesas y sillas a la puerta montando una pequeña terraza, y se encargaba también de preparar actos y eventos, sobre todo en las fiestas del pueblo.

He aquí una buena anécdota ocurrida en una de las Fiestas Patronales: Onofre junto a su hermano Domingo, fueron a pedirle a Carrillo que les dejara “el corralón” porque tenían pensado hacer un baile; como el piso era todo de tierra decidieron hacer una pista de cemento en el centro, por lo que llevaron varios camiones con la masa preparada para tal fin. Una vez arreglada, pusieron unos postes de madera alrededor de ella que adornaron con unas ramas de pino y unas luces. Como entonces todas las bombillas eran blancas, -aún no había luces de colores-, los hermanos compraron pintura roja y las pintaron, poniéndolas tras secarse, sobre las ramas de pino.

Al parecer, como era ya costumbre, dos personas del pueblo lo denunciaron, no sabemos con qué intención, si por frenar la competencia, o porque verdaderamente algunos creían que los que iban a bailar los poseía el demonio y eran un foco permanente de tentación. Pues recordemos los carteles que se exhibían en algunos lugares: Una pareja bailando y a la chica le pintaban cuernos y un

rabo que le salía por debajo del vestido. Muy aparente, la verdad sea dicha.

Todo quedó bastante bien, sólo faltaba que la gente se decidiera a ir. Lo que nunca se imaginaría Onofre era que el cura, D. Rafael, desde el púlpito le hiciera la mejor de las propagandas: "Todo el que vaya a ese baile en el rincón de Carmelo, estará en pecado mortal, en esas luces rojas que rodean la pista de baile está el demonio. Lo advierto, los que vayan estarán condenados al infierno". ¡Que barbaridad!, encima que el tiempo se las traía y posiblemente se pusiera a llover de nuevo, faltaban las amenazas del párroco. Ya era una costumbre en él, ya que durante muchos años durante las fiestas, solía esconderse entre los limoneros del otro lado de la acequia a vigilar el baile de las verbenas, y luego en el sermón del domingo pasaba lista poniendo a ciertas personas "de verano", por decirlo de alguna manera.

Primera barra del Casino

El día de la verbena llovió insistentemente y delante de la puerta se había formado un gran charco de agua en el que depositaron varios sacos de serrín hasta que quedó seco y se podía pasar sin dificultad. Onofre, puso a su hermana Joaquina de taquillera, se acercaba la hora y casi estaban seguros que no iría nadie, ante lo que parecía un complot en toda regla de amenazas por doquier. Pero se equivocaron, el tiempo mejoró y a los quince minutos de abrir la puerta no cabía ni un alfiler. No podían salir de su asombro. Ni qué decir cual fue el tema a tratar en los sermones del cura los domingos siguientes.

Como estaba denunciado, a punto de empezar el baile se presentó la policía preguntando por el responsable. Ahí estaba Onofre una vez más apechugando con todo.

- ¿Ud. no sabe que está prohibida la entrada a menores de edad?, le espetó el policía.
- ¿Cómo?... Pero si no hay ninguno.
- Haga el favor de encender las luces blancas.

Al hacerlo parecía que había salido el sol de lo bien que se veía todo. Onofre no sabía donde meterse. La pista estaba llena de ellos, corriendo de aquí para allá.

- Bueno… estos son los hijos del dueño" –Claro, encima que no me cobraron el alquiler, no les iba a negar la entrada, eran todos los Carrillos-.

- ¿Todos?, -decía un tanto perplejo- ¿pues cuántos hijos tiene este Sr.?

- Bueno, es que son tres hermanos y cada uno de ellos tiene ocho o nueve…

- Póngame un café, -le dijo el policía frotándose las manos-, parece que hace frío.

Onofre le advirtió a su cuñado que le pusiera algo de coñac dentro de la taza, a ver si se calentaba un poco, se le pasara el frío, y se olvidaba también de los críos.

- Está muy bueno… -cuando acabó pidió de nuevo-. Póngame Vd. otro.

Total que al final, acabamos todos un poco contentos y el policía dijo que por ser la noche que era lo pasaba por alto, pero que había que arreglar lo de la denuncia. Entonces, el chófer que lo acompañaba le dijo a Onofre quienes eran las dos personas que le habían denunciado.

Barra repleta de clientes

En las fiestas de otro año se celebró una corrida en la que toreó "El Atila" y dos toreros más. Tras acabar con el animal, como no tenían mulas para arrastrar al toro, tuvieron que traer un tractor, y así lo pudieron sacar del recinto. Por la noche, Onofre había preparado baile en "el corralón" con una atracción que había contratado en Murcia a Espectáculos Barceló. Se trataba del Trío Águila, formado por dos chicos y una chica, algo ligerita de ropa que amenizaban las fiestas cantando.

En aquel tiempo estaba muy presente la censura, lo mismo en el cine que en cualquier espectáculo; en el pueblo el encargado de la misma era D. Pedro, el maestro de escuela. Éste se acercó a ver a Onofre y le dijo que lo habían denunciado porque la chica que

había contratado apenas llevaba ropa durante la actuación y tenía que acompañarle para hablar con ella. Onofre, se reía diciendo: “qué le vamos a hacer, vamos”. Estaba más que acostumbrado por otras ocasiones, ya que no era la primera vez que lo denunciaban. La chica en cuestión les mostró la ropa que se pondría durante la actuación y las dos piezas que luciría llevaban un sello por la parte interior, que demostraba que la censura permitía ese vestuario cara al público.

D. Pedro le dijo a Onofre: “lo siento, pero es mi obligación. No te preocupes, pueden actuar porque todo es reglamentario”. Lo que no era tan reglamentario fue lo que ocurrió a la hora de la actuación, pues, cual no fue su sorpresa cuando se enteró por mediación de un amigo que también habían sido contratados por D. Salvador Escrivá y estaban anunciados en ambos sitios para actuar el mismo día.

Al parecer tenían pensado actuar primero en el baile de Onofre y más tarde ir con Escrivá. Onofre no dijo nada, pero apenas comenzaron su actuación, cuando llevaban dos canciones, dijeron que ya no cantaban más porque se tenían que marchar. Éste no salía de su asombro y amenazó con denunciarles a la Guardia Civil si no cumplían su contrato. Temerosos ellos de meterse en un buen lío, no le cobrarían nada por la actuación, que todo había sido un error de la empresa al firmar dos contratos para el mismo pueblo y casi a la misma hora. De esa manera se escaparon, aunque los que asistieron al baile apenas los pudieron disfrutar.

Estas referencias nos las cuenta nuestro protagonista para darnos a conocer el ambiente que reinaba en el antiguo Casino y por qué no, en algunos momentos especiales de nuestro pueblo. Por el tiempo que estuvo trabajando en él, nos imaginamos la gran experiencia que tenía como camarero y jefe de barra, antes de comenzar a trabajar en el nuevo.

La idea de un nuevo Casino se fraguó entre veintiuna personas de las más solventes del pueblo en aquellos años sesenta, por supuesto, socios del viejo Casino. Entre todos acordaron hacer el edificio de lo que sería el Circulo Instructivo Agrícola, o sea el nuevo Casino de las Torres de Cotillas. Para ello, se hicieron unos documentos que avalaron con sus firmas para poder cubrir los gastos que generara la obra y así pagar, tanto a los albañiles como los materiales de construcción que les servía la empresa Vda. de Vera Meseguer de Murcia.

Esas personas, primeros socios del Casino, entre otras fueron las siguientes: Pedro Fernández, Pedro Contreras, Fernando Beltrán, Vicente Ruiz de Zárate, José Zapata Pérez, Antonio

Tobalo, Juan Antonio “de la Rodriga”, los hermanos Juan y Antonio “de Alejo”, Juan Hernández Lozano, Juan Baño, Jaime y Jesús Rubio, Pedro José y Marcelino “los Berenjena”, Agustín Dólera Pérez y Joaquín Vicente Carrillo.

La familia Egea vivía pegada al edificio donde se iba a construir el nuevo Casino, y una de las habitaciones de su casa, casualmente, se adentraba en el solar del mismo, por lo que llegaron al acuerdo con tal de cuadrar el solar, que ese trozo entraría a formar parte del nuevo edificio a cambio de que la cantina del mismo la regentaría Onofre.

Los buenos clientes del Casino

La obra fue viento en popa y se acabó justo para la fecha acordada para su inauguración. Apenas unos días antes, el viejo Casino cerró para siempre sus puertas. El nuevo edificio constaba de dos grandes salones y una terraza, con dos puertas de entrada, la principal que daba a la calle Mayor y la segunda a la calle Alfonso Férez -por donde se accedía a la cantina y a los servicios, así como a las escaleras que subían a la parte superior-. Sólo una puerta frente a la barra le separaba del primer salón. También tenía varios reservados donde se reunían los socios a jugar ciertas partidas, celebrar alguna reunión o para otros menesteres.

Desde la segunda planta se accedía a la terraza, tan grande como todo el edificio. Los dos salones estaban rodeados de grandes ventanales que daban al exterior, con lo que siempre había una luz extraordinaria, regulada por unas persianas de color verde. Un mobiliario confortable y un buen ambiente hacían del Casino el lugar ideal para pasar un buen rato.

El día 1 de mayo de 1962 se inauguró oficialmente el Casino, siendo un acontecimiento social en Las Torres de Cotillas. Sólo estaba abierto para los socios y no se admitía la entrada de otras personas, menos a la cantina, que tenía su propio espacio y en las fiestas, como después veremos, donde se celebraban todo tipo de eventos. Los socios iban a leer la prensa, a jugar a distintos juegos (dominó, ajedrez, etc.) y a charlar los días que su trabajo se lo

permitía, sobre todo los domingos, sin faltar ninguno a la hora del vermut.

A la plantilla de camareros, con Onofre a la cabeza que entonces tenía 27 años, se le exigió que fuesen vestidos con pantalón negro, camisa blanca, pajarita negra y chaqueta blanca. Muy elegantes, pero ya se sabe, un tanto incómodo para servir, sobre todo cuando llegaba el verano y apretaba el calor. Un día, Onofre invitó a marcharse al entonces presidente Francisco Sandoval Fernández por ir en mangas de camisa. Fue a partir de ese momento cuando se permitió a los camareros ir sin pajarita y sin chaqueta.

El primer Presidente fue Fernando Beltrán, que estuvo cerca de dos años. Todo marchaba muy bien y los 21 socios estaban cada día más contentos con la iniciativa de haber formado el Casino. Por cierto, la primera cuota que se acordó pagar por ser socio, era de diez ptas., tiempo después subió a quince y luego a veinticinco.

Aunque las normas eran muy estrictas, Onofre hacía la vista gorda, y alguien se "colaba" sin que él lo supiera. Esa era la excusa que empleaba cuando le decían que fulanito o menganito estaba leyendo la prensa en el salón y no pertenecía al círculo. Otras veces contestaba: "si los pobres no tienen dinero para hacerse socios, qué le vamos a hacer". Tan bien funcionaba, pues se comentaba en todo el pueblo, que muchos fueron los vecinos que no dudaron, nada más tuvieron la ocasión, de afiliarse y convertirse en nuevos socios. Lo que no parecía tan estricto era el horario de apertura y cierre, pues prácticamente estaba todo el día abierto y buena parte de la noche.

Normalmente Onofre tenía contratados a dos camareros, pero durante las fiestas o en ocasiones especiales, siempre contaba con la familia que sin pensarlo dos veces venía a echarle una mano y las que hicieran falta. Entre esos camareros se encontraba Pedro, un buen muchacho que Onofre se trajo de Ceutí y que se dedicaba a las faenas de la huerta, al que enseñó el oficio. Se colocó en la fábrica de conservas de Fernando Beltrán y cuando salía de allí iba de camarero al Casino. Era tan buena persona y puso en él tanta confianza que cuando Onofre se casó y marchó de viaje de novios, le dejó cerca de un mes a cargo de todo. Según cuenta Onofre, era para él como un hermano más. Permaneció en el casino muchos años, hasta que Fernando Beltrán inauguró el Restaurante San Antonio, junto a la gasolinera y lo llevó allí a trabajar para él.

Hubo otros camareros que trabajaron por un tiempo más o menos largo, pero uno de los que permaneció alrededor de ocho

años trabajando con Onofre en el Casino, fue Juan Antonio, el hijo de Isabel “La Gallega”.

Los presidentes de la Junta Directiva del Círculo Instructivo Agrícola eran renovados, al parecer, cada dos años, y entre ellos lo fueron: Fernando Beltrán, Francisco Sandoval, Joaquín Vicente, Marcelino “de Berenjena”, Tirso “de Morell”, etc. El Casino, en su mejor época, llegó a contar con 420 socios.

En uno de los reservados del Casino se instaló en el año 1968 la oficina del Cotillas F.J. cuya dirección estuvo a cargo de Onofre Fernández Verdú, durante muchos años.

Demostración de habilidad de Onofre

Al igual que en otro de ellos hacía sus reuniones la Asociación de Colombicultura del pueblo, que entonces tenía mucho auge. Su presidente consiguió que un año se celebrara el concurso a nivel regional y asistieron muchísimas personalidades de Murcia y pueblos de alrededor. Hubo una cantidad tremenda de premios en todas las categorías, cuyos trofeos, Onofre los tuvo expuestos en unas estanterías tras la barra. Los que prepararon el concurso dejaron los salones preciosos arreglados con guirnaldas de flores, que alabaron cuantos vinieron al acto de entrega de premios.

Como ocurrió con otros locales de Las Torres, cuando se instaló el televisor en el salón de la planta baja, muchísimas personas se asomaban por los ventanales para mirar; aquello era digno de ver, incluso algunos hasta se llevaban su silla y se sentaban en la baldosa y pasaban las horas viendo la televisión.

Cuando llegaba la Navidad se celebraban bailes por la noche, utilizándose los dos salones que siempre se ponían a rebosar, pues casi todo el pueblo venía a pasar un buen rato. Los primeros en ambientarse para la ocasión eran el propio Onofre y los camareros, que se ponían un gorrito, un bigote y saludaban a los clientes con serpentinas y confetis, además del típico matasuegras. Pero lo mejor de todo era el buen ambiente, nunca pasaba nada, era como una gran familia pasándolo bien hasta altas horas de la madrugada.

Uno de esos años, Onofre le pidió a un amigo que le pintase un cartel anunciando el Cotillón de Noche Vieja para ponerlo en la puerta. Quedó precioso: le pintó unas campanas y, cómo no, las famosas uvas junto a unas copas, y cuánto se ofrecía para esa noche tan especial. A raíz de ese cartel denunciaron a Onofre, y pocos minutos antes de comenzar el baile, se presentó en el local la Guardia Civil. Preguntaron por el responsable y el sargento le dijo que ya podía decir a la gente que se marchase por donde habían venido ya que allí no se celebraba baile alguno. Cuando Onofre le pidió explicaciones, éste le dijo que lo habían denunciado ya que ese baile era un total engaño, pues los artistas anunciados, precisamente estaban esa noche en el programa especial que emitía TVE.

El "maestro" y su cuadrilla

Onofre le pidió al sargento que saliese a la puerta y leyese bien lo que decía el cartel, éste pensó que quería tomarle el pelo, pero ante la insistencia de Onofre, éste lo hizo, entonces si que entró disgustado, después de tener que venir de Alcantarilla y de abandonar a su familia en una noche tan especial, le habían mandado para solucionar una soberana majadería. El motivo de la denuncia era porque según el cartel anunciaba la actuación de Los Mismos. Pero el cartel decía textualmente: Actuación de los Mismos… del año pasado. Dos trompetas y un batería que amenizaban con sus ritmos los bailes de Casino. Bailes, como decimos, de lo más familiar y divertido, donde primaban los pasodobles, las rumbas, etc. y sobre todo, donde la gente se lo pasaba fenomenal.

De todos era conocido que Onofre era un gran forofo del fútbol. De joven, como él mismo nos cuenta, lo era del Bilbao y, después y hasta la fecha, del Barcelona, hasta la médula. Pero con igual pasión e intensidad lo era de los toros. Le gustaban tanto que cada vez que pudo no se perdió ni una corrida, hasta el punto de haber vivido la fiesta, y nunca mejor dicho, en sus propias carnes.

Durante las Fiestas Patronales de 1970, Onofre estaba desempeñando su oficio y se presentaron Jaime Rubio, Pedro Contreras, Vivancos, entre otros socios más del Casino, diciéndole:

- Pero Onofre, con lo que te gustan los toros, y estás aquí metido, ¿es que no te has enterado de la corrida de esta tarde aquí en Las Torres? ¿No piensas ir a torear? Él, pensando que se trataba de una broma les siguió la corriente y contestó:

- Si, pero yo si no voy con traje de luces no toreo.

Enrique, haciéndose portavoz de los presentes, dijo:

- No se hable más, cueste lo que cueste hay que traer un traje de luces para Onofre.

Él se reía siguiéndoles la broma, hasta que éstos se marcharon, pero apenas había pasado una hora, alguien le llamó para que subiera al salón de arriba. Cuál no fue su sorpresa, allí le estaban esperando los que le había dicho de ir a la corrida, acompañados de un traje de luces, oro y blanco, precioso. Pero hubo un problema, Onofre estaba con sus ochenta y dos kilos de peso, un poco lleno de más para embutirse los pantalones del traje, por lo que tuvo que ponerse otros de vestir, pero eso sí, la chaquetilla se la metió como pudo. También la montera, y como no, la espada y el capote, de esa guisa ya estaba listo para la faena.

El torero "El Pua" con su hermana

Salieron a la calle y empezaron a tirar cohetes. Cada vez había más gente que se sumaba al espectáculo de ver a Onofre vestido de torero, así que empezaron a correr carretera arriba, acompañados por toda la gente como si fuese el paseillo de una corrida de verdad, y llegaron hasta Alguazas. La gente que lo veía al conocerle, decían: “¡Pero coño, si es Onofre!”. Sumándose también al cortejo. Allí dieron la vuelta y regresaron de nuevo a Las Torres. Onofre iba muy serio, muy puesto en su papel de matador, aunque los pantalones delataban que era un torero un tanto atípico, lo que hacía que la gente aún se riera más.

La sorpresa para Onofre fue bastante grande, ya que no sabía que habían montado una plaza para la corrida. “Todo el pueblo estaba allí –nos dice- y no creas que me invitaron a entrar, no, me cogieron y me echaron por encima de la barrera. Todo el mundo se fue a su sitio y yo me quedé hincado de rodillas esperando a la vaca, que ni siquiera había visto y no sabía si era grande o pequeña. Cuando la soltaron y la ví frente a mí, grité con todas mis fuerzas: ¡¡¡La vaca!!!! La corrida fue un éxito, después de unos cuantos pases y unas cuantas vueltas a la plaza, corriendo claro, me sacaron a hombros gritando: “¡Hala!, que ha sufrido una cogida, vamos a llevarle al médico”. Dicho y hecho, casi toda la plaza le acompañó a la consulta de D. Pedro Fernández. Éste salió con la bata blanca puesta y el fonendoscopio al cuello, diciendo: “Atención, parte facultativo del torero: -se hizo un silencio sepulcral- que lo duchen”. Ni qué decir que la multitud casi acaba por los suelos de la risa.

Juanita y Alejandra con los trofeos

Acto seguido le escoltó la Guardia Civil, que siempre estaban presentes en cualquier acto público por si ocurría algún percance, hasta las escuelas, pues entonces era donde se celebraba el baile durante las fiestas. La calle estaba llena de gente y de puestos de turrón, dulces y cascaruja, y el pobre Onofre, cansadísimo de tanto ajetreo, aún le seguía la broma a uno de los guardias que le decía: “¿Onofre, sabes si hubo corrida de toros esta tarde?” A lo que contestaba: “pues no lo sé –y yo iba aún vestido de torero-“. Cuando por fin fue a quitarse la parte del traje de torero, o sea la chaquetilla, no podían hacerlo y tuvieron que descoserle las mangas que se le habían pegado a los brazos que iban sangrando, igual que los costados, pues le quedaba tan estrecha y era tan dura, que de tanto movimiento se los había lisiado.

A otro día, el Sr. al que le habían alquilado el traje, al parecer por doce mil duros, vino a recogerlo, estaba sobre una mesa muy bien doblado, pero estaba todo manchado de sangre y la chaquetilla no tenía las mangas en su sitio. Le invitaron a tomar unas cervezas y langostinos y se puso un poco contento, tanto, que al final no les cobró el alquiler del traje. Se supone la sorpresa que se llevó al llegar a su casa y sacar el traje para lavarlo y ver la chaquetilla sin las mangas.

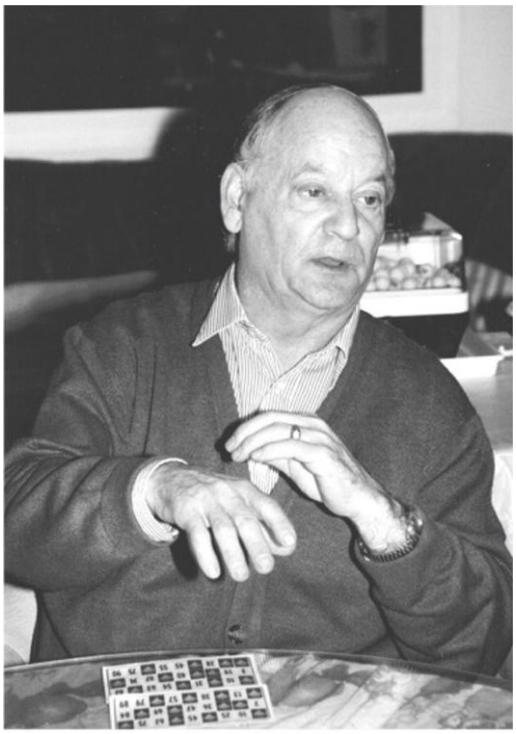
Onofre tiene muchas anécdotas de otras fiestas y que tienen que ver con los toros, sobre todo con la célebre vaquilla. Por ejemplo, una de las corridas que se celebró en la calle Mula, que era cortada con unos grandes troncos para que la vaquilla no escapara, y también en los laterales a modo de barreras para que la gente viera y estuviera protegida. Ese día se encontraban allí Pepe Belchí y Antonio "el relojero", que era de Alcantarilla, pero tenía un pequeño taller en la misma calle Mula, donde vendía y arreglaba relojes y joyas. Estos llevaban una cámara de hacer fotos, de aquellas antiguas de madera que iban sobre un trípode y se ponían un trapo negro por la cabeza para hacerlas. Pues andaban empeñados en hacerle una buena foto a la vaca.

Tan ensimismados estaban que en un quiebro que hizo el animal le perdieron de vista. Como eran tan bromistas, el relojero, que tenía la cabeza tapada con el paño negro, notó que le estaban achuchando y no paraba de decir: "¡Estate quieto Pepe!". "¡Qué pesado eres!". "¡Joder estate quieto!". Hasta que pudo comprobar al sacar la cabeza de debajo del trapo que Pepe se hallaba a una distancia más que respetable de allí y quien de verdad le estaba achuchando era la mismísima vaca. Asustado, dio un salto cayéndose al suelo y la máquina con él. Otro amigo que no andaba lejos se reía con todas sus fuerzas de ver la escena, y la vaca atraída por las carcajadas se fue hacia él y del golpe que le dio lo tiró al suelo perdiendo dos dientes.

Pero ahí no acabó la fiesta, de tanto subir y bajar la gente sobre los troncos lograron que se soltasen y al final la vaca se escapó, y le dio por echar una carrera hacia la puerta de la fábrica de Carrillo, justo a la hora que las mujeres salían de trabajar, menuda espantada, que susto se llevaron las pobres. También arremetió con el puesto de hacer churros que andaba cerca y todos acabaron por los suelos. La vaca que a estas alturas ya andaba un tanto locuela y nerviosa, entró por la puerta de la fábrica y se las vieron y desearon para poder llevarla de nuevo al recinto de la calle Mula.

Así iba transcurriendo el tiempo, pero poco a poco, el Casino, pese a la cantidad de socios que tenía, ya no era como al principio, que todos estaban a una y, cualquier cosa que pasara la reacción era unánime y se resolvía sin más. Al parecer una mala gestión le estaba poniendo entre la espada y la pared.

Empezaron a devolverse las letras que aún quedaban pendientes con la empresa que les había suministrado los materiales en la construcción del edificio, Viuda de Vera Meseguer de Murcia. Aunque Onofre, dentro de sus posibilidades se hizo cargo de alguna de ellas, la situación llegó a ser tan acuciante que la empresa les dio un ultimátum; o liquidaban la deuda pendiente o el Casino sería embargado.



Onofre en la actualidad

Su presidente por entonces, Tirso "de Morell", convocó una junta en la que se pretendía sacar a la venta unas acciones para ver si con ello se podía paliar de alguna manera dicha deuda, pero esto tampoco resultó ya que cuando una asociación de este tipo, -así constaba en sus estatutos-, se disuelve, los fondos que hayan no se reparten entre los socios, sino que van a parar a una asociación o centro de carácter benéfico, con lo cual la idea no cuajó entre ellos y nadie quería comprar dichas acciones. Poco tiempo después la amenaza de la empresa acreedora se ejecutó, embargando el edificio del Casino de Las Torres de Cotillas, por la deuda pendiente, en total un millón y medio de ptas.

Todos quedaron desolados, pero nadie puso remedio a la cuestión. Uno de los socios tuvo unas palabras muy duras para con el presidente: "Puedes estar orgulloso, ni el Casino podía ir a más ni su presidente a menos". Un tiempo después, el Casino salió a subasta en Alicante y, los que más interés tenían en ello decidieron ir con la esperanza de poder hacerlo suyo.

"Nos presentamos –comenta Onofre- varios de los socios en la Explanada de Alicante, justo en la Cafetería Las Vegas, donde quedamos en reunirnos para asistir a la subasta. Me acompañaba en esta ocasión mi hermano Diego, que estaba de director general en un banco en Barcelona y vino con D. Juan Huertas, el abogado

de Ruiz Mateos, del que era muy buen amigo, pues en más de una ocasión había estado en su finca, pasando entre la familia unos buenos ratos. Mi hermano me preguntó: “qué nombre le vas a poner al Casino, porque yo sé que te lo vas a quedar”. “Pues mira, he pensado ponerle Las Vegas, en recuerdo de esta cafetería”.

“Cuando le tocó el turno al acta del Casino, todos los socios que habían ido estaban presentes, salió el alguacil a llamar, nombrando a Onofre Egea y pidiéndole que se personase en la sala. Los demás interesados iban y venían por los alrededores pero al parecer no estaban muy dispuestos a gastar ese dinero, por lo tanto, tal y como le había augurado su hermano, Onofre fue el que se hizo cargo de la deuda y el edificio pasó a su nombre. Aunque muy poco tiempo después alguien se lo quiso comprar por el doble del importe que éste había pagado.

Onofre en su casa

Así fue como tras catorce años de actividades (1962 – 1975) el Casino de las Torres de Cotillas, dejó de ser el Circulo Instructivo Agrícola para convertirse en el Bar Las Vegas, cuyo único dueño era Onofre Egea Baños.

A partir de entonces su aspecto interno fue cambiando, pues unas pequeñas reformas se encargaron de ello. La barra pasó a estar situada en la parte izquierda del salón principal, con lo se amplió el espacio para que la gente estuviera más a sus anchas, y la barra en sí ganó en longitud y presencia. Los torreños en general siguieron disfrutando del local, pues ahora sin la estricta rigidez de tener que ser socio para poder entrar, lo hacían con plena libertad.

Se celebraban bodas, bautizos y cualquier otro evento social en el salón superior, que siempre se llenaba hasta el techo. En el verano se hacían bailes en la terraza, no sólo en las Fiestas Patronales sino con cualquier otro motivo de celebración. Incluso se montaba una barra con mesas y sillas alrededor y se dejaba el centro a modo de pista de baile. Una vez a la semana, Onofre cedía el salón para que la juventud hiciera baile. Uno de los chicos se

ponía en la puerta para cobrar la entrada (cinco ptas.) con el fin de tener para los gastos y así se divertían montando sus propios guateques.

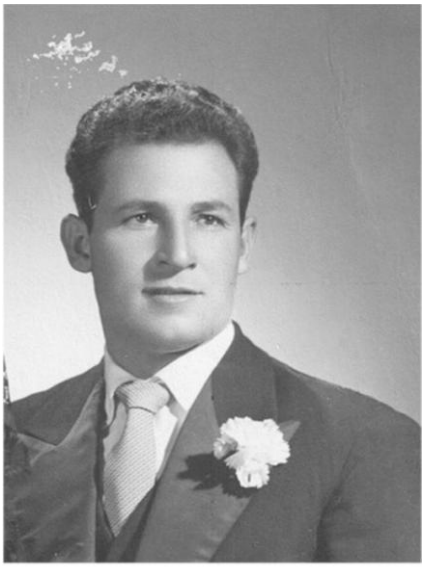
Ruiz Mateos, pregonero de las fiestas del pueblo, aprovechó para dar las condolencias a la familia por la muerte de su hermano Diego.

"En aquellos años -nos dice Onofre-, la gente era de manera diferente, todos se respetaban más, si ocurría cualquier percance, como se suele decir: nunca llegaba la sangre al río, con dos palabras bien dichas todo quedaba zanjado. Pero ahora, hay que tener mucho cuidado porque como te metas, en vez de poner paz, si te descuidas te ves implicado en el incidente y también te llevas tu parte. Todo ha cambiado, unas cosas para bien, pero otras…"

Eso es, otras que quedarán guardadas para formar parte de un nuevo capítulo en la vida de Onofre Egea Baños.

LA PRIMERA ZAPATERÍA DEL PUEBLO
PEPE EL ALEGRÍA

José Egea Sánchez, alias “Pepe Alegría”, nació en Las Torres de Cotillas el 13 de marzo de 1928. Hijo de José Antonio Egea y Joaquina Sánchez, fue el segundo de 5 hermanos. Antes de comenzar con esta singular historia, nos interesamos por la procedencia del apodo que abarca a toda la extensa familia, explicándonos que provenía del segundo apellido de su abuelo paterno Antonio Egea Alegría. Aclarado esto, Pepe comenzó a evocar el pasado y a desgranar toda clase de recuerdos que afloraban entre nostalgias, añoranzas y sonrisas.


José Egea

“He trabajado toda la vida, lo mismo de día que de noche, dedicándome a la agricultura con mis padres. En todos esos años, pese al gran trabajo que representaba, la disfruté ya que me gustaba mucho. He llevado hasta 20 tahúllas de tierra de las que al menos 12 ó 14 las ponía de patatas. Entonces no había maquinaria para trabajar la tierra y todo tenía que ser a mano a fuerza de azada y legón. Me he cargado más sacos que pelos tengo en la cabeza. Sacos de 80 kg que cogía con la mano y me los echaba al hombro como si nada, estaba fuerte y muy sano. En cierta ocasión cargué uno que pesaba 130 kg y se tuvieron que juntar tres tíos para cogerlo, claro que entonces tenía 26 años”.

“Los bancales no siempre estaban cerca del camino y había que ir cargado con los sacos hasta el mismo por las sendas, bastante estrechas y con dificultades en su mayoría, lo que hacía

más gravoso el transporte, unas veces a hombros y otras en bicicleta, la cual se tenía que sujetar con fuerza ya que nada más torcer un poco el manillar, allá que iba el saco y la bicicleta al bancal del vecino, y si uno no se andaba listo iba detrás".

Pepe tenía cuatro "cherros apesebráos" en las cuadras de su suegra, 20 borregos en casa de su padre, y era raro el día que no iban a cavar una tahúlla de panizo o de pimientos antes de ir a coger fruta. Se juntaban cuatro o cinco: su amigo "el Risos", "Quico el Mulato", su hermano y otros. Cuando llegaban a la huerta, si las cuadrillas cogían seis o siete cajas cada uno de los que las formaban, ellos lo tomaban a destajo y salían a diez, para que de esa manera no pudieran decir que si llegaban un poco más tarde al bancal su trabajo era menor que el de ellos.

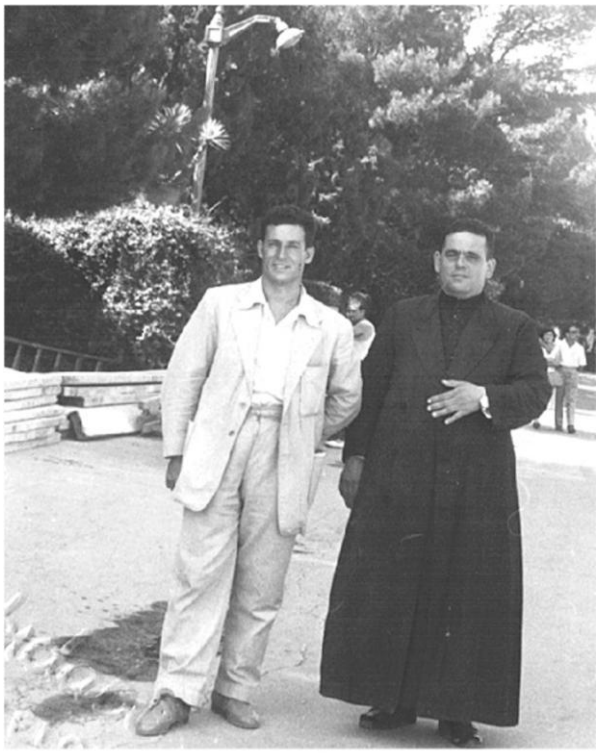
Pepe en la recolecta de patatas

"Recuerdo un día -comenta Pepe-, que Rosario, la madre de mi pariente "Pepe el Montes", que era prima de mi madre, vino a mi casa preguntando por mí: "¡Hola!, ¿ha venido el zagal?" "No tardará en venir pues se fue a trabajar, pero por la hora que es creo que no ha de tardar". Venía a que Pepe le buscara una cuadrilla de cuatro o cinco jornaleros para ir a arrancarle las patatas a Cutillas, en el barrio de San Pedro. Ellos las arrancaban y luego iba Rosario con su hija y algunas mujeres a recogerlas, porque nada más acabar, la cuadrilla se tenía que ir a coger fruta. Por la tarde, tras la faena de la fruta, volvían al bancal para sacar los sacos que dejaban en el camino y luego, los cargaban en el carro para llevarlos a su casa.

La vida era muy sacrificada y sólo “matándose” a trabajar, se conseguía salir adelante. Tras la faena de la tarde, Pepe, tenía que ir a segar cuatro o cinco haces de hierba que llevaba a su casa en la bicicleta. Ponía un par de ellos en los pesebres y los otros los dejaba para la mañana siguiente, pues antes de salir a trabajar de nuevo volvía a poner de comer a los animales.

Un día tomó un bancal de habas que tenía un tío suyo allá en la puerta de “la Seria”: “Chache, -le dijo- no me quite las matas de haba que las necesito para darle de comer a los cherros”. Aquel año había llovido un disparate. Pepe se llevó las matas de haba, pero luego tuvo que cavarle los rastrojos y la azada botaba en seco, como si golpeara contra las piedras de lo duro que había quedado el suelo del bancal. Cada vez que se acordaba decía: “¡Maldita sea la hora que le pedí las matas de haba!”

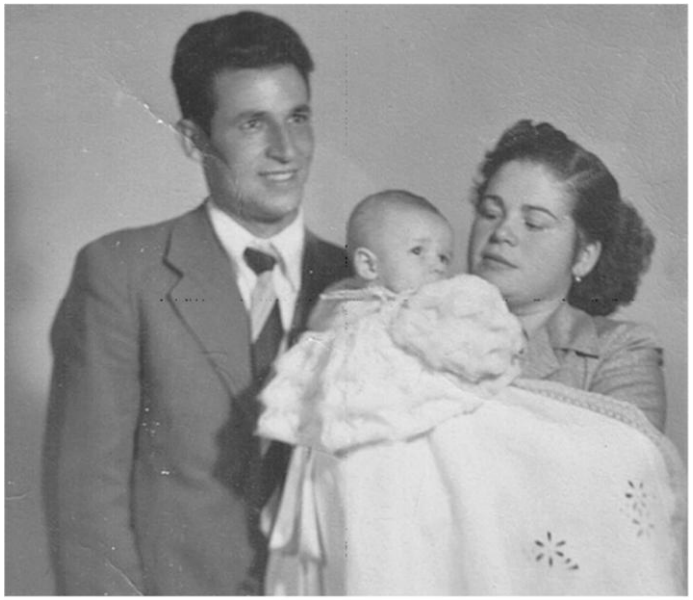
Existe una anécdota un tanto chocante que contó Pepe y que, a más de un lector, le dibujará una sonrisa en los labios: Este quería ir a Valencia a presentarse para aviación y un tío suyo que era sargento de radio en Alcantarilla le dijo: “Mira, dime cuándo te vas a presentar porque a lo mejor te vienes en el avión con nosotros a Valencia”. Luego Pepe no supo lo que pasó, que no fueron y se tuvo que ir con otros amigos. Se presentaron en Valencia, en la calle Ciscas, nº 5, donde les hicieron un reconocimiento un tanto exhaustivo. Acabado el cual, le dieron por inútil, pues el médico le dijo a Pepe que tenía tuberculosis. “Me quedé a cuadros -comenta- ya que el día anterior del viaje a Valencia me había cavado junto a Antonio “Risos” y Quico “el Mulato”, una tahúlla de tierra a golpe y repelón. Supongo que lo que me encontraron en los pulmones sería la fatiga y el esfuerzo del día anterior”. No obstante se vino en el tren y durante todo el viaje estuvo bastante preocupado. Cuando llegó a Las Torres se fue derecho a la consulta del médico D. Pedro Fernández Jara y le contó cuánto le había sucedido en Valencia, a lo que D.



Pepe con Don Rafael

Pedro, después de reconocerle contestó textualmente lo siguiente: “Pijo, a lo mejor el tuberculoso fue el que te puso las gomas, que al parecer no tenía ni idea de lo que hacía. Puedes irte tranquilo que no te pasa nada”. Y efectivamente así ha sido, a lo largo de los años nunca más le descubrieron nada. Como suele ocurrir con noticias de este tipo y no se sabe el por qué, a mucha gente le gusta hacer comentarios nada agradables antes de cerciorarse si tienen o no razón. Pues advirtieron a la que por entonces era su novia, hoy su mujer, que llevase cuidado no fuese a casarse con un enfermo tuberculoso.

Al final, Pepe se fue por su quinta, estuvo destinado en el Parque y Talleres de Automovilismo de Monrepos, en Valencia. El jefe de la base era el Teniente Coronel D. José Aznar y Aznar, que tenía un hijo trabajando en el mismo Parque, D. Bartolomé Aznar Gómez, con el que hizo una excelente amistad. Cuando Pepe le conoció era Comandante y después ascendió a Coronel. “Me apreciaban mucho, -nos dice- hasta el punto de que asistió con su familia a mi boda y después nos llevó a mi mujer y a mí en su coche, en el inicio de nuestro viaje de novios, desde Las Torres de Cotillas hasta Valencia. Luego seguimos por nuestra cuenta y nos marchamos a Madrid, Toledo, …”. Este murió de cáncer de próstata vísperas de San José, hace tres años (2006).



El matrimonio con su primer hijo

Volviendo al tema de la agricultura: Pepe ha regado mucho de noche, porque como no había agua se establecieron las “tandas” en la huerta y, si no se estaba en el bancal cuando tocaba, se pasaba el turno y hasta que hubiese agua de nuevo no se podía regar. Si alguien fallaba, se aprovechaba, se adelantaba el riego o se regaba más desahogadamente. Por eso, como dijo Pepe anteriormente, había trabajado tanto de noche como de día y no le ha pesado nunca, es más, asevera que si tuviera que hacerlo lo volvería a hacer de nuevo, porque la agricultura le ha gustado mucho.

En otra ocasión, Pepe puso naranjos en las tres tahúllas que tenía en el “Alamillo”. Estos iban estupendamente, muchos le decían: “Pepe, qué buena mano has tenido para injertarlos”. Lo cierto es que estaban muy hermosos, pero un par de años después, hubo unas escarchas terribles y se helaron todos. Era una verdadera pena, después de tanto sacrificio para criarlos, en una sola noche todo se fue al traste. Tuvo que arrancarlos todos.

Pepe buscó una alternativa a la agricultura y lo hizo en su propia casa con un negocio que al final resultó ser la panacea a todas sus preocupaciones.

La idea de montar una zapatería surgió de la manera más sencilla: Marchaba de viaje con D. Rafael, el párroco del pueblo, a Mula. Su hijo mayor, que por entonces tendría cinco o seis años, le dijo: “papá, tráeme unas botas de bache” (botas de goma para el agua, Katiuscas). Por entonces solía llover más que ahora. Al llegar a Mula, entró a una zapatería para comprarlas y D. Rafael le dijo: “Estoy pensando una cosa, Pepe, ¿por qué no pones en tu casa algo de zapatería, al fin de cuentas en Las Torres no hay nada de eso y te podría ir bien?” Llevaba razón, lo único que había en el pueblo era la “Tía alpargatera” que vendía en su casa los alpargates que confeccionaban ellos mismos.

Pepe Egea con su mujer

“Me pareció una buena idea –comenta Pepe-, pues pensé que entre mi trabajo en la agricultura y la zapatería que podría llevar mi mujer perfectamente en mi propia casa, nos ayudaría a salir adelante”. Hizo algunas gestiones y con unas pequeñas reformas en su casa y las estanterías que encargó a su vecino Antonio “el carpintero”, todo quedó listo.

Cuando andaba en ello, algún que otro vecino que pasaba por la puerta y veía la obra siempre preguntaba: “Anda, qué vas a poner aquí”. “Una zapatería, contestaba”. “Bueno hombre, una zapatería… Yo creía que era un bar”. “Pero si bares hay muchos y zapaterías no hay en el pueblo”. La mayoría se llevaba una gran desilusión cuando se enteraban.

Corría el año 1956, cuando se inauguró la Zapatería Alegría, la única que ha habido en el barrio de la Cruz, pues ni antes ni después nadie puso un negocio semejante. Pepe nos repitió en más de una ocasión que nunca dio las gracias suficientes por la idea de poner la zapatería, pues gracias a ella sacó adelante a sus cuatro hijos.

Entonces estaba en pleno auge la fábrica de conservas de Fernando Beltrán y todos los días pasaban por su puerta setecientas u ochocientas mujeres que iban a trabajar a ella y, la que no compraba unas katiuscas, se llevaba unas zapatillas o unas alpargatas. Nunca imaginó que un negocio tan sencillo pudiese dar tanto de sí.

Fachada de la zapataría en La Cruz

Cada día se iba incrementando el negocio. De las piezas más elementales llegó a tener varios modelos de calzado para niños, zapatos de caballero e incluso zapatos de tacón -que entonces no había en ningún sitio- para las mujeres. “Los zapatos eran bastante buenos, fíjate -nos dice Pepe- que aún hay algún que otro vecino que tiene algún par y están como nuevos después de los años que han pasado y cuando nos vemos me lo recuerdan: “Pepe, ¿te acuerdas de los zapatos que me compré para la fiesta?, pues aún los conservo. Qué buenos me salieron, qué fuertes. Aquello era piel ¿y las suelas?, parecían de rueda de tractor.” No quiero decir con esto que hoy no exista calidad, pero los de entonces, como que duraban un poco más que ahora”.

Fue en infinidad de veces en moto a Elche, Elda, Novelda, Villena, a por zapatos. Los viajantes venían a la zapatería para hacer los pedidos, pero él ya se conocía las fábricas y en una ocasión que le trajeron un modelo que se vendía muy bien, llevó el prototipo a la fábrica para que se los confeccionaran igual.

Uno de esos viajes que hizo pasó muchísimo frío, tanto, que no sabía si seguir o volverse a casa. Pepe iba a Villena en la “Montesa”. Allí hay muchas fábricas de zapatos para niños, pues

tenía unos encargos hechos y le avisaron de que ya los tenían preparados; se acercaba la Pascua y verdaderamente le hacían falta. Pero cuando iba por la "garganta" de Elche, dudó en continuar por el frío tan tremendo que hacía; se puso un periódico en el pecho y siguió. Por fin llegó a la fábrica y tras conseguir los zapatos los cargó en la moto regresando a Las Torres.

También era raro el día que no bajaba a Murcia al almacén de Guerrero por Katiuscas o zapatillas, "mientras –comenta- en casa se quedaba mi mujer, que la pobre ha dado siempre todo lo que ha podido y más de sí misma. Entonces la Lotería de Navidad se jugaba el día 21 de diciembre, pues justo ese día se puso de parto, -he de decir que nuestros cuatro hijos nacieron aquí en la casa- y el día 24, el mismo día de Nochebuena ya estaba subida a una escalera cogiendo unos zapatos de la estantería. Nunca fue fácil salir adelante, era una lucha continua, cada uno en su sitio, pero trabajando como unos jabatos para sacar a nuestros hijos para adelante".

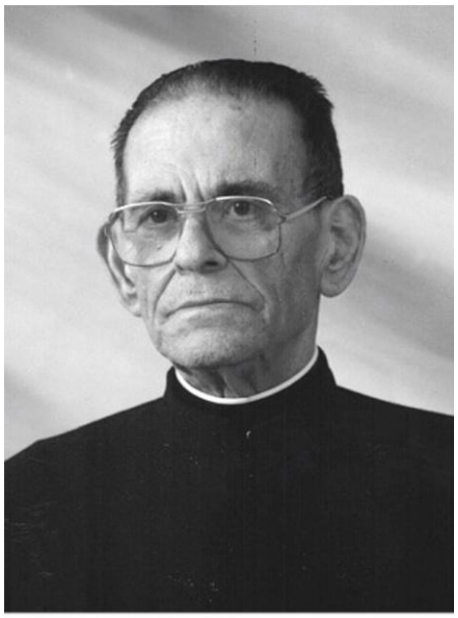
Esta buena idea de la zapatería, como dijo anteriormente, se la dio D. Rafael, al que Pepe tiene que agradecerle mucho. Personalmente estuvo muy apegado a él y éste le quería como a un hijo. Siempre le estará agradecido, no porque le diera dinero, aunque hay gente que así lo cree, pues nunca recibió de él ni una peseta, sino por su comportamiento y cariño hacia él. Pepe estuvo a su servicio toda la vida desde que D. Rafael llegó al pueblo, donde entabló una buenísima relación con su familia, siendo un crío. Junto con su hermano Paco fueron sus monaguillos y después, con el paso de los años, le acompañaba a cualquier sitio siempre que se lo pidiera.

"Un día fuimos a Las Parcelas a confesar a la "Tía Porronera", entremos en la habitación donde se encontraba atendida por su hija y le dijo: "Abuela, ya estoy aquí, soy D. Rafael, el cura de las Torres, ¿me conoce?" "Si", -le contestó-. Entonces nos pidió a su hija y a mí que nos saliésemos fuera, pero desde donde estábamos se escuchaba cuanto hablaban: "Anda hija, vamos a rezar al Señor Mío Jesucristo…" Y la pobre comenzó: "Señor mío Jesucristo que yo nunca lo he visto…". No pudimos aguantar la risa, aquello fue la monda… nos dimos una panzada de reír tremenda".

D. Rafael hizo muchos favores colocando a un montón de gente en la Guardia Civil, en la Policía Nacional, en Telefónica, etc. Ayudó a restaurar algunas casas que se quemaron, incluso pidió algún que otro solar y ayudó a la construcción y reforma de las casas para donárselas a unos pobres que no tenían ni siquiera un triste rincón para estar.

En aquella época tan precaria de la posguerra, donde se hacía estraperlo, no se podía ir al molino que había en Los Pulpites para moler el "remijón" (se le daba este nombre a las pequeñas cantidades de trigo, maíz, cebada, etc.), porque estaba totalmente prohibido. Entonces, la gente se escondía en la huerta y cuando el campo quedaba libre, el "Tío Molinero" los llamaba y pasaban al molino, y cada uno esperaba paciente el producto de su molienda. Pero una noche vino la Guardia Civil y los denunciaron a todos. D. Rafael se fue a Madrid y consiguió que les quitaran las denuncias. A los sacerdotes que han salido del pueblo ("El Duque", "el Paco de la Loma", "Antonio de la estación", etc.) fue él quien les pagó la carrera. Hizo muchas cosas buenas en el pueblo.

"Lo de comprar el colegio de la monjas –recuerda Pepe- también fue idea de D. Rafael, que le dijo a la madre superiora, Madre Soledad: "Si Vd. compra el colegio yo me atrevo a restaurarlo todo, las aulas para que Vds. puedan dar las clases y se puedan instalar aquí". Todos los días salíamos en la moto por todas las barriadas de las Torres vendiendo papeletas para las rifas que hizo. Se rifaban mantas y otras cosas con tal de sacar dinero para poder pagarle a los albañiles todos los sábados. Entonces había un tajo con los mejores albañiles de la época, estaba Pepe "el Calero", "el Duque", "el Suelas", entre otros. Incluso los domingos, como compraron el enorme huerto de naranjos junto al convento, los jóvenes de Acción Católica nos juntabamos para ir a limpiar todo aquello, ya que el resto de la semana cada uno trabajaba en lo suyo. Limpiamos toda la maleza, cavamos el huerto, podamos los árboles y quedó todo muy curioso y limpio".



Don Rafael

"Las monjas han hecho una gran labor en el pueblo –comenta Pepe- gracias a la idea de D. Rafael, que por cierto se desgastó mucho con todo aquello y eso siempre lo tendré presente en mi mente. Tardamos tres o cuatro meses en rectificar las aulas, ya que eran grandes salones y hubo que adecuarlos para tal fin. Un día íbamos a Molina y me comentó: "Pepe, he pensado en dejar la parroquia y me voy a marchar a Valencia con los Dominicos". Mi sorpresa fue mayúscula y le dije: "Pero D. Rafael, se lo ha pensado

bien”. No había vuelta de hoja, estaba convencido de que era lo mejor para él. D. Rafael regresó a Murcia donde murió el 25 de marzo de 1990 a los 86 años de edad. Cada vez que rezo, al igual que rezo por mis padres, también rezo una estación por él”.

Las monjas -aunque hubo gente del pueblo que opinaba lo contrario-, nunca quisieron irse de aquí, lo que ocurrió fue que, como aquello era tan grande, vendieron a unos constructores de Molina la parte donde se hicieron los pisos, a continuación del jardín y con el producto de la venta ellas hicieron una nave para el colegio con habitaciones y aulas nuevas.

Pero “zapatero a tus zapatos”. El negocio familiar marchaba viento en popa, aunque no siempre se cobraba la venta al contado ni existían las tarjetas de crédito para aplazar el pago. Pepe, al igual que otros comerciantes de aquella época, dio mucho fiado. Había mucha gente pobre y los que trabajaban, hasta que no llegaba el fin de semana que cobraban, otros a finales de mes, o los más, los que vendían cualquier cosa que criaban en la huerta, no podían pagar. Porque, eso sí, pobres pero honrados.

De viaje con la familia

“Sin embargo –recuerda Pepe-, a otros con mejor estatus social se les olvidaba que me debían algún que otro par de zapatos. Aún conservo alguna de las libretas donde apuntaba las deudas y todavía aparecen algunos nombres junto al importe de las ventas que quedaron en el olvido, porque después de tanto tiempo me daba vergüenza reclamarles nada, y otros están muertos, ¿cómo me van a pagar?”.

Un día llegó una mujer a probarse unas zapatillas y después de dar mil vueltas, a la hora de pagar dijo que ya lo había hecho y que esperaba las vueltas del dinero que le había dado. Por supuesto no era cierto y, ella misma, se registraba los bolsillos para demostrar que no tenía el billete, pero éste, por esas cosas del

azar, salió de su escondite cayendo al suelo. Pepe tuvo que ponerla de patitas en la calle, pidiéndole que no volviese más a la zapatería.

En varias ocasiones ocurrió en domingo, día en que no se podía vender, que siempre iba alguien a comprar unos zapatos "por la puerta falsa". Incluso ni les dejaban comer, pero era cierto que algunos trabajaban toda la semana y a lo mejor no podían venir otro día, aunque quizás a la mayoría les "lucía venir a fastidiar a esas horas".

No sólo era atender la zapatería sino que también en más de una ocasión acudió alguna persona a que le avalara para poder sacar un préstamo, cosa que Pepe podía hacer respaldado por las tahúllas de tierra que tenía. Entonces estos eran de quince mil pesetas y había que ir a Molina porque aquí en el pueblo aún no había ninguna Caja de Ahorros para poder gestionarlo. Por cierto, entonces estaba de presidente de la caja D. Jesús Martínez, "el de la farmacia". Jamás les negaron los préstamos solicitados a ninguna de las personas que avaló. Tiempo después instalaron una sucursal de la caja de Molina, junto al Ayuntamiento viejo de Alguazas, que dirigía un tal Gregorio.

Algunos de sus clientes también consiguieron tener casa gracias a su ayuda, que siempre hacía desinteresadamente, pues nunca cobró nada por ello, aunque en alguna ocasión quisieron hacerle algún regalo como agradecimiento. Por fin, se instaló la primera entidad de ahorros en Las Torres de Cotillas: Caja de Ahorros del Sureste de España, que dirigía D. Francisco Román, en la plaza Cervantes -precisamente en el bajo de la casa de Rafael Muñoz, donde está instalada en la actualidad la Clínica Veterinaria Águila-. Los solares en aquel tiempo tenían un valor de unas diez o doce mil pesetas, como el préstamo era de quince, les sobraba. Cuando acababan de pagarlo buscaban de nuevo a Pepe para que les avalara y poder sacar otro préstamo, era la única manera que aquellas personas tenían de poder construirse una humilde casa.

Dª. María Borrell Rosell, la cuñada de D. Álvaro D´Estoup que era viuda de D. Fernando D´Estoup Barrio (por cierto murió en un accidente en su casa, cayó y se desnucó en la bañera), vivía en Madrid y de vez en cuando pasaba algún que otro mes en su casa de Murcia en la C/ Alféreces Provisionales. Un día vino a las Torres a la Caja de Ahorros del Sureste, junto a Francisco Román. Pepe estaba en la entidad y le propuso que si quería cobrarle los recibos de la renta de la tierra y tras los cobros, ingresarle el dinero en uno de los bancos de la calle Trapería de Murcia. Tenía que hacer un listado con los recibos cobrados y los impagados, y se lo hacía llegar junto al justificante del ingreso del dinero en el banco.

Entonces fue cuando comenzaron a vender las tierras, alcanzando las más caras un precio de 12.000 ptas. por tahúlla, otras a 10.000 y las más baratas a 5.000, dependiendo del lugar donde se encontraban. Todas ellas con los derechos de arrendamiento incluidos, haciéndole a cada cual la escritura de propiedad de las mismas.

"Un día fui a recogerla en mi seiscientos a su casa de Murcia en Alféreces Provisionales para ir al notario, pues se iba a hacer una escritura de una tierra que había en la "Hondonada", allá en la rambla y le dije: "Dª. María, la escritura que vamos a hacer hoy no sale de las escrituras que ha cogido Vd.". "Egea ¿cómo sabe Vd. eso?". "Pues muy sencillo, se ha confundido y ha cogido la escritura de la tierra que hay en la estación -por cierto que allí tenía yo cinco tahúllas que también se las compré-". Pepe le firmaba como avalista a todos los que les vendían la tierra, y Dª María se llevaba el dinero. Nunca le defraudó nadie, todos pagaron en su momento religiosamente. Como entonces no había registro de la propiedad aquí tenían que ir a Mula, fue enorme la cantidad de viajes que tuvo que hacer, en algunas ocasiones iba dos veces al día pero dejaba las escrituras listas.

Pepe entre familiares y vecinos

Estuvo trabajando con Dª. María doce años y después se fue haciendo el mismo trabajo con su cuñado D. Álvaro D´Estoup, que tenía unas tres mil tahúllas en la huerta y que siguieron el mismo destino que las de su cuñada, con la cual estaba un tanto enemistado.

Fue en esa época cuando Pepe empezó a dedicarse al trato de compra-venta haciendo de mediador y vendía solares y casas a cuantos se lo solicitaban. De hecho, lo hizo con familias de los pueblos almerienses de Vélez Rubio, Vélez Blanco, también de Puerto Lumbreras, etc.; ya que no había mucho trabajo entonces en esos pueblos, compraron aquí y se vinieron a vivir.

Había gente que venía de fuera y le encantaba la huerta y compraban tierra y casa para instalarse definitivamente en el pueblo. En una ocasión vendió la misma casa cuatro veces en el mismo año, pues quien la compraba, nada más veía que le podía sacar algo más de dinero de lo que le costó volvía a ponerla en venta.

Pepe con su nieto en la zapatería

Pepe ha hecho de todo, incluso participó de práctico con el ingeniero que vino del catastro de Murcia para arreglar lo de la contribución, pues allí le dijeron que si había alguien en Las Torres de Cotillas que pudiera ayudarle, ese era Pepe Alegría, ya que conocía las tierras y a la gente mejor que nadie, pues al que no le había cogido los albaricoques, le había cavado la tierra, o a través de los tratos de compra-venta que hacía.

Pepe, desde niño colaboró en las fiestas del barrio como era costumbre en la mayoría de los jóvenes. Para adornar la puerta de la ermita de la Cruz se unían para ir a coger ramas a los álamos del río, hojas de palmera y otras plantas enredaderas, incluso en más de una ocasión, los malvaviscos que tenía en la puerta su casa el "tío Antonio Pineda",

Uno de esos años, la fiesta se vio empañada con un triste suceso, en el que se vio involucrado Pepe. El Sr. que se encargaba de tirar los cohetes, cuya mecha prendía con un cigarrillo que colgaba de la comisura de su boca, pasaba cerca de un grupo de personas que al parecer se convidaban en la puerta del bar de Marcos -vecino de Pepe-. Éstos entre comentarios y risas esperaban el comienzo de la carrera de cintas, tan popular en las fiestas del barrio.

Al parecer, el que portaba a los cohetes se disponía a tirar el correspondiente a la cinta conseguida en aquel preciso momento y alguien del grupo quiso acaparar algún cohete para tirarlo él y en ese tira y afloja se prendió la mecha de uno de ellos, las chispas que desprendía incidieron en los otros, prendiéndose también. El Sr. que los llevaba, al ver que se estaba quemando la mano, los soltó, saliendo disparados hacia sitios distintos, con tan mala

fortuna que uno de ellos se dirigió hacia un grupo de personas, alcanzando a un joven del barrio de La Media Legua, contra el que se estrelló taladrándole el estómago, donde explotó. La gente espantada ante el suceso, vio al joven que, pálido como la muerte, se desplomaba sobre el suelo mientras se desangraba.

El médico del pueblo, D. Pedro Fernández, que se encontraba presente en la fiesta con unos amigos, salió corriendo a por su coche para llevarle al hospital en Murcia. Viendo lo difícil que era detener la hemorragia, se desprendió de su propia camisa para taparle el boquete que le había hecho el cohete.

Por más prisa que se dieron, el desenlace fue fatal ya que falleció enseguida. La familia eligió a Pepe como uno de los responsables de lo ocurrido. La familia lo denunció, incluso el propio hijo del que tiraba los cohetes, aunque eran muchos los testigos que aseguraron que él no tuvo nada que ver con el suceso. Ello se demostró en el juicio que se hizo de donde salió exculpado, ya que la mano quemada del Sr. que portaba los cohetes fue la prueba más que evidente de que fue él que al quemarse los soltó.

Pepe (agachado en el centro) en las fiestas de La Cruz

Ciertamente, fue un triste suceso que marcó por varios años la fiesta de la Cruz, pues cada vez que se aproximaba la carrera de cintas, raro era quien no hacía algún comentario sobre lo ocurrido aquel fatídico año.

Como todo tiene su fin así le ocurrió a la zapatería de Pepe Alegría, tras 35 años abierta al público. Ya se abrieron grandes áreas de comercio, nuevos supermercados, incluso los mercados

que se celebraban en el pueblo dos veces por semana y, claro, la venta empezó a descender hasta tal punto que los pedidos que aún se seguían haciendo a las distintas fábricas había que pagarlos, pues el vencimiento de las letras establecidas, fieles a su cita, no se demoraban, mientras que los zapatos seguían sin vender en las estanterías. Ante esta situación y de acuerdo con su mujer, decidieron cerrar el negocio definitivamente.

Por supuesto que Pepe, un trabajador nato, no se rindió y siguió en otros negocios, con los que seguir tirando del carro de la vida y continuar viviendo como lo había hecho hasta entonces, pues la familia debía de seguir adelante, ya que su bienestar siempre fue para él lo primero.

"He trabajado como un mulo durante toda mi vida. Ahora, como mucha gente me ha visto con la carpeta para arriba y para abajo, piensan que no he hecho otra cosa en mi vida que pasearla bajo el brazo". Pepe nos contó, como reflejado queda anteriormente, unos apuntes sobre su dedicación a la compra y venta de tierras y su incursión en el sector inmobiliario, en los que sin duda podríamos abundar en ellos en cualquier momento, ya que están llenos de numerosas y sustanciosas anécdotas, pero esto sería la base inicial de un nuevo capítulo en la historia de la vida de José Egea Sánchez, "Pepe Alegría", para todos los amigos.

LA ÚNICA Y POPULAR HELADERÍA
TERESA DEL CHISPA

Teresa Vicente Fernández, conocida cariñosamente como la Teresa “del Chispa”, se había casado con Juan Jiménez Cerón y se habían marchado a vivir al pueblo de su marido, La Puebla de Soto. Este hecho tenía un poco contrariado a su padre, Juan Antonio Vicente Cantero, ya que no quería que sus hijos se alejaran del entorno familiar. Pronto quedó embarazada de su primer hija, Mª Victoria, y tras nacer ésta, Teresa vino a Las Torres para recuperarse del parto. Su padre aprovechó la ocasión y para evitar que volviera a marcharse, habló con el matrimonio y les convenció para que aceptasen una de las tres tiendas que poseía en el pueblo: una en el Paseo Dr. Fernández Jara, y las otras dos en la calle Mayor (una frente al Casino y la tercera que cedió al matrimonio). La tienda de comestibles que le dejó a Teresa era sin duda la mejor en cuanto al sitio que ocupaba: situada en la calle Mayor, donde daba su fachada principal frente al primer cine de verano de Pedro Carrillo, -hace años desaparecido- y flanqueada

Boda de Juan y Teresa

por la calle Ntra. Sra. Virgen de la Salceda -justo frente a la iglesia parroquial y a la Plaza Primo de Ribera, hoy de la Constitución-.

La tienda era de ultramarinos, a diferencia de las otras dos que eran más grandes, sobre todo la que había frente al Casino, que hacía a la vez de almacén y vendía prácticamente de todo. Se podía comparar con los grandes almacenes que existen en la actualidad, pues a parte de los comestibles, tenía alpargatería y zapatería, perfumería, cerámica, tejidos, ollas y utensilios de cocina, librería, juguetes, ferretería, hasta materiales de construcción. Más de uno comentaba a la hora de comprar: "Si el Chispa no lo tiene es porque no existe". La casa era un edificio de dos plantas, en la primera estaba instalado el negocio y la segunda era la vivienda. En ella se instaló el matrimonio con su bebé y comenzaron su nueva vida. Teresa atendía la tienda, su casa y cómo no, a su pequeña hija, mientras Juan ayudaba en el despacho de la tienda y se ocupaba de las tierras.

También montaron en la tienda un despacho de quinielas que se hizo bastante popular en aquel tiempo. Juan iba a Murcia a la Delegación de Apuestas a por ellas. Al principio tenía que dejar un depósito de dinero dependiendo de la cantidad de boletos que retiraba, siendo de un céntimo por cada quiniela y cuando las entregaba se lo devolvían. Como en todo, siempre ocurren anécdotas y en esto no iba a ser menos. Una de las veces que Juan fue a la estación a depositarlas en el tren correo, las mandaron a Cartagena en vez de a Madrid y cuando se comprobó el error, la administración devolvió el dinero a todos los torreños que jugaban en esa jornada.

Fachada de la heladería

Tras enfermar Juan, la hija menor del matrimonio, ya con trece años, "Quini", se encargaba junto a su madre de la administración de las quinielas de fútbol, sobre todo de la recaudación, y entre las dos las recogían, las sellaban, las preparaban y mandaban. A veces, era tal la cantidad, que resultaba un tanto agotador y más para "Quini", que tenía que sacar tiempo

de donde a veces no lo había, después de volver de sus estudios en Alcantarilla. Las quinielas las mantuvieron en la casa hasta el año 2000.

D. Salvador Escrivá solía mandar a un operario a colgar en la fachada de la casa de Teresa, las carteleras con la propaganda de las películas que ponía cada día en su cine y existía una buena relación entre las dos familias. Pues éste, aparte de la proyección de películas en el cine, solía traer para las fiestas algunos espectáculos encabezados por las figuras más populares y reconocidas del momento, sobre todo en el campo de La Copla, a los que llevaba después de la representación a casa de Teresa y Juan, para invitarles. Entre ellos, Manolo Escobar, Antonio Molina, Juanito Valderrama, incluso Sara Montiel que vino a Las Torres de Cotillas en un par de ocasiones. Es una pena que entonces no se hiciesen fotos y no haya quedado un testimonio gráfico, ya que hoy tendría al menos su valor anecdótico.

Juan Jiménez

Así fue pasando el tiempo, los años, y vinieron más hijos al matrimonio, lo que supuso mucho más trabajo para ambos, pero estaban muy felices viendo crecer a la familia numerosa que ya formaban.

Un buen día se presentó un Sr. de Alcantarilla que tenía una confitería y les propuso vender dulces en su tienda de los que él serviría, pues lo hacía en varios comercios de otros pueblos y les daba un buen resultado. Aceptaron y organizaron todo de modo que pudieran exponerlos a la vista del público. Tuvo una buena aceptación y así comenzó, además de la tienda y el despacho de quinielas, su andadura como confitería.

En aquellos años existían bastantes fábricas en el pueblo, por lo que había mucho trabajo: Salvador Escrivá, Fernando Beltrán, Pedro Carrillo, “los Sernas” en la Florida. También muchas serradoras, donde se hacían embases para la fruta y palets de madera. Cuando se trabajaba a tope, solían venir al establecimiento muchos de sus trabajadores, sobre todo mujeres. Dependiendo de los turnos, algunas casi aún de madrugada llegaban llamando: “Teresa, ábrenos que tenemos mucho hambre”. Eran muy buenos clientes, pues no se vendían los que comían allí mismo, sino los

dulces que se llevaban al trabajo y a la hora del almuerzo daban buena cuenta de ellos.

Un tiempo después Instalaron un horno en el que hacían ricas empanadillas y monas ("suizos") y para Navidad una buena gama de dulces artesanos típicos de las fechas. Cuando se construían los pisos sobre el Banco Zaragozano, en la otra esquina de la plaza, los obreros se los llevaban por kilos, sobre todo las tortas de pascua.

En una ocasión se les estropeó el horno y llamaron a un técnico para que lo arreglara. Este Sr. era de Archena, cuando llegó, muy decidido, les dijo: "Venga, a ver dónde está el horno que lo hecho al coche y me lo llevo". A todos les dio un tremendo golpe de risa, pues al parecer al pobre hombre no le habían dicho que se trataba de un horno industrial y pesaba mucho más que el pequeño seiscientos donde pretendía llevárselo para arreglarlo en el taller.

Mª Victoria en la cafetera de la heladería

En muchas ocasiones hicieron churros -que vendían al peso- y chocolate, sobre todo en las fiestas del pueblo que entonces se celebraban en octubre; también para el día de Todos los Santos y Navidades. Tras unos cuantos años, el Sr. de Alcantarilla que les servía los dulces se jubiló y cerró su negocio. Entonces Juan, fue a Murcia a buscar dónde abastecerse y los encargó en otra confitería, de donde venían todas las semanas a traerle los pedidos. Teresa, como siempre, se mataba a trabajar cuando llegaban fechas tan especiales como San José, "el día del padre", pues hacían más de

doscientas tortadas. Estaban tan ricas que las pedían con bastante antelación por el miedo a quedarse sin ellas.

Era la típica tortada de Murcia, cuyos ingredientes tan bien conocemos: Bizcocho borracho de almíbar, cabello de ángel, bizcocho, crema pastelera, bizcocho y después toda ella cubierta de merengue, que se hacía con las claras de los huevos a punto de nieve, y azúcar. Luego venían los detalles y adornos, y ésta quedaba lista. Sin necesidad de ponerle ningún mensaje, cada una de ellas ya lo llevaba implícito: "Cómeme que estoy muy rica"

Nuevamente apareció el confitero de Alcantarilla, esta vez con un amigo suyo que había estado trabajando en el extranjero, con la idea de montar su propio negocio: una confitería. Pero tenía un pequeño problema de liquidez para llevar a cabo su propósito. Juan vio que era una buena persona y además venía avalado por su anterior confitero, por lo que se puso de acuerdo con él y decidió prestarle el dinero necesario para poder abrir el negocio a cambio de los dulces que le serviría todas las semanas, hasta zanjar el préstamo. Así fue como la venta de dulces siguió durante bastante tiempo, hasta que en 1991 decidieron dejar esta sección, pues con la heladería, de la que vamos a hablar seguidamente, ya tenía trabajo más que suficiente para todos los miembros de la familia.

Teresa Vicente

Un buen día, después de la faena de la tarde, Teresa decidió tomarse un respiro y se sentó en la puerta de la casa para tomar un poco el fresco con Francisca, una buena amiga de la familia, hablando de lo bien que estaba situado el local y de lo a gusto que se estaba en aquella puerta. En ese momento, a Francisca se le ocurrió comentar que era el sitio idóneo para poner una heladería. Aquello pareció como unas palabras mágicas que surtieron efecto muy pronto, ya que Teresa se lo comentó a Juan, su marido, y ni cortos ni perezosos pusieron manos a la obra.

Empezaron por buscar información, se acercaron al kiosco de Pedro "de la Mariana" para ver de qué manera podían hacer los helados. Él les comentó que era bastante trabajoso, pero que seguro habrían máquinas para poderlos hacer. Juan no se cruzó de brazos y fue a Murcia, recorriendo la ciudad tratando de buscar

información sobre el tema. Por entonces se celebró en la capital la primera Feria de Muestras, instalada en el Paseo Alfonso X el Sabio, -conocido como el “Tontódromo”-. Allí se presentó Juan y encontró una máquina italiana que exponía la Casa Espejo -era la primera máquina de hacer helados automática que vino a Murcia-.

Como siempre, las novedades se pagan y aquélla era la última palabra en máquinas para la fabricación de helados. Su coste era bastante elevado, pues su precio rondaba las doscientas mil pesetas, que en aquellos años sesenta era una pequeña fortuna. Juan decidió pensárselo un poco más, pero Teresa no se desanimó y decidió seguir con la idea de la heladería. Entonces le comentó a su marido que como tenían bastantes tierras y en aquellos años no estaban mal pagadas, podían vender algunas y con el producto de la venta conseguirían el dinero para comprar la máquina de hacer helados.

Detalle de la máquina de hacer helados

Así lo hicieron, Juan volvió a la Casa Espejo y cerró el trato. Aunque un poco preocupado volvió muy contento. Cuando llegó el camión que traía la máquina, fue necesaria la ayuda de bastantes hombres para poder bajarla y colocarla en el sitio preparado para tal fin.

La máquina era una Sabo y constaba de varias partes: la mantecadora, donde se montaban las cremas y que tenía instalada la batidora, a su lado un tanque-arcón donde se hacían los polos y luego dos departamentos más: en uno se ponían las cremas listas para servir al público y en el otro los polos. Aparte, en garrapiñeras de acero con hielo se ponían los granizados y finalmente, el compartimento del motor.

Tuvieron que acondicionar el bajo para la instalación de la máquina y hacer varios arreglos; entre ellos, el cambio de la potencia eléctrica, pues la luz que había en el barrio era de 125 W., y para que la máquina funcionase correctamente se necesitaba mucha más potencia. Juan instaló la luz industrial trayéndola desde el transformador y corriendo con todos los gastos de material y de instalación. Resultó bastante costoso porque le tuvieron que hacer

un proyecto. Al no haber Colegio de Arquitectos en Murcia, tuvieron que encargarlo a un arquitecto de Alicante que pertenecía al colegio de Valencia. Era en aquellos años el único negocio de las Torres de Cotillas que tenía un proyecto del Colegio de Arquitectos. Después, el mismo Ayuntamiento aprovechó la línea y puso la farola de la plaza, dando también servicio a otros vecinos.

Ni Juan ni Teresa conocían las normas, ni los requisitos necesarios para legalizar el negocio como fabricantes de helados. Fueron al Ayuntamiento a informarse, pero en éste no tenían muy claro los documentos necesarios. Entonces recurrieron a Pepe Belchí que les ayudó a arreglar los papeles para que todo estuviese en regla. Éste tuvo que ir en más de una ocasión a consultar a Mula. Cuando todo estuvo a punto, los presentaron y le otorgaron el número 704 de licencia, como fabricantes de helado en toda España.

Entonces sí, ya estaban preparados para comenzar una nueva etapa en sus vidas con el nuevo negocio: la maquinaria, los productos y la licencia, que duró muchos años. Sus hijos eran muy pequeños y al matrimonio les tocó una verdadera vida de sacrificio, pues por las noches no dormían mucho ya que se quedaban haciendo y preparando los helados para que a otro día todo estuviese en su punto.

Nieto de Teresa degustando sus helados

Lógicamente, aunque la maquinaria estaba preparada para realizar perfectamente su trabajo, a ellos les costó un poco el aprender la preparación de cada uno de los productos, luego con el tiempo y la experiencia, fue como coser y cantar.

Para preparar las cremas se hacía una base con la leche y los productos correspondientes en la pasteurizadota, y cuando todo estaba a punto se le añadía la crema con el sabor correspondiente al helado que se quería hacer: mantecado, turrón, chocolate, etc.; luego se ponía en la mantecadora y se pasaba por la batidora. Cuando se alcanzaba el punto deseado, se pasaba al envase correspondiente y se

guardaba en el tanque para que conservase la temperatura adecuada.

"Lo cierto es que hacíamos los helados con mucho amor -nos cuenta Teresa- y cuando se pone el corazón en lo que se hace, porque verdaderamente te gusta, además de disfrutar con el trabajo todo te sale mejor, y claro, el resultado se nota. Había clientes fijos que lógicamente tenían sus gustos y tendencias por ciertos helados y cuando los hacíamos, no podía dejar de pensar en ellos: ¡Qué rico me ha salido, cuando venga fulano y lo pruebe!... Uno se imaginaba la cara que ponían ante el primer sorbo o cucharada y adivinaba el comentario que saldría de sus labios a continuación. Era un trabajo bastante esclavo a veces, pero nada más de pensar lo que disfrutarían los demás, de verdad que merecía la pena".

A veces, el salón de la casa parecía un pequeño taller de bicicletas, pues le pedían a Juan el favor de que las guardase mientras iban al cine para que no se las robaran. Normalmente era gente que solía venir de otros pueblos: Alguazas, Ceutí, Los Rodeos, ... Juan nunca sabía decir que no.

Cada uno de los cuatro hijos de Juan y Teresa, conforme iban creciendo se fueron especializando en alguna cosa, porque todos cooperaban en lo que podían. "Pedrín" y Juan Antonio se encargaban de elaborar los polos. Los polos eran de café, de menta, chocolate, fresa, mantecado, arroz con leche, nata, vainilla, etc. Había un gran surtido. Todos muy ricos y sobre todo de calidad, pues siempre optaron por ella, aunque tuvieran que encarecer un poco el producto. "Pedrín" los preparaba valiéndose de la gama de colores para conseguir las banderas de algunos países, sobre todo la de España: fresa, vainilla, fresa y así, buscaba la combinación y lo hacía con los demás.

Luego los colocaba en el tanque y los ordenaba, así cabían un montón; más tarde, y en esto le ayudaba su hermano, le ponían los palos. Un día, Pepe Puche, el chófer del autobús que llevaba viajeros del pueblo a la capital y al revés, que tenía un gran aprecio a toda la familia, quiso que "Pedrín" se fuese con ellos a la playa. En una de las muchísimas excursiones que todos los domingos preparaban a cualquier lugar de la costa, éste, para que a otro día no les faltaran y se vieran en el fracaso de decir a alguien que no quedaban, estuvo media noche haciéndolos.

Con los años, las máquinas fueron modernizándose y haciendo labores más completas. Sacaron una para liar los polos que de inmediato les interesó, pero después de pensarlo mejor llegaron a la conclusión que por minuto la máquina hacía una buena cantidad, pero "Pedrín" y Juan Antonio hacían más que ella, porque

desde bien pequeños había cultivado tal habilidad y había que ver como les cundía. Al igual que “Quini”, pues con diez años ya hacía todos los bombones y tartas heladas que se vendían.

Cuando en el catálogo de helados aparecieron las tartas, a “Quini” no le terminaba de gustar la combinación de sabores y ella se las ingenió para que las mezclas combinaran y potenciaran más su rico sabor, siendo una verdadera delicia para el paladar. Las empezaba con crema tostada, turrón, vainilla y nata. También Mª Victoria aportó a la gama de productos el famoso “Negrito”, pues cuando la marca –Frigo- que lo comercializó, lo sacó al mercado. Ya hacía bastante tiempo que lo había ingeniado y estaba entre los productos más populares y deseados de la heladería. Lo mismo ocurrió cuando una conocida marca –Avidesa- sacó el conocido “Apolo”, como ellas ya eran expertas en preparar los bombones llenaban el cucurucho de vainilla o nata, lo bañaban en chocolate y le ponían almendra picada por encina. (Otro producto riquísimo que ya habían descubierto ellas, como muchos otros y que tiempo después, alguna de las marcas más renombradas lanzaron al mercado).

Sus nietos juegan en el interior de la heladería

También llegaron a hacer productos para diabéticos, como las cremas que las elaboraban con leche desnatada y los ricos sorbetes con agua. Los granizados eran totalmente naturales, si era de limón, cientos de limones eran exprimidos para su consecución; igualmente se hacía con el café, lo molían y luego lo ponía a cocer en unos pucheros bastante grandes preparados para tal fin.

Lo mismo con las horchatas, si era de almendra había que cocerla, pelarla, triturarla, etc. A veces salía alguna almendra que amargaba un poco y aunque parezca una paradoja, le daba un punto especial y salía mucho más buena. Y no digamos con la horchata de chufa, había que hacerle muchísimos enjuagues, en el penúltimo se le añadían unas gotitas de lejía, después se volvía a lavar de nuevo, hasta que estaba lista para triturarla, era un proceso bastante laborioso.

Las cremas las hacían con la mejor leche entera que había en el mercado, cuando en otros sitios usaban leche descremada o la

rebajaban con agua. Lo mismo ocurría con la nata, utilizaban la mejor marca, no ya por el renombre sino por la calidad.

Incluso el mismo distribuidor que les dejaba cada semana de quince a veinte cajas de leche, les comentaba que por qué no le compraban de la otra leche, como hacían en otros establecimientos y así se ahorrarían una buena cantidad de dinero. Pero nunca quisieron, pues sus clientes, que los tenía fijos y muy buenos, se merecían lo mejor. Ese fue el lema que siempre tuvo toda la familia: Calidad, calidad y calidad.

En otros sitios no sólo utilizaban leche de inferior calidad, sino a veces la sustituían por suero de leche, incluso por leche en polvo que deshacían con agua. Ellos sólo compraban productos naturales como bases de las cremas y, cada bote de cinco kilos costaba alrededor de 50.000 ptas. Esta base era líquida y como siempre de la mejor calidad. El turrón lo traían de Jijona con miel, que era más alimenticio y rico, de ahí la fama que alcanzaron los helados en varias localidades fuera de Las Torres de Cotillas, pues no eran pocas las personas que venían adrede, no sólo a tomarlos, sino a llevarse para sus casa o incluso para servir de postres en sus negocios.

Como ocurrió con un Sr. de Torrevieja, que era dueño de un hotel y venía todos los días en las horas de la siesta a tomarse una horchata de almendras y un helado de turrón. Después se llevaba horchata para tomar por la noche en su casa, en un recipiente adecuado para su transporte y conservación, aunque siempre advertía que se la pusieran de la más granizada que hubiera.

“La gente dice que los helados engordan mucho -nos apunta Teresa- pero los que nosotros hacíamos en mi casa no engordaban porque nunca se pasaban de grasas ni azúcar, tan sólo tenían lo justo: grasa la que llevaba la leche, ya que utilizábamos leche entera y si había que darle cremosidad, para eso estaba la nata, así se obtenía la calidad deseada, porque como he repetido en más de una ocasión, era lo que nos importaba. Claro, que hay quien utilizaba en su elaboración grasas animales, como la de pollo, siendo así no me extraña que engordaran”.

Se llegaron a hacer más de cincuenta variedades de helados. Aparte de los clásicos, llegó el de pistacho, incluso el de higo chumbo, que estaba muy bueno. El blanco y negro, que en otras heladerías lo ponían con nata, no es el auténtico, ya que éste se hace con café granizado y una bola de mantecado, aunque la más de las veces la bola de helado era de vainilla.

Vino en una ocasión un Sr. de Las Torres que se dedicaba a la cría del ganado vacuno y estaba bastante extrañado de que

hubieran puesto una heladería en el pueblo, preguntando desde cuando estaba abierta:

- ¡Uy!, ya lleva abierta muchos años.
- No tenía ni idea, con lo que me gusta el helado y no lo sabía. Por favor, podría ponerme un helado de turrón.
- Por supuesto, todo cuanto quiera.

Lo degustó y saboreó en silencio, luego pidió un blanco y negro que tomó con deleite, y cuando acabó dijo:

- Mira que he recorrido parte de Europa y de Estados Unidos, incluso fui varias veces a Italia que es la cuna del helado y, sinceramente, te puedo decir que no he probado en ningún sitio helados tan exquisitos como éstos, tan sabrosos y cremosos.

Desde aquella primera vez, raro fue el día que a cualquier hora no se podía encontrar a este Sr. en la heladería de Teresa, disfrutando de las ricas variedades de helado que hacían con tanto primor.

Un conocido del pueblo que veraneaba en Torrevieja, solía salir con los amigos, algunos vecinos de la misma ciudad y otros de Alicante, a dar una vuelta y a tomar algo por ahí, sobre todo helados ya que a todos les encantaba. Sus preferencias iban por una de las marcas más prestigiosos y conocidas, Helados Sirven, que precisamente son de allí. Sin embargo, el comentario de este conocido siempre solía ser el mismo: “Sí, son muy ricos, pero como los helados de mi pueblo ninguno”. Los amigos siempre le recriminaban que mucho hablaba pero nunca les había invitado a comprobarlo, hasta que llegó el momento y así lo hicieron. Bajaron una tarde de domingo a probar los famosos helados de la Teresa “del Chispa”. Ninguno se vio defraudado; por el contrario, no sólo le dieron la razón, sino que se apuntaron en más de una ocasión a comer y beber tan deliciosos manjares.

Sus nietos en la heladería

Como en todos los sitios públicos sucede siempre, hubo una serie de casos y anécdotas bastante graciosas que la mayoría de

las veces merece la pena recordar. La confitería-heladería de Teresa "del Chispa" no iba a ser menos y he aquí un buen abanico de ellas:

Tuvieron una de las primeras televisiones que se instalaron en el pueblo y venía mucha gente a verla, aunque no consumieran nada. Los días que había partido de fútbol se llenaba el salón que tenían anexo a la heladería, lo que hacía el acto reflejo en la gente que estaba viendo la tele, cuando alguno de los futbolistas disparaba la pelota, como la seguía el cámara, agachaban la cabeza como si les fuera a dar a ellos.

Otro día retransmitían una corrida de toros desde la Maestranza de Sevilla y un hombre bastante mayor estaba mirando desde la puerta, en más de una ocasión le invitaron a entrar y a que se sentara para ver la corrida mejor; pero éste se resistía, no quería, tras la insistencia acabó confesando que no entraba porque si se salía el toro, él no estaba para correr y no sabría donde esconderse.

Teresa en la actualidad

En otra ocasión ocurrió algo que pudo acabar en tragedia: Teresa tenía en el salón de la heladería una colocacia, (alocasia, colocasia), una planta bastante grande con hojas anchas que cuidaba con esmero y siempre la tenía preciosa. En una ocasión entró un niño que era muy revoltoso y no se le ocurrió otra cosa que darle un bocado a uno de los troncos. Al parecer la planta es bastante toxica y se le inflamó toda la boca, sobre todo la lengua y los labios. Uno de los hombres que se acercó a ver que ocurría, al ver al niño llorar dijo que eran unos exagerados, que aquello no era nada y fue a morderle también a otra de las hojas, probando en sus propias carnes el efecto de la planta. Tuvieron que llevar a los dos al médico para que les atendieran.

Los sábados cerraban muy tarde, pues venía muchísima gente a la terraza, pero los domingos por la mañana no habrían al público y aprovechaban para descansar un poco más. También para limpiar y tener todo preparado para la tarde y estar más desahogados al principio de la nueva semana. "Pese a estar

cerrado –cuenta Teresa-, venían muchísimos clientes de la urbanización del Parque de las Palmeras que se conocían el truco: llamaban por la otra puerta y los teníamos que atender. Se llevaban de todo: granizados, polos y tartas heladas para tomar después de la comida como postre".

En la Plaza había instalado un parque infantil y a los niños, bastante revoltosos por cierto, les dio por tirarse del tobogán, en vez de sentados lo hacían acostados con la cabeza hacia delante y al llegar al suelo, con la velocidad que cogían daban antes con la cabeza que con las manos. En más de una ocasión la tienda de Teresa se convertía en un dispensario médico, pues todos acudían allí, desde un simple arañazo o con alguna que otra brecha en la cara o la cabeza. No bastaba con poner un poco de alcohol o agua oxigenada y una tirita, sino que alguna de sus hijas le tenían que acompañar al médico porque precisaban aparte de la cura, algún que otro punto de sutura

En uno de los aparatos de juegos que había en el parque que acababa en una gran bola, se instaló en una ocasión toda una colonia de abejas, montando una colmena grandísima y no sólo picaban a los niños y algún que otro transeúnte, sino que nada más que Teresa abría las puertas de su casa, percibían el olor dulzón que salía de ella y todas querían entrar. Tuvieron que llamar a unos apicultores para que lo desmontaran y se llevaran a sus inquilinas. No fue la única vez que ocurrió, pues en otra ocasión montaron el panal debajo de un banco y después en uno de los árboles de la plaza.

Pilar, la hermana de la María "del Rey", "la tata" que cuidaba de pequeños a los hijos de Teresa, fue atacada en una ocasión y no se le ocurrió otra cosa que meter el dedo que le había picado en el agua del tanque de los polos. Vio que, no sólo le desaparecía el dolor, sino que no se le inflamó la zona afectada.

En una ocasión las abejas eligieron una grieta que estaba en la fachada de la Iglesia. Era tiempo de comuniones y, una niña pequeña fue atacada por algunas de ellas. Pilar, cuando salió a ver lo que ocurría al escuchar el llanto de la niña, la cogió en brazos y le puso agua de los polos en todas las picaduras, y al igual que le ocurrió a ella, se le pasó el dolor y no tuvo ninguna inflamación.

Pasaron los años y todos sus hijos fueron creciendo. Joaquina ("Quini"), al estar más tiempo junto a sus padres, fue la que se responsabilizó del negocio y cuando ellos estaban enfermos o no podían atenderlo por alguna circunstancia, ella era la que hacía y deshacía siempre; claro está, con su aprobación, pero la verdad es que pocas veces le contradijeron, pues desde siempre

fue una niña muy espabilada y decidida. Cuando cumplió los dieciocho años prácticamente ella apechugó con todo.

"Quini" hacía los pedidos y compras de cualquier tipo, mientras sus hermanos se dedicaban a estudiar. El negocio iba viento en popa y con el tiempo renovaron las máquinas y cuanto era necesario con tal de mantener la calidad en los productos. "Quini" solía ir a la feria del helado en Alicante, y como todos la conocían, siempre la llamaban desde los *stands*, para ponerla al corriente de todas las novedades. Aunque ella, siguiendo la línea de sus padres, sólo preguntaba por los mejores productos, ya que los demás, sabiendo que no los compraría, ni se interesaba por ellos. Compraron unas máquinas nuevas que les costaron cuatro millones y medio de pesetas. Una mantecadora y una pasteurizadota con las funciones pertinentes por separado. Tras la compra, "Quini" descubrió otra máquina que hacía las dos funciones juntas, por tan sólo un millón de pesetas y se quedó asombrada, por lo económica, cuando hacía lo mismo que las que habían comprado. Preguntó a los encargados en la feria, contándoles que ellos habían adquirido dos por un precio muy superior, y estos le preguntaron:

Teresa Vicente en su casa

- De qué marca estamos hablando.
- De una Marx. -les respondió- y ellos mismos le dijeron:
- Mujer, has comprado lo mejor, no compares una burra con un caballo. La Marx lo es todo: calidad, fuerza, capacidad, todo lo que quieras echarle. Esta es buena, pero lo dicho, nunca una burra llegaría a ser caballo, por lustrosa que ésta sea.

"Quini" quedó más tranquila. Las mejores marcas en máquinas eran la Tailor, que era americana y las que ellos solían comprar Carpigianni y la Marx.

Ciertamente habían comprado una de las máquinas más modernas que habían salido al mercado, era completamente digital, pues tan sólo con posar el dedo en unos cuantos botones realizaba todas las funciones. Pero tuvieron un problema ya que el fluido eléctrico, pese a que era de 220 W., les llegaba a 195 W. y de esa

forma no podían trabajar, por lo que durante ese año se les rompió varias veces. Estaban disgustados porque una de esas veces que se rompió se avecinaba la fiesta del pueblo y menudo estropicio si no podían servir helados. Llamaron a la casa y les dijeron que no se preocuparan, que lo tendrían todo a punto para esas fechas. Y efectivamente, le mandaron un técnico desde Alicante porque el que había en Murcia no entendía muy bien ese modelo de máquina. (Y estuvo dicho Sr. todo el día, hasta que por fin resolvió el problema.)

Al final tuvieron que cambiar la máquina por otro modelo más antiguo y así conocieron a Giorgio Poccelli, el gerente italiano que había montado las grandes fábricas que hoy conocemos en toda España y que distribuyen sus productos a todos los supermercados y grandes áreas comerciales, como las de Córdoba, Granada, Toledo, Valladolid, etc., con las marcas más conocidas. Siempre le tuvo un gran aprecio a la familia y cuando venía a España pasaba a visitarles.

"Siempre me lo dijo, -comenta "Quini"-: el mejor helado que hoy se vende en toda España es el que hacéis en tu casa; te puedo asegurar que nadie utiliza los productos de tanta calidad, como vosotros. De hecho -lo cuenta como una buena anécdota-, durante el verano toda la familia se reponía por la cantidad de helado que tomaban. Incluso había madres que sus hijos no les comían y sabían que con cualquier crema que tomaran ya quedaban bien alimentados".

Así fue pasando el tiempo y la heladería nunca decayó, más bien al contrario. Pero un hecho de fuerza mayor, la enfermedad del cabeza de familia, desanimó y mermó las fuerzas de todos. Comenzaba el año 2001 y a Juan, que llevaba mucho tiempo enfermo, tuvieron que hacerle una habitación en la planta baja ya que no podían estar subiendo y bajando las escaleras todo el día. Por entonces, "Quini" también estaba dando clases y fue cuando decidieron cerrar el negocio. Muchos de los productos que tenían almacenados se les echaron a perder y tuvieron que tirarlo todo.

Toda una vida de trabajo y sacrificio, pero consiguieron su meta, colocar muy bien a sus hijos: Mª Victoria hizo la carrera de Técnico Aparejador; Pedro, la de Médico; "Quini", maestra de escuela y el pequeño, Juan Antonio, que era un apasionado del fútbol, fue el único que se negó a estudiar y en la actualidad tiene el despacho de quinielas y de otros juegos de azar, al otro lado de la Plaza de la Constitución -en el inicio de la calle Calvillo, junto al Banco Zaragozano, hoy Barclays-.

Nunca antes hubo ningún negocio igual en Las Torres de Cotillas ni después tampoco y con la llegada del año 2001, cerró para siempre la Heladería de Juan y de la Teresa “del Chispa”, como se les ha conocido cariñosamente siempre, uno de los negocios más prósperos y conocidos de nuestro pueblo.

Después, Teresa se dedicó a otros menesteres, acordes con su edad y su familia, pero eso ya sería un nuevo capitulo dentro de la historia de su vida.

AGRADECIMIENTOS

A los protagonistas de las historias de este libro y a sus familiares y a todas las personas, empresas y entidades que han hecho posible su publicación.